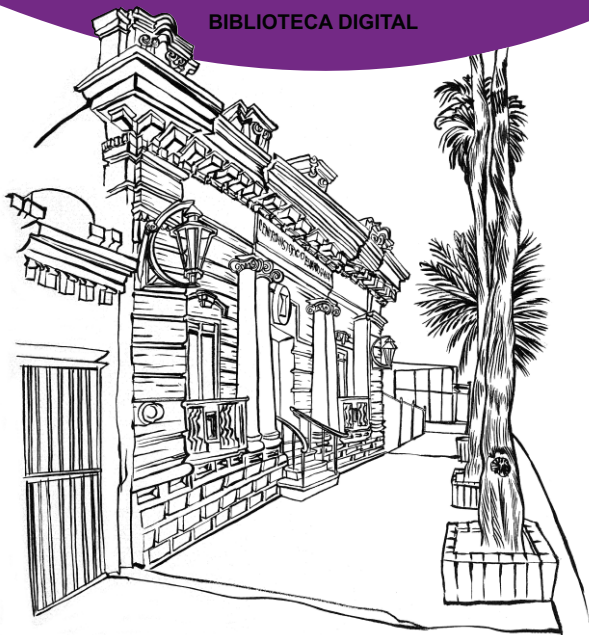


ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN

BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

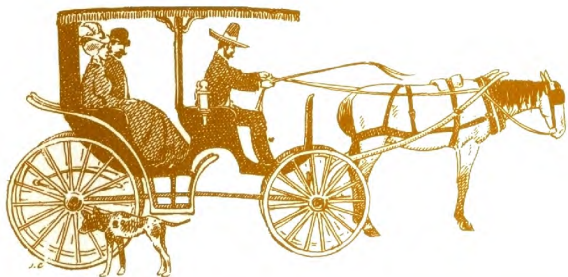
 @ArchivoTRC

Tulitas de Torreón

Recuerdos de la vida en México

Por TULITAS WULFF JAMIESON

Como fue contado a EVELYN JAMIESON PAYNE





TULITAS JAMIESON

● Estos recuerdos nos dan una mirada iluminada por el corazón, de un estilo de vida que se desvaneció con la Revolución Mexicana de 1911. La Sra. Jamieson nos da una visión jocosa y compasiva de las costumbres mexicanas, deleitando al lector con sus hábitos, supersticiones y actitudes hacia la vida durante los alegres noventas y principios de 1900's.

Nacida de padres alemanes y americanos, con una pizca de español para avivar el gusto, Dalla (el único nombre que ella conoció desde que una institutriz sueca trató de llamarla "darling"-querida) pasó la mayor parte de su infancia en México. Los seis niños de la familia Wulff aprendieron a hablar el español y el alemán, tan fácil como el inglés gringo, usando algunas veces los tres en la misma frase.*

Papá (Federico Wulff, un ingeniero civil) primero construyó puentes en San Antonio, Texas, y después en Torreón realizó el trazo de las primeras calles. De este modo, la familia Wulff se convirtió en pionera de la alta sociedad, disfrutando de una vida aristocrática, con una casa llena de sirvientes, al tiempo que compartían las diarias carencias de un territorio escasamente establecido.

La Sra. Jamieson cuenta su historia con afecto hacia sus amigos mexicanos y hacia su extenso y protector árbol familiar que extendía sus ramas desde San Antonio hasta Torreón. Sus vívidas aventuras terminan con los sombríos cañonazos de la Revolución. La política prevalecía en las fiestas caseras, y poco después Tulitas dejó Torreón siendo una joven esposa y embarazada para irse a El Paso, Texas, donde residió.

Presentación

Uno de los propósitos fundamentales del actual Gobierno Municipal es fomentar el estudio, la investigación y la difusión de la cultura; en esta tarea tiene un lugar destacado el conocimiento y análisis de la historia regional, por su valor intrínseco, y como elemento indispensable de juicio para comprender el origen y desarrollo de importantes situaciones actuales.

Para cumplir con esa finalidad la Secretaría del R. Ayuntamiento, a través del Instituto Municipal de Documentación, ha incluido en sus programas prioritarios la publicación de libros de historia, la fundación de la Biblioteca de Autores Laguneros y la vinculación con los más importantes Archivos e instituciones de Estudios Superiores.

La Universidad Iberoamericana Laguna, con la rectoría del Ing. Héctor Acuña Nogueira S.J., se ha significado por su dedicación al estudio, rescate, elaboración y difusión de la historia de la Comarca. La Universidad formó en 1995, y dirige, el Archivo Histórico "Papeles de Familia", bajo la coordinación de la Lic. María Isabel Saldaña Villarreal y el Padre David Hernández S.J.; ha colectado y clasificado un valioso conjunto de fotografías, publica obras de historia general y ensayos que ya constituyen el más rico acervo de nuestro devenir; y pronto hará realidad el Instituto de Investigaciones Históricas.

En este extraordinario trabajo que la Universidad hace a favor de la comunidad lagunera destacan los trámites y la traducción que hizo para que se publique en español, y en esta tierra, el libro *Tulitas of Torreón reminiscences of life in México*, de

Tulitas Wulff Jamieson, como ella se lo contó a Evelyn Jamieson Payne, el cual fue publicado por la Texas Wester Press of University of Texas at El Paso en 1969.

Tulitas Wulff Jamieson, fue hija del Ing. Federico Wulff, testigo y actor importante de la fundación y desarrollo de Torreón, él por encargo de Don Andrés Eppen hizo el primer plano de la ciudad en 1887, y construyó la Casa del Cerro.

El R. Ayuntamiento y la Universidad Iberoamericana, plantel Laguna, animados por el propósito común de conservar y mantener viva la memoria colectiva, y por el amor a la Patria Chica, a sus hombres, hechos y empresas; celebraron un convenio de colaboración el 24 de agosto del año 2000 a cuyo amparo han emprendido y realizado diversos eventos, y ahora publican este libro que con toda seguridad ocupará un lugar destacado en el conocimiento de los fundadores de Torreón.

Lic. Salomón Juan Marcos Issa
Presidente Municipal de Torreón

Ing. Héctor Acuña Nogueira
Rector de la Universidad
Iberoamericana Laguna



LIC. SALOMÓN JUAN MARCOS ISSA
Presidente Municipal de Torreón, Coahuila 2000-2002

AYUNTAMIENTO 2000-2002

LIC. SALOMON JUAN MARCOS ISSA
PRESIDENTE DEL R. AYUNTAMIENTO DE TORREON.

LIC. JAVIER GARZA DE LA GARZA
PRIMER REGIDOR.

C. PEDRO ALMARAZ AGUILAR
SEGUNDO REGIDOR.

LIC. MARCO ANTONIO MORA VARELA
TERCER REGIDOR.

M.C.Z. ARTURO GAMBOA CHACON
CUARTO REGIDOR.

SRA. JOSEFINA GALARZA FRAUSTO
QUINTO REGIDOR.

SRA. CECILIA LOZANO MUÑOZ
SEXTO REGIDOR.

SR. FELIPE CARMONA REYNA
SEPTIMO REGIDOR.

SR. MAURO DELGADO HERNANDEZ
OCTAVO REGIDOR.

ING. ANTONIO HERNANDEZ TIJERINA
NOVENO REGIDOR.

SR. ALFONSO LOPEZ BLANCO
DECIMO REGIDOR.

LIC. JOSE ANDRES GARCIA VILLA
DECIMO PRIMER REGIDOR.

LIC. LUIS ALBERTO MENDOZA BALDERAS
DECIMO SEGUNDO REGIDOR.

LIC. JOSE LUIS TRIANA SOSA
DECIMO TERCER REGIDOR.

SR. MARTIN RIVERA ESQUIVEL
DECIMO CUARTO REGIDOR.

C.P. MARIA EUGENIA CAZARES MARTINEZ
DECIMO QUINTO REGIDOR.

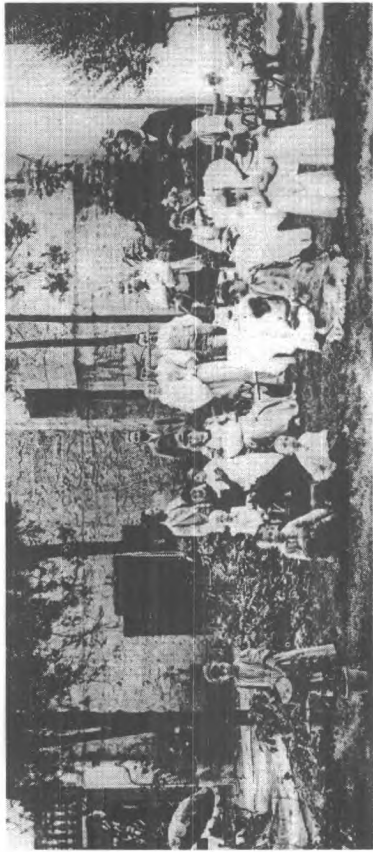
SR. JUAN MANUEL ZAPATA ESCOBAR
DECIMO SEXTO REGIDOR.

LIC. SAMUEL GONZALEZ PEREZ
SINDICO.

LIC. JESUS RICARDO CISNEROS HERNANDEZ
SECRETARIO DEL R. AYUNTAMIENTO.



ING. HÉCTOR ACUÑA NOGUEIRA, S.J.
Rector Universidad Iberoamericana plantel Laguna



LA FAMILIA WULFF EN EL JARDIN DE LA CASA DE LOS WULFF EN SAN ANTONIO

De izquierda a derecha: Dalla Wulff, Fidi Wulff, Harry Wulff, un amigo, Carolina Wulff Tyrrasche, Linda Tyrrasche, June Mayer, Paulita Wulff Lammers, Fred Wulff (Papá), Helena Wulff Mayer holding Amy Mayer, Triny Wulff, Alice Wulff en el regazo de Linda Groos Wulff (Mamá), Max Mayer, Lula Wulff, una sirvienta,

Anita Tyrrasche, Marguerite Mayer, María Wulff, un amigo, George Mayer.

Tulitas de Torreón

Recuerdos de la vida en México

por

TULITAS W. JAMIESON

como fue contado a

EVELYN PAYNE

Traducción de: Elda Chapa, Ana Ma. Betancourt F., y Fernando Martínez S.



Presidencia Municipal de
Torreón, Coahuila.



Instituto Municipal de Documentación
y Centro Histórico "Eduardo Guerra"



UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
LAGUNA

PRESIDENCIA MUNICIPAL DE TORREÓN COAHUILA
Lic. Salomón Juan Marcos Issa

SECRETARIA DEL R. AYUNTAMIENTO
Lic. Jesús Ricardo Cisneros Hernández

INSTITUTO MUNICIPAL DE DOCUMENTACIÓN DE TORREÓN
Lic. Elisa Gutiérrez Galindo

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA LAGUNA
Ing. Héctor Acuña Nogueira, s.j.

DIRECTOR GENERAL ACADÉMICO
Ing. Gabriel Monterrubio Álvarez

DIRECTOR DE INVESTIGACIÓN Y DIFUSIÓN
Lic. Jaime Maravilla Correa

**COORDINACIÓN DE INVESTIGACIÓN DEL ARCHIVO
HISTÓRICO PAPELES DE FAMILIA**
Lic. Ma. Isabel Saldaña Villarreal

COLABORADORES:

Silvia Castro de Towns

Adriana de la Garza Hinojosa

Juan Carlos Chávez Ramírez

Miguel Ángel González Córdoba

DISEÑO GRÁFICO:

L.D.G. Hugo Kerckhoffs.

*Para Susie y Jim,
Bill y Lynn,
quienes son el futuro*

CAPÍTULOS

	<i>Page</i>
Prólogo	xíiii
I San Antonio	1
II Regreso a México	9
III Amigos	20
IV Días de escuela	32
V Costumbres mexicanas	37
VI Sirvientes	47
VII Los Wulffs y los Grosses	56
VIII Papá	67
IX La medicina mexicana	72
X Nuestra familia	81
XI Personajes	94
XII La escuela secundaria y después	103
XIII Debut	113
XIV Matrimonio	126
XV Revolución	134
XVI Tren de refugiados	151
XVII Más revolución	165
XVIII Epílogo	177

FOTOGRAFÍAS

La Familia Wulff	ív
Papá - Fred Wulff	xív
Papá en su oficina	21
Construyendo una presa de cilindro rodante.	21
Puente en la Calle Johnson, San Antonio.	21
Fidi, a los 8 años	22
Dalla, a los 7	22
Billiee Jamieson, a los 31	43
Dalla, a los 19	43
Coche	43
Chalet Wulff	44
Pintura en membrete	86
Torreón en 1906	87
Reconocimiento a Papá en 1941	88-89
Barricadas en la calle durante la Revolución	138
Tropas federales probando un cañón de fabricación nacional	138
Tropas federales a la entrada del Chalet Wulff	139
Soldados posando en el jardín de los Wulff	139
Caravana de carretas para refugiados	155
Pasajeros reconstruyendo un puente	155
Huerta en Torreón antes de ser presidente	156
Maderistas confiscando armas	156

PRÓLOGO

Cuando Papá, respaldado con grados en ingeniería civil y arquitectura obtenidos en la Universidad de Hannover en Alemania, regresó a su natal San Antonio, Texas, en 1876, enseguida fue nombrado ingeniero de la ciudad, o algo por el estilo. El construyó varios puentes sobre el serpenteante río San Antonio (uno o dos todavía existen), y atendía otros quehaceres municipales. Mantenía sus ojos abiertos ante los errores en los que todo hombre puede caer, como poner demasiada arena en el cemento y chicanerías parecidas; y finalmente, justamente indignado. El panorama para los ingenieros civiles en esa región del país se reducía más o menos al empleo al que acababa de renunciar, por lo que se vio obligado a llevar su experiencia y capacidad a otra parte. Se fue a Nueva York (acompañado por su esposa y su pequeño hijo Fidi), apoyado con cartas de recomendación de todos los ciudadanos prominentes de San Antonio que incluían a su padre -comisionado de parques-, y a su suegro, que era banquero.

La metrópoli no se impresionó con Fred Wulff. Muchos de los hombres a quienes le solicitó trabajo nunca habían oído hablar de San Antonio, era notorio su aire provinciano y más aún, había muchos ingenieros desocupados. Antes de tener éxito en encontrar trabajo como dibujante, papá se vio obligado a poner cartón en los agujeros abiertos en la suela de sus zapatos y a entintar los pliegues de sus desgastados pantalones.

La empresa que lo empleó era buena y él progresó en ella, pero el sueldo era bajo. Antes, recién graduado de la universidad



PAPA (FEDERICO WULFF) en un estudio fotográfico de San Antonio,
Texas, a la edad de 30 años.

fue enviado a México para construir una presa para una importante firma, y ahora inesperadamente recibió otra oferta de ellos mismos para regresar a allá y construir otra presa. La oportunidad parecía demasiado buena para dejarla pasar, debido, especialmente, a que en el intervalo, la familia había crecido en un miembro más, conmigo.

Robert Louis Stevenson escribió una historia integrada por tres cuentos en uno. En ésta, si mal no recuerdo, un caballero inicia un viaje y tiene que optar por uno de tres caminos. Stevenson escribió tres relatos sobre lo que ocurrió, y el resultado en cada caso fue el mismo: el héroe acabó golpeado en la cabeza, o algo igualmente fatal. Yo supongo que el autor intentaba demostrar que sin importar la ruta tomada, eventualmente te acabas en el camino mismo. Pero entonces, la muerte no es lo importante, sino lo que se realiza durante la vida. La decisión de papá de ir a México, realmente, cambió nuestras vidas.

Algunas veces me pregunto lo que hubiera pasado si se hubiera quedado en Nueva York. Nosotros hubiéramos crecido al ritmo de la melodía *Llévame al juego de pelota*, en lugar de *La Paloma*; habríamos asistido al beisbol y no a las corridas de toros. Rasca-cielos, Wall Street, los Vanderbilts y Tammanys, en lugar de Porfirio Díaz, enchiladas y revolución. Nuestra educación habría estado, justo en nuestro vecindario: la escuela primaria, la escuela secundaria y la universidad, en vez de institutrices o tutores, buscados en los Estados Unidos, a un costo muy elevado. Nuestra forma de vida habría sido homogénea, similar a la del resto de nuestra comunidad, en lugar de un difícil arreglo entre las rígidas y formales costumbres mexicanas y lo relajado de las nuestras. Nuestro acento podría haber sido de Manhattan o del Bronx, en lugar de una mezcolanza de tres lenguas. Quién sabe, quizá

podríamos habernos hecho ricos, pues la empresa en la que papá había trabajado, prosperó y se hizo famosa después. Como así sucedió, justo cuando papá se estaba estabilizando económicamente, con un hijo en la universidad y perspectivas favorables para la educación de los otros tres, la Revolución Mexicana estalló y la seguridad económica abandonó nuestras vidas. Si hubiésemos permanecido en Nueva York podríamos haber resistido hasta 1929.

Sin embargo, los años en México le dieron a nuestras vidas un sabor muy distinto, compuesto de muchas cosas: la familiaridad con una diversidad de nacionalidades, una experiencia directa con una sociedad totalmente distinta, la habilidad de hablar y pensar en tres idiomas. Ambos, papá y mamá eran en parte alemanes y México estaba lleno de alemanes, y aun cuando nosotros éramos muy americanos (quizá más, en tanto que la propia nacionalidad siempre parece destacar en un país extranjero), el sauerkraut tomó su lugar justo al lado de los tamales, el jamón y los huevos. Era una vida de gran diversidad no sólo casual, sino también de insólitos personajes, de continuos sobresaltos económicos, y de una enorme cantidad de diversión. Si pudiera retroceder en el tiempo, por nada del mundo me perdería algo de ella.

Capítulo I - SAN ANTONIO

YO NO TENÍA ni dos años cuando nos fuimos a México, y debido a que yo había sufrido muchos resfriados y bronquitis por la humedad de Nueva York, mamá y papá vivieron por un tiempo en una casa de campaña para que me pudiera curar. Papá construyó su presa y se comprometió en algunas otras encomiendas para construir puentes y calles, plantando las raíces que nos atarían -de una manera u otra-, para siempre al país. Parece que ellos anduvieron por toda la región, ya que Harry, dos años menor que yo, nació en San Pedro, y Alice quien llegó tres años después, en Lerdo. Aquéllos eran dos pueblos ya establecidos y, para esa región particular de México, bastante grandes. Torreón, lugar en donde finalmente nos establecimos, apenas estaba naciendo. De hecho, una de las primeras comisiones de papá era trazar el pueblo. (Cincuenta años después, Torreón se convirtió en la cuarta ciudad más grande de México y hubo una gran celebración de aniversario en la que papá recibió un pergamino o certificado como fundador de la ciudad).

Aquí tuvimos también, nuestro primer árbol de Navidad. Papá lo hizo taladrando agujeros en un palo de escoba y clavando ramas de pinabetes; debió haberse visto algo raro, con los delicados adornos alemanes -pájaros de cristal con colas filigranadas- y las velas. Pero, desde luego, los niños pensamos que era exquisito.

Poco tiempo después, después, cuando Fidi tenía cinco años y yo cuatro, papá decidió que era el momento de que recibiéramos una educación. No hay duda de que se vio influenciado por el

hecho de que, aunque los dos hablábamos el alemán y el español fluidamente, ninguno de nosotros hablaba nada de inglés. Así que mamá nos alistó a los cuatro niños y partimos a San Antonio, en donde ella y papá habían nacido y crecido.

Yo no estaba muy consciente de lo que me rodeaba en México, pero al llegar a San Antonio el contraste fue realmente notorio. Ver tantos árboles, en Texas, creciendo de manera silvestre. (En Torreón nada crecía así, excepto cactus, mezquites y pinabetes). Y las casas, tan abiertas y atractivas, con patios cubiertos de césped, arbustos y flores; no tan encerradas en su interior como las mexicanas. ¡Todo era tan verde, verde, verde. Incluso había, y es sorprendente decirlo, calles pavimentadas, algunas con bloques de madera, otras con adoquín. ¡Y tanta, tanta gente! Mamá alquiló una casa cerca de la calle King William, en un área conocida como la Curva Sauerkraut. Estábamos rodeados de parientes por los dos lados de la familia, ya que ambos habían sido muy prolíficos. Todos se llevaban sorprendentemente bien entre sí.

Mamá, sus cuatro hermanas y sus primas (trece mujeres en total) habían crecido juntas, y su amistad continuó a través de los años, involucrando a los maridos, los suegros, los yernos y la prole. Todas ellas mujeres rollizas y acomodadas, de buen corazón y conscientes, graciosamente desconocedoras de cualquier relación entre la ingestión de grandes cantidades de comida pesada y la alta presión sanguínea, la arterosclerosis y padecimientos semejantes. (Todo mundo sabía que esas cosas ocurrían en las familias.) Así que ellas cocinaban sin conciencia de los valores vitamínicos, pero muy sabroso, de una manera terriblemente engordadora, con el único fin de agradar al paladar. La comida era para nutrirse y mientras más sabrosa era, alimentaba mejor, y era más placentera. Una receta que necesitara una libra entera de

mantequilla estaba destinada a ser mejor que una que requiriera sólo de media libra. La margarina y otros productos sintéticos aún no existían, pero de haber existido, tengo la seguridad de que mamá y su familia no habrían querido ni tocarlos. En caso de no ser dueño de una vaca Jersey, se adquiría la leche de quien sí la tuviera. La crema que se tenía que retirar a cucharadas de la jarra era una tarea diaria normal. No se a donde iba a parar la leche -nosotros los niños no la bebíamos-. Ellas utilizaban mucha azúcar, miel y nueces, ya que en Texas se dan mucho las nueces y ellas eran texanas hasta los huesos, (¿o debo decir hasta el tuétano?). Los pasteles eran tan delicados que tenían que ser sostenidos con betún de una pulgada de espesor. Rollos que se desvanecían como una bocanada de humo; grandes trozos de carne asada acompañados de una deliciosa salsa espesa; pollos preparados en una docena de apetitosas maneras; pan horneado en casa que sabía y olía mejor que el de cualquier panadería; tortas ahogadas en crema batida... Incluso el humilde repollo se transformaba en maná cuando se rellenaba con jamón y huevos y se servía con grandes cantidades de dorada salsa de mantequilla.

En San Antonio siempre había suficiente ayuda para el trabajo doméstico: corpulentas, amables y cumplidas muchachas alemanas, polacas, bohemias, provenientes de sus países. Ellas vivían en pequeñas y cálidas alcobas en el segundo o tercer piso de las grandes casas de piedra o ladrillo y utilizaban escobas y hojas de té humedecidas para barrer; tablas y jabón amarillo para lavar y cepillos para tallar. Generalmente ellas se quedaban hasta que algún granjero fuerte y callado se armaba del suficiente valor para proponerles matrimonio. Entonces regresaban al campo a criar docenas de hijos, vivir rigurosamente y trabajar duro, mientras una nueva generación de Annas y Gretchens tomaba su sitio en las

cocinas.

No importaba qué tan bien aprendiera la muchacha a cocinar, o cuanto tiempo se quedara, Mamá nunca las dejaba sin su supervisión. Nada de: "James, esta noche seremos doce para la cena". Mamá siempre estaba disponible para vigilar cada detalle de la cocina o la cena. En ocasiones era un verdadero dilema estar con los invitados o correr el riesgo de un suceso terrible como que el kaffee kuchen no estuviera lo suficientemente caliente o descuidar a los invitados para estar pendiente de la comida. Una conocida de mamá resolvió el problema con mucha propiedad, colocando una silla en la puerta que daba al comedor y la cocina. Así, simultáneamente, pudo echar un ojo a la comida y poner oído a los chismes.

Mamá, sus hermanas y sus primas se reunían una vez por semana para un kaffee klatsch. Franz, uno de los primos, las bautizó como el "Club del Sube y Baja". Cada anfitriona trataba de superar a las otras, y las grandes mesas redondas de roble o de caoba rechinaban debido a la carga de pasteles, galletas, rollos, tortas y demás. Las damas siempre se expresaban con cumplidos y la conversación fluía así:

- "Oh, Linda, tus rollos son siempre maravillosos. Me encantaría que los míos salieran tan ligeros como los tuyos."

- "Oh, eres muy amable en decirlo, Lottie, pero creo que esta vez no me salieron tan bien. El horno debe de haber estado muy caliente."

- "Tu pastel dorado, Linda, es el más delicioso que he probado jamás. Me diste la receta pero no tengo tu mano, el mío no es nunca tan bueno."

- "Oh no, Anchen, nada puede compararse con tus pasteles. Además, éste está un poco duro, se debe haber bajado."

Y así, sucesivamente, con los invitados elogiando la comida hasta la exageración, y la anfitriona ruborizada y apenada, tratando de sobrellevarlo.

Mientras esto ocurría, Fidi y yo íbamos al viejo colegio Anglo-Germano que nuestros abuelos habían ayudado a fundar. Yo no tengo ningún recuerdo de lo que estudié o aprendí allí, aunque debe haber sido importante, ya que el colegio estaba dirigido con la férrea disciplina y minuciosidad alemanas. Mi único recuerdo era el del día de la presentación anual, con los escritorios recién barnizados y todo el lugar decorado con guirrnaldas de laurel. Tampoco me acuerdo en que pudimos Fidi o yo haber contribuido en esas ocasiones, aunque mamá, como todos los demás parientes, estaba presente para llenarse de orgullo o retorcerse de la pena. Al terminar y para celebrar, había siempre comida y bebida en la casa de alguno de los parientes.

La mayoría de la parentela masculina se consideraba conoedora del vino y la cerveza, los cuales eran servidos aún en los hogares más abstemios. El licor fuerte, por lo general, se destinaba estrictamente para las ocasiones donde hubiera solo varones o a los bares, los que desde luego, abundaban en San Antonio. Uno de los más frecuentados era la vieja taberna Buckeye, uno de los sitios turísticos más populares en esa época.

Mucho más frescas en mi memoria están las cosas que hacíamos después de la escuela. El abuelo Groos, el padre de Mamá, era prolífico, bien parecido y de carácter firme. La madre de mamá le dio ocho hijos, y después de que ella murió, volvió a casarse y engendró ocho más. Los miembros más jóvenes de la segunda familia eran casi de nuestra edad, y jugamos juntos, yendo casi siempre, a la casa grande construida con piedra amarilla de Texas. Estaba en la calle Commerce y era realmente enorme, con un

vestíbulo lo bastante grande como para hacer un baile. Nosotros realizábamos todo un ritual para poder entrar. Primero había comida, naturalmente. La austeridad del abuelo Groos no se extendía a su mesa. Había dos excelentes muchachas alemanas, y por eso, todos los días eran días de hornear. Algunas veces había grandes rebanadas de sandía o duraznos, o uvas u otras frutas, además de pasteles y galletas. Una vez satisfechos, hacíamos cola, sin excepciones, para salir a andar en la vieja bicicleta, una de esas con una gran rueda delantera. El pequeño asiento estaba aterrorizantemente alto desde el suelo, mucho más en las caídas, pero ¿qué podíamos hacer? Después nos metíamos debajo de la casa, donde siempre había algunas gallinas obstinadamente sentadas sobre sus huevos. Nosotros sacábamos a las pobres gallinas y las empapábamos de agua. Quizás, no era necesario que empollaran los huevos, ya que nadie nunca, interfirió en este sádico deporte. Después de todo éramos libres de jugar a lo que se nos diera la gana, o más bien, a lo que Fidi decidiera. Él era el líder y nosotros le seguíamos, temerosos o no, caminando sobre las cercas, saltando los tejados, y así sucesivamente. La única excepción a esta "tiranía" era cuando Ida, mi mejor amiga y yo jugábamos a las muñecas. ¡Cómo amábamos a esas muñecas y cómo sufríamos por su bienestar! Fidi y Jimmy, el hermano de Ida, eran íntimos amigos y, al estilo de los hermanos mayores, bromistas incorregibles. Ida y yo, normalmente éramos su blanco, en especial cuando queríamos jugar a las muñecas. Al final, terminábamos por refugiarnos en un viejo baño exterior. No se había usado por años, pero conservaba restos del olor y tenía un techo de fierro galvanizado. Allí dentro, con la puerta y las ventanas cerradas y el sol pegando a plomo, estábamos a salvo por completo, excepto del calor.

A veces, los domingos el abuelo Groos nos paseaba en su

elegante carruaje tirado por dos hermosos caballos, y lo más seguro era que termináramos en el parque en donde vendían refrescos y grandes pretzels.

La familia por parte de papá, también nos ofrecía mucha diversión. Papá era el mayor de nueve hermanos, así que los más chicos todavía eran lo suficientemente jóvenes para ser calificados, en nuestras mentes, como adultos. Todos ellos delgados, con ojos azules y llenos de energía. Ellos, también eran mimos talentosos, y artística y musicalmente dotados. Uno de ellos, el tío Henry era escultor. El abuelo Wulff tenía una gran casa de piedra que parecía un castillo, construida en el centro de un jardín enorme. Había andadores con bordes de ladrillo, geranios plantados a todo lo largo, y un estanque con carpas doradas, lleno de jacintos. Su propiedad, con una longitud de varias cuadras, llegaba hasta el río y había lanchas, un cobertizo para botes -construido sobre barriles flotantes y un lugar maravilloso para nadar. La oficina del abuelo se ubicaba, justo debajo de la torre del castillo y normalmente lo encontrábamos allí: un hombre bondadoso y jovial, invariablemente con un gran puro negro, entre sus labios. Él siempre nos preguntaba si habíamos sido buenos, y cuando le contestábamos que sí (algunas veces con los dedos cruzados, por detrás), él abría uno de los cajones del gran escritorio con cubierta de cortina, y sacaba largas tiras de orozuz, cortando pedazos parejos para nosotros con unas tijeras. En la casa contigua vivían los Mayers, "Tante" Helena era la hermana mayor de papá, casada con el gordo y alegre tío Max. Sus hijos mayores eran de nuestra edad: niños talentosos, repletos de energía, unos diablillos. Nos divertíamos mucho con ellos, y con frecuencia nos metíamos en problemas. Uno de nuestros pasatiempos favoritos era tratar de asustar al tío Henry, quien a pesar de sus novedosos conocimientos sobre la escultura, era muy

miedoso y sorprendentemente inocente.

Vivimos en San Antonio durante cinco años, y en lo que a nosotros los niños concernía, podríamos habernos quedado a vivir allí indefinidamente, aunque extrañaríamos a papá. Sin embargo, mamá y papá estaban cansados de vivir separados y finalmente decidieron que tendrían que intentar educarnos con tutores o institutrices.

Entregamos la casa de alquiler, y mamá debió hacer milagros en las compras ya que necesitábamos llevar lo suficiente para un año y para toda la familia: ropa, blancos, utensilios de cocina, medicinas y todo lo demás. Entre otros artículos, sesenta pares de zapatos que, en realidad, no eran demasiados para una familia de siete por un año, pero sí más zapatos nuevos de los que Fidi o yo habíamos visto en la vida. Nos encargaron la tarea comprometedora de tallar las suelas, para no pagar impuestos por ellos, y nos pusimos a trabajar con gusto. Pero, antes de terminar, nuestros instintos destructivos estaban, ya, tan satisfechos que nos tuvieron que regañar para que acabáramos el trabajo.

Las últimas dos semanas antes de nuestra partida, las pasamos con "Tante" Lit, una de las hermanas de mamá y su marido el tío Nep Ronse. Ambos eran muy amables, pacientes y claro, ya los habíamos visitado antes. Pero no tenían hijos, y nosotros nunca habíamos permanecido con ellos durante tanto tiempo, ni tantos. Aun cuando nunca dieron muestras de semejante cosa, estoy segura de que respiraron con alivio, cuando llegó el gran día del viaje. Nosotros y nuestro equipaje fuimos fletados en dos coches de alquiler, nos despedimos con adioses que nunca acababan, y nos encaminamos a la estación. "Tante" Lit y el tío Nep se relajaron, casi de inmediato, pero no por mucho tiempo, pues, una hora más tarde regresamos, luego de haber perdido el tren.

Capítulo II REGRESO A MÉXICO

☪ PROBABLEMENTE, FIDI EN realidad deseaba regresar a México, él era hombre y aventurero, y quizás encontraba a nuestro hogar en San Antonio bastante invadido por mujeres. Harry, el siguiente de mis hermanos, siempre lo tomaba de ejemplo. Y además, por supuesto, había un cierto prestigio y emoción en ser un viajero mundial en potencia. Yo no le encontraba ningún atractivo, ya que yo era una criatura ansiosa y temerosa (en todas mis primeras fotografías, parece que estoy al borde de las lágrimas). Ida y yo lloramos durante nuestra separación, y yo estaba casi segura de que nadie la reemplazaría, y que me quedaría sola para siempre. Casi había olvidado lo que significaba viajar en tren, pero lo recordé tan pronto como percibí el olor a humo, y algunos de mis escrúpulos disminuyeron. (Aquellas personas que nunca han viajado tras una locomotora de carbón, no saben de lo que se han perdido- desde un punto de vista nostálgico no existe fragancia como ésa.) El resollar de la máquina, la ocasional y aterradorante explosión del vapor, la novedad de mirar, a través de una ventana sucia, un paisaje que se desvanece. En Eagle Pass tuvimos que cambiar de tren, y nos encontramos con muchos más compañeros de habla hispana, que eran inquietos y volubles y llevaban todo tipo de equipajes extraños; pero, por otro lado, había sólo una pequeña diferencia entre los sistemas ferroviarios americano y mexicano. Era por demás interesante ver al camarista hacer las literas y a sensación que tuve de ser una persona adulta en el momento de subir las

escaleras y bajar las cortinas verdes para cerrarlas. Era como si te encontraras en tu propia casita, con el encanto adicional de la oscuridad aunada a la velocidad. Finalmente me quedé dormida con un ligero cansancio, pero cada vez que el tren se sacudía para detenerse, me despertaba, escuchaba y deseaba haber tenido una ventana para mirar hacia el exterior, o alguien con quien hablar, ya que Alice estaba profundamente dormida, a mi lado, hecha pelota, y ninguno de mis empujones ni mis susurros tuvieron ningún efecto. Así que me recosté y escuché al portero deambulando y a la gente que subía y bajaba hablando bajo. Afuera había otros ruidos, algunos algo incomprensibles, hasta que el tren, emitiendo mucho ruido, arrancaba de nuevo y continuaba su camino.

Existían otros puntos de interés. Por ejemplo, el enfriador de agua. Nosotros íbamos y veníamos de un lado a otro, para molestia de algunos de los pasajeros, y mamá trataba de apaciguarnos con suavidad, pero como siempre sufrió de mareos en los viajes, se recostaba pálida y enfermiza sobre el cojín de felpa verde. La única energía que le quedaba era para Bub, el menor, quien todavía usaba pañales. Había un baño que era algo aterrador, en especial, temprano por las mañanas, cuando estaba lleno de mujeres en bata y con rizados. Dispersas por todas partes, se veían maletas abiertas y las robustas damas en largos corsés que se ceñían con cintas y elegantes corpiños, peinaban sus largas cabelleras rellenándolas con postizos y trenzas y cantidades infinitas de pasadores. Cuando el tren arrancaba, se pedían disculpas, unas a otras, en tono áspero y de tiempo en tiempo, alguna recogería su maleta, se encaminaría hacia la cortina verde y saldría hacia el vagón. Alicia y yo nos escabullíamos por las oscuras esquinas, bajo los lavabos y la larga tabla que servía como mesa de vestir. Inspeccionábamos los lavabos y las jofainas para el cabello, y nos lavábamos cuidadosamente,

mientras mamá batallaba con Bub.

Al principio era emocionante comer sobre nuestras piernas, como si estuviéramos en un día de campo, pero después cuando los empapados se empezaban a secar, a perder su sabor y a fastidiarnos, nos quejábamos pidiendo algo distinto, más apetitoso. Sin embargo, no lo conseguíamos, ya que el tren no llevaba alimentos, y aun cuando los hubiera habido, estoy segura de que mamá no habría sido capaz, ni emocional ni financieramente, de arreglárselas con cinco niños. Con la llegada de tantos pasajeros mexicanos, el ambiente del viaje cambió. Las conversaciones eran más penetrantes, más prolongadas, e iban acompañadas de muchos gestos. En cada estación algunos pasajeros se apresuraban a comprar cosas de los vendedores que acechaban -cosas para comer que olían maravillosamente como tortas compuestas, tamales, naranjas y más. Mamá tampoco nos compró nada; es probable que sintiera que nuestros estómagos estarían más seguros y cómodos con los alimentos ya conocidos que habíamos llevado.

Nuestra primera perspectiva de Torreón no fue nada alentadora, excepto porque el ya tedioso viaje por tren estaba por terminar. El terreno era polvoriento y de color arena, con casi nada de vegetación. Sólo Fidi sintió cierta emoción, y ésta se debió, principalmente, a la especulación de que podríamos encontrar víboras y otros animales salvajes. Pero había montañas, algo que el ondulado San Antonio no ofrecía. Había cerros de diferentes alturas, con los picos azul grisáceos encajándose entre ellos como partes de un rompecabezas. En respuesta a nuestras insistentes preguntas, mamá, de inmediato, prometió con gran preocupación que nos llevaría a una expedición para escalarlas, y eso ayudó a calmar nuestro descontento.

Papá estaba en la estación para recibirnos, junto con prácticamente, toda la gente del pueblo, ya que el arribo diario del

tren era todo un acontecimiento. En lo particular, no estábamos interesados en los extranjeros, pues se parecían en todas partes, pero a los mexicanos valía la pena observarlos. En San Antonio vivían muchos mexicanos, pero éstos eran mucho más mexicanos. Los hombres usaban pantalones blancos y camisas con la falda de fuera, guaraches en sus pies y grandes sombreros de fieltro o paja sobre sus oscuras cabezas. Algunos usaban un delantal de piel con un número en ellos. Estos eran los cargadores, los maleteros autorizados por el gobierno; ellos cargaban los baúles Saratoga y montañas de velices sin la menor señal de esfuerzo, a pesar de que eran más pequeños que los hombres a los que estábamos acostumbrados a ver. Podría agregar que los cargadores eran totalmente confiables, y no recuerdo haber escuchado nunca que a alguien se le perdiera algo cuando utilizaban sus servicios.

Las mujeres, normalmente estaban envueltas en chales negros (rebozos) y en lo general se veían sin formas y deprimentes. El rebozo es una versión más larga y tosca que la mantilla que puede doblarse de tal forma que sirve de costal para guardar paquetes y hasta bebés. Sus largos flecos en los bordes podían servir de buen sacudidor o espantamoscas. Una prenda del todo versátil y útil. Sin embargo, era a los niños a quienes en realidad mirábamos. Envidiosamente, comparando nuestros zapatos altos con sus frescos pies desnudos (con costras por la tierra y callosos por el uso), nuestra ropa de cuello alto y mangas largas con sus escasas prendas delgadas. Los más pequeños no usaban otra cosa más que diminutas camisas que les llegaban a sus ombligos (sin pañales), y me preguntaba si Bub, envuelto en todas esas cosas que se acostumbraba poner a los bebés americanos en esa época, se estaría dando cuenta de lo que se estaba perdiendo.

Nos amontonamos en un par de coches y nos dirigimos por las

calles polvosas sin pavimentar, brincando sobre el cordón de las vías del tren que iba, directo, al centro de la ciudad. Los trenes de carga descansaban sobre ellas, pitando o completamente mudos, mientras la gente caminaba alrededor de los carros y en algunas ocasiones, hasta se trepaban sobre las juntas. Más allá de las vías, se podía ver una montaña arenosa y totalmente árida que parecía estar, también, en el centro de la ciudad. De hecho no era más que una colina de buen tamaño, en cuya loma, años más tarde papá habría de construir una gran casa de piedra gris, donde tiempo después Villa llevaría sus armas a la azotea para desde allí, disparar hacia la ciudad.

Torreón era entonces muy pequeño, centrado alrededor de la estación del tren. De hecho, si no hubiera existido el ferrocarril, tampoco habría existido la ciudad. Las montañas de los alrededores estaban repletas de metales útiles, y con la anuencia de Porfirio Díaz, los extranjeros se apresuraron a extraer estos metales de la tierra. Otras personas, desde luego, se lanzaron a proveer mercancías y servicios. Torreón se encuentra en el centro del distrito de La Laguna, en una extensión muy fértil del desierto que, alguna vez fue lago. Cuando vivimos allí, algunos ancianos aún recordaban el lago antes de que se secase y desapareciera. A lo largo de la ciudad estaba el Río Nazas, conocido como el "Nilo mexicano", el cuál está completamente seco nueve meses del año y es un torrente caudaloso los otros tres. Por medio de la irrigación, el algodón, el maíz y otros cultivos crecían muy lucrativamente.

El lugar era como una pequeña olla mezcladora -había ingleses, franceses, alemanes, canadienses, americanos, españoles, chinos, árabes, suizos y de algunas otras nacionalidades. Ahora que miró hacia atrás, se me ocurre que era como un pastel embetunado de dos pisos. Las capas eran los mexicanos de clase alta y baja. El

betún eran los extranjeros, eran en general bienvenidos, especialmente si eran de tu propia nacionalidad. Desde luego, no faltaban ocasiones en que nos quedábamos con una cuenta pendiente o un mal sabor de boca, pero por lo general, todo resultaba muy bien.

Las casas eran de adobe, enjarradas en tonos claros, con ventanas largas cubiertas de barrotes y puertas altas estrechas. Las perillas de las puertas por alguna razón siempre estaban demasiado en la orilla, de manera que si apretabas los dedos, las llaves daban vuelta al revés. Las casas llegaban hasta el borde de las banquetas de ladrillo o hasta las polvorientas calles sin un porche o patio, amontonadas en desorden como con temor o menosprecio. El patio estaba en medio de las casas; un oasis de encanto, lleno de plantas y vides, cuidadas con amor, e invariablemente otorgando su máximo colorido y aroma. Detrás de la casa había un corral, o quizás dos, para los animales. Intercaladas entre las casas como sandwiches, se encontraban las tiendas, las tabernas y las oficinas, ya que hasta épocas muy recientes, las ciudades mexicanas rara vez tenían "zonas residenciales". Había una plaza -un pequeño parque devorado por la polilla- con bancas para sentarse y posteriormente, un diminuto quiosco. Frente a la plaza se encontraba la iglesia que estaba pintada de verde pálido, con grandes manchas color café en donde la pared se había desgastado.

La casa que papá había rentado se hallaba en la calle Viesca, en la orilla de la ciudad. Dos veces al día, por la noche y por la mañana, las manadas de chivos y ganado, en rumbo a pastar, nos arrollaban y añadían un par de capas de polvo cada vez que lo hacían. La casa era típicamente mexicana, con paredes gruesas, una puerta y una ventana angosta con barrotes que daba a la calle, un patio y el corral en la parte trasera. La puerta del frente era lo

suficientemente fuerte para soportar una embestida de borrego y se abría hacia el zaguán que consistía en un vestíbulo ancho con baldosas en el piso, flanqueado por la sala en un lado y el comedor por el otro. Las habitaciones tenían techos muy altos, eran largas y angostas, y debido a la escasez de ventanas, algo oscuras. Los techos estaban cubiertos con manta decolorada, muy restirada. Casi nunca nos percatábamos de las telas en los techos, excepto durante las lluvias, cuando el techo se goteaba. Nunca hubo uno que no goteara. Después, la manta quedaba con una espantosa hinchazón que recordaba el Recrudescimiento de Imlay de Kipling, hasta que uno de los sirvientes tomaba un palo largo y puntiagudo y hacía un agujero en la tela para dejar salir el agua acumulada.

El zaguán desembocaba en un gran patio, alrededor del cual se encontraban las alcobas. El patio estaba repleto de plantas, algunas plantadas en la tierra, otras más, en latas de manteca sin arreglar y aunque parezca increíble florecían debido a que los mexicanos aman las flores, y a que todos tienen pulgares de jardinero. En la parte trasera estaba el corral, en el que se encontraban dos vacas Jersey y una parvada de pollos. Estaba rodeado de una pared de adobe de seis pies de alto con una cuarteadura a la mitad, que se compartía con una casa que estaba exactamente atrás de la nuestra, el Hotel Madrid.

Muy temprano, en la mañana, todo se cerraba: persianas, cortinas, para que los techos altos y las paredes gruesas mantuvieran la casa fresca. En teoría, se suponía que el mismo procedimiento mantendría la casa caliente en invierno encerrando el calor. Sin embargo, no funcionó así, posiblemente porque nosotros nunca acumulamos el calor suficiente como para que persistiera. Los calentadores eran braseros, pequeñas cajas de hierro lo suficientemente grandes como para acumular media docena de

palos de leña. Era como tratar de alumbrar una catedral con una vela de cumpleaños, pero eso ocurría mucho antes de la calefacción central, y en aquel entonces no estábamos echados a perder. Usábamos ropa interior larga y mucha ropa sobre ella, y ya que las casas de nuestros amigos mexicanos eran infinitamente más frías (calentar la casa era considerado perjudicial para la salud), teníamos que usarla. Por otra parte, el invierno era corto y nada severo.

Teníamos seis sirvientes: el mozo, el cocinero y cuatro sirvientas. Todos muy agradables, pero no siempre muy eficientes. La cocinera estaba gorda, de mediana edad, sin los dientes delanteros, su cabello gris enrollado en forma de chongo, en la parte superior de la cabeza. Parecía tener cerca de mil, pero es probable que sólo tuviera más de cuarenta.

Dos de las sirvientas eran mayores, pero las otras eran jóvenes y bonitas. Ellas usaban trenzas largas que deslizaban a través de sus hombros, y las amarraban en los extremos con pedazos de listón rojo o verde. El mozo, sobre quien hablaré más tarde, era de baja estatura, moreno, de bonitos dientes blancos, pelo negro muy grueso; usaba camisas y pantalones blancos de algodón como casi todos lo hacían. Todas las mujeres usaban arracadas de oro en los lóbulos de las orejas -el perforar la oreja era una costumbre considerada agradable a la vista.

Cuando ya nos habían apaciguado, nos lavaban las manos y la cara en las bandejas de nuestros cuartos, y desfilábamos hacia el comedor para comer. La comida era prolongada y extraña. Empezaba por la sopa, que venía en una sopera, y seguíamos con media docena de platillos, el penúltimo eran los frijoles mexicanos -que habían sido cocidos, hechos puré y fritos. Esto era una costumbre, no solo en nuestra casa, sino también en todas las demás. El postre era especial, consistía de cajeta de membrillo. Toda clase

de frutas se preparaban en cajetas que eran pequeñas barras firmes de pasta y se servía en rebanadas delgadas. Otros postres eran el flan (simple natilla horneada), y de vez en cuando un sorbete. Había una clase de cajeta que nos encantaba, la cajeta de Celaya, jamoncillo, o simplemente, la leche quemada. La leche y el azúcar se cocinan juntos, durante mucho tiempo, hasta que la mezcla espese y se haga pegajosa... y deliciosa. Se vendía en pequeñas cajas redondas de madera, y se comían en desorden con una cuchara. El sabor era una versión considerablemente intensificada de la marca "Borden's Eagle" la que, por cierto, puede prepararse sin mayor problema. Había naranjas, pequeñas pero muy dulces, limas en lugar de limones, mangos que eran una maravilla, una vez que uno se acostumbraba al dejo de trementina en su sabor.

Hoy en día, los mangos se venden en los Estados Unidos, incluso en conserva, pero para aquellos que todavía no los han visto, debo explicar que son de color naranja, con la forma y el tamaño de un huevo muy grande, quizás de un huevo de pavo. En el centro tienen un gran hueso al que se adhiere firmemente una pulpa anaranjada. Se toma un tenedor para mango, mismo que tiene dos picos cortos a los lados y uno muy largo en medio, y se clava profundamente en el hueso. Si se es mayor o se intenta ser educado, se pela y se corta la pulpa, delicadamente, con un cuchillo. De otra manera, simplemente, se muerde, de igual manera como si fuera alrededor del corazón de una manzana. La diferencia es que los mangos son muy jugosos, y la única manera satisfactoria de comerlos es completamente desnudos en una bañera.

También había platillos típicos, algunos de los cuales ya habíamos probado en San Antonio. Casi todos estaban sazonados con cebolla, tomate, chile -ya sea rojo o verde, frecuentemente, con ajo. Todos nos adaptamos a ellos como patos en el agua, hasta

Bub. Nos encantaban las tortillas, ya fueran de harina o de maíz. Las gorditas que se hacen con la misma masa. Y seguiría hablando, indefinidamente, sobre la comida mexicana, la cual es deliciosa, principalmente, las sopas, pero no lo haré. No, por ahora.

Después de la comida venía la siesta que no era una experiencia fuera de este mundo, ya que en San Antonio, durante la época de calor, la mayoría de la gente se tomaba un breve descanso al mediodía. Pero éste no era nada en comparación con la versión mexicana. La comunidad entera paraba brevemente -tiendas y negocios cerrados y, las únicas personas que se encontraban fuera merodeando, eran las "damas de la noche", a quienes se les permitía ejercer su muy dudoso comercio a esas horas, y desde luego, sus clientes.

La siesta duraba dos largas horas y después, tomábamos un muy necesario baño. El baño era una habitación chica, con sólo una delgada bañera grande con patas altas que era llenada con cubetas y cubetas de agua por los sirvientes. Tenía un tapón en la parte inferior, pero el agua simplemente se vaciaba sobre otras cubetas que se llevaban a tirar afuera. Todas las recámaras tenían jofainas y jarras para ser usadas entre baño y baño. El resto de la plomería (el sanitario) estaba situado en una pequeña casa de madera en el corral. De inmediato, descubrimos que la puerta que se cerraba con un viejo y sencillo gancho se soltaba si se le pegaba en el punto justo, y se abría a todo lo ancho. A partir de ese momento se hizo costumbre pegarle siempre que uno de los otros niños estuviera allí. (Desafortunadamente, en una ocasión, nuestro servicio de inteligencia nos falló, y la puerta se abrió de par en par y expuso completamente a la más robusta y digna de las tías.) Limpios y descansados entramos a la sala y encontramos a mamá y a papá.

Él hizo lo mejor que pudo para contestar a todas nuestras

preguntas y prometió que muy temprano -a la mañana siguiente- escalaríamos una montaña. Después, inesperadamente, él y mamá se fueron al piano a tocar a dúo. Ellos lo tocaban bien y disfrutaban mucho, pero nosotros no, no entonces. Estábamos solos en un país extraño, una tierra ajena y nuestros padres que debían estar apoyándonos para superar esa transición, no nos estaban poniendo nada de cuidado. Ellos tocaban antiguos y aburridos duetos y obviamente, sólo pensaban en ellos mismos. Nunca me sentí tan abandonada en mi vida, y noté la misma expresión en la cara de los otros niños. Me sentí sola. Me sentí mucho con papá por desviar la atención de mamá. En San Antonio, él había sido sólo una visita muy bienvenida, pero impuesta en medio de nuestro ambiente acostumbrado. Aquí él era diferente, el ambiente era suyo y él estaba acaparando, no sólo la autoridad de mamá, sino también su atención. Para abreviar, por primera vez en nuestras vidas, estábamos viendo a nuestros padres, no sólo como extensiones convenientes de nosotros mismos, sino como personas con sus propios derechos.

Capítulo III - AMIGOS

🕯 EL MOMENTO TERRIBLE pasó. Uno de los sirvientes, quizá percibiendo nuestro desconcierto, mencionó que había algunos niños viviendo en la casa detrás de la nuestra, y todos corrimos para comprobarlo. Trepano sobre cajas, saltamos sobre la cerca hacia el corral del hotel Madrid, que era administrado por una familia española. Había varios niños de cabello y ojos oscuros, aproximadamente de nuestra edad. Los saludamos en inglés y después en español y ellos sólo metieron sus dedos dentro de sus bocas y se nos quedaron mirando. Intentamos todo tipo de cosas, pero no pudimos sacarles palabra alguna.

Finalmente, Fidi dijo: "Ya sé... las máscaras".

Entre los pocos tesoros que se nos permitió traer había dos máscaras, sencillas y ordinarias de color negro. Harry corrió a traerlas. Fidi le gritó: "Trae las dos"

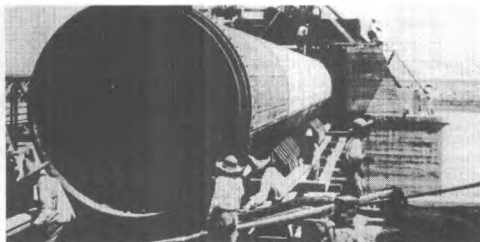
Uno de los pequeños españoles coreó: "Vos traed las dos".

Nosotros nos sentimos halagados y en ese mismo lugar, los bautizamos los "bosnianos", pero ni aún con Fidi y Harry haciendo muecas y gesticulando con las máscaras puestas, logramos ningún progreso. Ni una palabra pudimos sacar de los niños y nos consolamos persiguiendo a los pollos alrededor del corral hasta que uno de los sirvientes salió y le puso fin a esto.

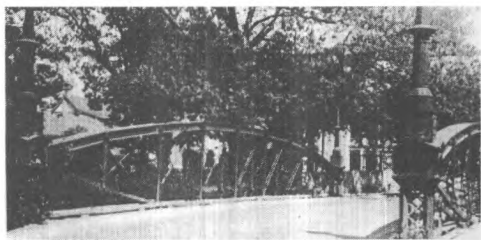
La mañana siguiente muy temprano, fuimos a escalar montañas para así poder regresar a tiempo a desayunar. Estaba fresco y agradable con un cielo color limón y el polvo asentado por el momento. Únicamente subimos la colina atrás de las vías, pero



FEDERICO WULFF *en su oficina en Torreón.*



Mexicanos construyendo una presa con tubería rodante.



PUENTE EN LA CALLE JOHNSON, *de San Antonio, Texas, construido en 1880 por Federico Wulff.*

TULITAS (Dalla),
a los 7 años.
Foto tomada en San
Antonio en 1893.



FREDERICK (Fidi) a los 8
años de edad.

Fotografía de estudio
cuando la familia se
trasladó a San Antonio,
Texas, para que los niños
pudieran asistir a la
escuela.

ningún explorador alpino obtuvo alguna vez tal satisfacción como la que nosotros tuvimos. Fue emocionante ver la ciudad haciéndose más pequeña, observar a las personas del tamaño de hormigas saliendo de sus diminutas casas y ver a los trenes miniatura bufando al pasar. Al recordar las especulaciones hechas por Fidi el día anterior, me mantuve alerta de las víboras y los animales salvajes, pero no encontramos nada más letal que un cactus. También, había grupos de mezquites de terrosa apariencia, que en San Antonio crecían a la altura de un árbol, pero aquí eran sólo arbustos incipientes. Vimos lagartijas, uno o dos conejos, muchas rocas y tierra. Una expedición muy satisfactoria para todos, excepto para mamá, quien miraba hacia nuestros pies y suspiraba. Habíamos tenido que dejar nuestros zapatos viejos para ahorrar espacio en los baúles y la excursión realmente había arruinado tres pares de zapatos.

Con la facilidad de los niños, pronto nos establecimos en nuestra nueva casa, hablando español con facilidad, acostumbrándonos a tener seis sirvientas en lugar de una "muchacha" y adaptándonos a un clima, una arquitectura y unos hábitos extraños. Durante los primeros días no teníamos nadie más con quién jugar y esto, quizá, nos convirtió en un grupo más unido, porque aún cuando en San Antonio, Ida y yo nos escondíamos de los niños para poder jugar con las muñecas, en Torreón, mis muñecas se empolvaban, mientras yo seguía la guía de Fidi.

Él tenía una imaginación fértil y era, como decía Alice, nuestro "capataz". Hacíamos lo que él nos ordenaba. Muchas veces el corazón me latía en la garganta cuando tenía que trepar cercas o saltar de lugares muy altos, pero nunca dudé, y recordando las cosas que hicimos en esa edad sin conciencia, los riesgos que corrimos sin que nadie nos dijera una palabra o nos pusiera mucha

atención, me pregunto cómo lo logramos. Nuestros ángeles guardianes deben haber trabajado las 24 horas del día.

El más pequeño de nosotros tenía una niñera, pero el resto estábamos más o menos bajo el cuidado de Fidi, excepto a la hora de los alimentos o del baño o de la escuela; y ya que él aún no cumplía diez años cuando regresamos a Torreón, ésta debe haber sido una carga bastante pesada de llevar, a pesar del poder autocrático que ejercía.

En el patio, papá instaló un volantín, una especie de rueda de la fortuna cuyo impulso se basaba en la fuerza del pie. Consistía de dos tablas cruzadas que giraban sobre un eje, se tenía que enrollar una cuerda alrededor del poste central y se le tenía que dar un tirón, como se hace con un trompo para poder arrancarlo. Nosotros nos recostábamos sobre nuestros estómagos encima de las tablas y empujábamos con nuestros pies hasta que girara a alta velocidad. Entonces nos agarrábamos de uñas y dientes, empujando, cada vez que se detenía aunque fuera un poco. Quizá, bajarse se consideraba como cobardía -y nos sosteníamos a cualquier precio-, hasta no sentirnos demasiado débiles o mareados para continuar. Entonces, nos arrojábamos girando tan rápido como nos fuera posible, evitando el alcance de los pies de los otros y de las tablas que giraban, y nos recostábamos sobre la tierra hasta recuperar el aliento y nuestros sentidos para, posteriormente, subirnos de nuevo. A propósito, en el patio se había plantado césped, pero nunca creció a pesar de los mejores esfuerzos de los sirvientes, ya que el volantín nunca se detuvo. Había sólo uno en la ciudad y siempre había una fila de niños esperando.

Afuera en el corral, papá nos instaló una casa de campaña. Quizá jugábamos a muchas cosas distintas pero lo que más recuerdo haber jugado era al circo. Fidi, desde luego, era el maestro de ceremonias

y hacía sonar su látigo con un movimiento rápido, mientras el resto de nosotros obedecíamos órdenes. Yo cabalgaba a pelo, graciosamente parada en el lomo de Jack, por lapsos de cuando mucho cinco segundos cada vez.

Jack era uno de los ponies (caballitos) que papá nos compró. Él estaba cansado y viejo y se le tenía que pegar para que trotara. Billy, el otro, era más joven y ágil. Para entonces, papá estaba construyendo una presa cerca de Torreón y de vez en cuando y como algo especial, nos permitía a Fidi y a mí a cabalgar con él temprano por la mañana para desayunar en ese lugar con los trabajadores.

El café, muy fuerte y negro, se hacía en una cubeta grande y con un sabor característico de lo que se conocía como caracolillo -que eran como frijoles secos o sin germinar. Lo bebíamos al estilo mexicano con gran cantidad de leche caliente, y lo acompañábamos de frijoles, gorditas de harina y naturalmente, tortillas. En casa usábamos tenedores, pero allí, podíamos enrollar nuestras tortillas tal como lo hacían los peones y usarlas como cucharas para comer los frijoles y el chile, mordiendo un pedazo de tortilla en cada bocado. Nunca nada supo tan bien, ni olió tan deliciosamente como el humo que salía cuando se quemaban las raíces de mezquite, mezclado con la fragancia del café.

Tiempo después, cuando papá estaba por terminar la presa, Billy el caballito, enloqueció, se metió al patio desde el corral, se comió todo lo comible y pisoteó todo lo restante hasta hacerlo pedazos. Para entonces, Jack mostraba síntomas de la edad, así que papá se deshizo de los dos. En realidad no los echamos mucho de menos ya que para entonces éramos amigos de los bosnianos y de otros niños.

Como lo mencioné, el pozo que estaba en la pared del corral

era compartido por nosotros y los propietarios del hotel Madrid.

Aproximadamente una semana después de nuestra llegada, uno de nuestros pollos voló y se cayó en el pozo. Durante el alboroto del momento, se rompió el hielo y, de ahí en adelante los bosnianos se convirtieron en nuestros muy queridos amigos. Eran cuatro, se llevaban un año entre sí y hacían pareja con cada uno de nosotros. Ellos venían y se subían al volantín, jugaban en la casa de campaña y con nuestros juguetes, mientras que nosotros encontrábamos su corral, tan saturado de cajas y basura, el punto más fascinante del lugar.

También, estaban los niños Perry quienes vivían a pocas casas y eran numerosos y divertidos. Tenían de mascota a un chivito, un cabrito pequeño, y grande era el alboroto cuando éste se las arreglaba para, de alguna forma, brincar dentro de su letrina. Todos corríamos al lugar y, con aliento agitado, mirábamos cómo los hombres rompían el asiento y rescataban a la pobre criatura.

Justo enfrente, vivía la familia Severin. Había cuatro niños y el señor Severin hacía jabón de la semilla del algodón. Su patio tenía una gran cantidad de cáscara de semilla de algodón y pasábamos horas subiendo hasta la punta y deslizándonos hacia abajo. ¿Cómo es que nosotros y los Severin sobrevivimos?, sólo Dios sabe, ya que esa cosa era resbalosa como la arena y, de vez en cuando, uno de los niños más pequeños desaparecían completamente en su interior. Afortunadamente, nosotros, los mayores siempre nos las arreglábamos para pescarlos antes de que se hundieran. Otro motivo para visitar su casa era el gran horno en su cocina. Como la mayoría de los extranjeros, tenían además de la estufa de madera, braseros para que los sirvientes cocinaran sus propios alimentos y este gran horno empotrado en la pared era también para uso de los sirvientes. Era lo suficientemente grande para escondernos y asustar a cuanta

alma se acercara a él. Había otros compañeros de juego que vivían a mayor distancia y, cuando jugábamos en sus casas, el mozo siempre era encomendado para llevarnos y traernos. En la actualidad, ni siquiera se pensaría en confiar a un niño a alguien a quien apenas se le conoce, como nosotros a nuestros mozos. Sin embargo, nunca nos ocurrió nada, ni tampoco escuchamos que algo les hubiera ocurrido a los hijos de otras personas. El secuestro se puso de moda hasta la Revolución. Alice, cinco años menor que yo, era la única que retaba el casi absoluto mando de Fidi. Ella era robusta y musculosa, una moza retozona que no le temía a nada. Debido a que tenía buen carácter, y a que casi siempre estaba lista para cualquier cosa, generalmente se llevaba bien con todos, pero de vez en cuando estaba en desacuerdo, y si Fidi la amenazaba, ella se paraba con los brazos en guardia y lo retaba, diciéndole: "Hazme algo". Ella hizo un pequeño jardín en una de las esquinas del patio y le puso un pequeño letrero: "Nadie se atreva a entrar al jardín de Alice Wulff". Mi mejor amiga, Kika Pfeiffer, quien tenía casi mi edad, vivía del otro lado de la ciudad, más allá de las vías y a un lado de la colina, en donde su papá tenía una fábrica de jabón. (Yo no sé cómo la economía de la ciudad podía mantener a dos fabricas de jabón, especialmente, cuando gran parte de la población no usaba el producto casi para nada; así que, quizá me equivoque en lo que respecta al señor Pfeiffer). De cualquier manera, fuera lo que fuera lo que hacía, tenía que ver con la semilla del algodón, puesto que puedo recordar con claridad el olor, algo parecido al del queso, que predominaba en el lugar. Kika era rubia, robusta y en conjunto, encantadora y pasamos maravillosos momentos juntas, especialmente, cuando yo iba a jugar a su casa. La única mosca en la sopa era que Kika tenía una hermana que era justo de la edad de Alice, así que siempre tenía que llevar a mi

hermana conmigo. Alice debió haber sido una existencialista, puesto que detestaba la ropa y todo aquello que le quedara entallado. Mamá nos cosía la mayor parte de nuestros vestidos, y Alice era su más grande dolor de cabeza, puesto que más tardaba mamá en ponerle los alfileres para ajustarle un vestido, que ella en respirar impacientemente y botarlos todos. Las cintas de sus botines altos, siempre, colgaban en bucles y nunca se las amarraba. Ella enrollaba sus calcetines negros de algodón hasta el borde superior de sus botines, y hacía lo mismo con la parte de las piernas de los calzones largos. Cuando aparecía vestida así, yo protestaba enérgicamente por tener que llevar conmigo a una criatura tan desarreglada, y mamá salía cepillo en mano y la peinaba para asegurarse de que Alice fuera presentable. Sin embargo, estos arreglos nunca duraban mucho ya que, tan pronto llegábamos con los Pfeiffer, Kika, cuyo sentir acerca de las hermanas menores coincidía con el mío y yo, corríamos a escondernos. Alice, como siempre, disfrutaba intensamente y rara vez quería irse cuando el mozo venía por nosotros.

En una ocasión, de hecho, se rehusó a irse y, después de haberme llevado a casa, el mozo fue enviado a traerla, a rastras, a pesar de sus protestas.

Junto al Hotel Madrid y exactamente en la parte posterior de nuestra casa, estaba la cervecería de papá. Después de un recorrido por ella, nos mantuvimos alejados, primero porque se nos tenía prohibido, y más importante aún, debido a que teníamos miedo del capataz, quien era un alemán gigantesco con un temperamento que coincidía con su estatura. Sin embargo, detrás de la cervecería, y muy accesible, se encontraba una enorme pila de carbón en donde - juzgando por la manera en que normalmente nos veíamos - pasábamos mucho tiempo, todo nuestro tiempo.

Uno de los resultantes originados de la cervecería era un riachuelo de agua hirviendo completamente limpia, y papá construyó una pequeña acequia de ladrillo para canalizarlo hacia nuestro patio, en donde fluía hacia una pila y de ahí, bajo el zaguán, salía hacia la calle de enfrente. Estaba muy a la mano y en todo momento, podíamos sacar agua caliente para bañarnos, cocinar y lavar. Nosotros los niños, acostumbrábamos poner a flotar pequeños barquitos en ella. Un día, cuando aún no tenía tres años, Bub el más pequeño, se cayó de cabeza en la pila. Afortunadamente, estaba usando un vichol (un sombrero de paja barato, de copa circular en lugar de forma de pico), que se resbaló hacia abajo y le protegió la cara y el cuello hasta que lo pescaron.

Como lo dije, anteriormente, nuestros ángeles de la guarda eran verdaderamente excepcionales.

Era una vida alegre y libre, ya que con seis sirvientes nunca tuvimos que realizar ningún quehacer y cuando la escuela terminaba, podíamos hacer lo que nos gustara. Una mañana este patrón de felicidad se vio opacado cuando, al salir al corral y mirar por la cerca, vimos a Jesús, el mayor de los bosnianos, sentado llorando. Cuando le preguntamos que estaba ocurriendo, sus grandes ojos cafés se vieron enormemente magnificados por las lágrimas que brotaban copiosamente y rodaban por sus mejillas morenas: "María está muy enferma -nos explicó en sollozos-, muy enferma, quizá se muera".

Nos limitamos a mirarlo. Habíamos oído hablar de la muerte alguna vez en San Antonio, cuando uno o dos de los parientes fallecieron. Hubo lágrimas, ropa negra y funerales, pero para nosotros eso era algo lejano. Nosotros habíamos visto una o dos procesiones de funerales -caballos negros, adornados con plumas, carros fúnebres y carretas repletas de dolientes. En Torreón, la

muerte se había acercado más. La ciudad era muy pequeña, el desierto y arenoso cementerio estaba cerca y las muertes eran mucho más frecuentes. Casi todos los días veíamos una de las lastimosas procesiones- hombres cargando ataúdes seguidos por una serie de dolientes compuesta por hombres, mujeres y niños vestidos de negro. De vez en cuando, había un vagón pintado de negro y algunos coches seguían a la procesión, pero por lo general, la procesión era a pie. Con mucha frecuencia, los ataúdes eran muy pequeños, tan pequeños que podían cargarse sobre el hombro de un hombre y entonces nos dimos cuenta de que pronto, quizá, iban a cargar a María de la misma manera. Preocupados y temerosos corrimos a contárselo a mamá. Ella sacudió su cabeza, y tan pronto como pudo fue al Hotel Madrid. Cuando regresó con el semblante triste, trató de explicarnos y reconfortarnos. Más tarde, la escuchamos decirle a papá: "Pobrecita. Los doctores la dan por perdida. Es terrible Fritz, pero tú sabes como son. La tía salió y trajo un rollo de tela negra y ella y la madre ya comenzaron a hacer la ropa de luto para toda la familia."

En aquel entonces, el luto era muy complicado en todas partes, pero en México, era algo especial. Había un código muy rígido y particular, que establecía el número exacto de días de guardar luto, de acuerdo con cada grado de parentesco, aún para el primo más lejano y para los amigos. Las viudas con frecuencia guardaban luto de por vida; aquellas que tenían posibilidades usaban ropa interior negra y hasta los niños lo usaban durante un año o dos cuando fallecía alguno de sus padres o un hermano o hermana.

Yo conocí a una niña de 13 años que guardó luto durante tres años, primero por sus padres y posteriormente por algunos parientes. En todas las casas había velos negros y bandas para el brazo, ya que la visita a un pariente en duelo exigía luto. Por lo tanto, las

actividades de la señora Bosnian, aunque nos impactaban como una cubeta de agua fría arrojada a la cara, iban de acuerdo con las costumbres prevalecientes. Entretanto, de manera inexplicable e inesperada, María comenzó a mejorar. Sin embargo, la ahorrativa señora Bosnian siguió cosiendo, y quizá María sea la única persona en el mundo que usó la ropa de luto por su muerte.

Capítulo IV - DIAS DE ESCUELA

☞ NUESTRA PRIMERA INSTITUTRIZ era una Fraülein que venía muy bien recomendada por una familia de la ciudad de México. Era de mediana edad, o quizá mayor, hogareña y socarrona que parece haber funcionado tanto como institutriz que como ama de llaves, porque yo la recuerdo con una gran cantidad de llaves en un listón que colgaba de su cintura, blandiendo sobre nosotros por toda la casa, su largo y torcido dedo índice. Usaba sombreros corrientes decorados con un sinnúmero de pequeños moños y pedazos de listón. Tenía docenas de ellos y siempre mandaba traer de Alemania listones y cosas para hacer más. Se rumoraba que tenía poco o casi nada de cabello y naturalmente, nosotros nos moríamos de curiosidad. Desde luego, ella nunca tuvo alumnos tan atentos e interesados, ya que la seguíamos por todas partes, rezando por que soplara un fuerte viento o que una águila se precipitara para arrancarle el sombrero y en el salón de clase manteníamos nuestros ojos fijos en su cabeza. Hasta Alice, a quien había que buscar cada mañana y empujar (con un cepillo para el cabello) para que entrara al salón de clase, aparecía voluntariamente durante el régimen de la Fraülein.

La Fraülein no tenía habitación, así que un rincón del gran salón de clase se dividió con paredes de manta (semejando a los apartamentos de un piso) terminado con puerta y chapa. Sin embargo, el techo era tan alto que no se pensó en subir las paredes hasta arriba y nosotros pasábamos parte de nuestro tiempo parados sobre muebles tambaleantes apilados para poder mirar algo desde

arriba, con la esperanza de sorprenderla sin el -siempre presente-sombrero, pero nunca nos fue posible, ya que debía dormir con él puesto.

Había tal escasez de mujeres en Torreón y tantos extranjeros solos, que cualquier mujer soltera que no hubiera sido llevada a la cama, era acosada de inmediato por una multitud de pretendientes. Fraulein no fue la excepción -un fornido viudo alemán pronto la sacó de circulación con todo y sus sombreros. Papá puso entonces, un anuncio en un periódico de Nueva York. Quizá, él era un genio en la redacción de anuncios o el mercado de trabajo para institutrices era muy malo, ya que recibió 400 respuestas. ¿Cómo se decidió por la señora Carling?, no lo sé, pero -sin duda- se vió influido por el hecho de que era viuda y estaba cerca de los cuarenta. Sin embargo, a pesar de su cabello encanecido, era algo bonita, y desde la primera semana casi todos los hombres de la ciudad o de los alrededores la cortejaban. Tan inoportunos fueron sus encantos que terminó por dejarnos con la institutriz Schmidt, quien o tenía mal aliento u odiaba a los hombres.

Papá había pagado el pasaje de la señora Carling desde Nueva York, y ella recibía un buen sueldo, por lo que con toda razón, se encontraba molesto. Especialmente, debido a que la famosa hora de visita coincidía con la hora en la que el mozo ordeñaba a nuestras dos vacas Jersey. Cuando él caminaba a lo largo del patio con dos pesadas cubetas, de lo que era virtualmente pura crema, los pretendientes (casi todos ellos vivían en pensiones ó en campamentos en las minas) comenzaban a babear ostensiblemente. Papá era demasiado hospitalario como para despedirlos. También era demasiado bueno para reprender a la señora Carling, pero aún así su paciencia se estaba agotando; sin pensar lo que habría pasado si ella hubiera esperado un tiempo más prolongado para decidir

con quién casarse.

Decepcionado de las mujeres, papá decidió intentar con los tutores. Varios fueron importados con un gasto considerable y de inmediato atraídos por ofertas de salarios más elevados como empleados en tiendas o en campos de minas. Entonces llegó Herr Rausnicht, un hombre pequeño, vivaracho y pulcramente vestido. Su bigote estaba encerado y enroscado para terminar como una obra de arte, y los cuellos de sus camisas... -bueno, él enviaba a Alemania por ellos, ya que no había ninguno en el Hemisferio Occidental lo suficientemente alto y firme para darle gusto. El tenía una manera extraña de expresarse, su brazo derecho se movía rítmicamente a lo largo de su estómago mientras que, con su mano izquierda apretando un delgado bastón de malacca, rascaba su pequeña espalda. Cada mañana nos escondíamos tras la puerta principal, y mientras él caminaba por el pasillo, nos alineábamos y lo seguíamos, imitándolo exactamente. Extrañamente, nunca se percató de esto y si lo hizo, lo consideró como un cumplido. Yo pienso que no nos enseñó gran cosa y de cualquier manera, no duró mucho. El comenzó a quedarse fuera para celebrar cumpleaños: el del Kaiser, el de Porfirio Díaz, el de la reina Victoria -debido a que su gran amigo era inglés- y el del presidente McKinley, ya que nosotros éramos americanos. Invariablemente, Herr Rausnicht celebraba con tal fervor que tenía que tomar el día siguiente, para recuperarse. Papá aguantó por un tiempo, con la esperanza de que eliminara a los cumpleaños de su sistema.

Después de todo, hasta los jefes de estado pueden tener una celebración por año. Pero no pasó demasiado tiempo para que Herr Rausnicht insinuara que permanecería fuera para celebrar su propio cumpleaños. Papá lo despidió. No sé que le ocurrió a Herr Rausnicht, pero siempre sospechamos que regresó a Alemania

para darle lecciones a Wilhelm II sobre cómo enroscar el bigote. De cualquier forma, papá no contrató a ningún otro tutor, pues para entonces, un tal Señor Langer abrió una pequeña escuela. No sé cuántos alumnos había, ni si nuestros compañeros de juegos asistían, ya que el único niño que puedo recordar era un pequeño alemán llamado Fritz. No recuerdo que, ni cómo nos enseñaba el Señor Langer, pero nadie podría olvidar sus métodos disciplinarios, que eran tan únicos como prácticos.

La escuela estaba en una típica casa mexicana con ventanas con barrotes y un patio. En el patio había una enredadera repleta de vides, la que parecía estar inusualmente llena de frutos. Tal vez el señor Langer no podía o no quería contratar a alguien para cosecharlas, pero ante cualquier falta menor que cometiéramos, éramos enviados a recoger uvas, un cierto número de racimos por cada negligencia y un castigo a aquel que sucumbía y se comía aunque fuera una uva. Las uvas eran moradas y jugosas, y era imposible pasar sin comer siquiera una. El patio también albergaba un inagotable nido de grandes hormigas rojas, y a los comedores de uvas y a otros transgresores flagrantes se les obligaba a traer un cierto número de hormigas muertas que el maestro contaba. Alice, quien era una niña retozona que parecía ser incapaz de amoldarse a las ideas de cómo debe comportarse una niña pequeña, se pasaba la mayor parte del tiempo en el lecho de las hormigas. Todas las tardes, cuando volvíamos de la escuela a casa, mamá preguntaba: "¿En dónde está Alice?", y la respuesta invariablemente era: "Matando hormigas".

Mamá debió haber pensado que Alice necesitaba ser disciplinada, ya que ella y papá iban con la teoría de que el maestro siempre estaba en lo correcto. De todas maneras, nadie se atrevió a criticar sus métodos. Desde luego, que cuando se acababan las

uvas, todos teníamos que matar hormigas -en ese clima eran una plaga que duraba todo el año. Una noche, cuando caminábamos por la ciudad, pasamos por la escuela y vimos a Fritzi, con el semblante manchado de lágrimas, mirando tristemente a través de la ventana con barrotes: había sido enviado afuera a matar hormigas y el señor Langer se olvidó de él y lo dejó encerrado.

Poco después, cierta señora y su hermana la señorita Burton establecieron otra escuela, de la que sólo recuerdo un incidente. Celebrábamos una especie de festival escolar, en el que los alumnos recitaban y por lo general, se lucían. A la mitad del evento, la directora anunció: "Ahora, la señorita Burton, subirá y se casará".

El novio y el ministro aparecieron y la ceremonia se llevó a cabo en ese mismo sitio. Nunca supe la razón de esto -sólo pude suponer que la señorita Burton prefirió casarse en su medio ambiente natural. A nivel académico, no parecíamos estar muy afectados por esta variada dieta educativa, ya que, cuando Fidi y yo volvimos a San Antonio, encontramos que estábamos al parejo, sino es que más adelante, de nuestros contemporáneos escolares americanos. Yo no me lo explico, pues ninguno de nuestros profesores causó una impresión real en nosotros. Excepto, quizá, por Fraülein. Durante años, cuando veíamos a su corpulento esposo engordar cada vez más, debido a su excelente manera de cocinar, lo mirábamos con ansiedad, queriendo atrevernos a preguntar qué había encontrado bajo esos sombreros.

Capítulo V **COSTUMBRES MEXICANAS**

❧ UNO DE LOS obstáculos más importantes en la comprensión entre americanos y mexicanos radica en el hecho de que los Estados Unidos es una nación de gente de clase media. Los muy ricos y los muy pobres eran, comparativamente hablando, mínimos en número e impacto. Aún más, el nivel social no era determinante -cualquier muchacho podía llegar a ser presidente o competir con los Vanderbilts. En México, por otro lado, un pequeño grupo de gente muy rica, no sólo gobernaba el país sino que, literalmente, poseía más del noventa por ciento del mismo, y las oportunidades de que un peón escalara muy alto en la escalera financiera o política eran prácticamente nulas. Esto llevó a muchos americanos (y también a muchos extranjeros) a mirar hacia abajo a los mexicanos, ya fueran ricos o pobres. Muchas mujeres que nunca habían tenido más ayuda que la de una muchacha contratada, que comía con la familia, encontraban de mucha altura poder contratar a media docena de sirvientes por 15 pesos al mes.

Los mexicanos no entendían ni aceptaban el ajeteo de los americanos, su sentir de que las cosas deben hacerse a tiempo, de que las citas deben atenderse, las obligaciones cumplirse y así sucesivamente. Por su parte, los americanos se exasperaban frecuentemente con la indolencia, la dilación y la falta de planeación. He escuchado que esta indolencia se debe al exceso de vitamina B que se origina por comer mucho chile, pero en un todo parece más el resultado de generaciones que han labrado sus

pequeñas parcelas de tierra, extrayendo algunas veces casi lo indispensable para comer y la falta de ambición desarrollada a partir del aprendizaje por experiencia en el sentido de que no importaba lo que hicieran, de todas maneras, nunca iban a llegar más allá.

Desde luego, había otras cosas -el idioma era una de ellas. Otra tenía que ver con el asunto de la cortesía. Los modales de todos los mexicanos, desde el niño más pequeño, eran exquisitos. Charles Macomb Flandrau en su *Viva México*, al tratar sobre el mismo período, decía que si de él hubiera dependido el ordenamiento de este mundo, todos los niños deberían nacer mexicanos y permanecer así hasta que cumplieran quince. Todo esto no tenía nada que ver con la moral y la ética, sólo con los modales. Aún el más humilde peón diría "mi casa es suya" y usaría frases igualmente floridas, que para nosotros sonaban fantásticas y falsas, mientras ellos, desde luego, nos consideraban bruscos y groseros. El verdadero problema, supongo, radicaba en el concepto básico de la cortesía. Los mexicanos decían todo lo que pensaban le agradaría escuchar al interlocutor y no necesitaban basarse en un hecho, ni se suponía que esto debía tomarse literalmente. La cortesía americana era menos efusiva y el "sinceramente suyo", ciertamente resultaba más genuino que el "beso sus manos y pies", que era frecuentemente usado para terminar una carta en español. Sin embargo, ni la expresión significaba que el escritor necesariamente moriría por uno - ni que tuviera siquiera, la intención de pagar una factura.

Un mexicano hacía una cita, pero si decidía no acudir, nunca sentía la necesidad de dar explicación alguna. "Siempre no fui". Hecho que resultaba profundamente irritante para los americanos, quienes esperaban algún tipo de excusa, por pequeña que fuera. De cualquier forma y pensándolo bien, el "está en una conferencia"

de los empresarios americanos, estaba casi a la par del "siempre no fui", con una mayor veracidad del lado mexicano.

En una ocasión Harry, mi hermano menor, hizo una cita para jugar tenis con Raúl en las canchas de Gómez Palacio. Debido a que esto significaba un viaje de tres millas en tranvía, con toda razón se molestó cuando Raúl no llegó. Cuando se lo cuestionó al día siguiente, Raúl se sonrió, se encogió de hombros y dijo: "Siempre no fui". Harry, quien normalmente era el hombre más noble y razonable, se puso en acción. Esperó el momento oportuno cuando Raúl sugirió ir de cacería; debían reunirse a las 3:00 a.m. Harry no apareció y cuando Raúl, exasperado en esta ocasión, le preguntó que había pasado, Harry sonrió, encogió sus hombros y dijo: "Siempre no fui".

Había otras cosas que nos confundían e irritaban -de hecho, a pesar del largo tiempo en que vivimos allí, nunca nos acostumbremos a algunas de las facetas de las costumbres mexicanas. Los mexicanos de clase alta eran en su mayoría gente encantadora. Muchos habían sido educados o habían viajado al extranjero; las mujeres mandaban a París por su ropa (y ¡qué ropa!); se entretenían ostentosa y estupendamente y los regalos que obsequiaban eran embarazosamente extravagantes. Y más aún, algunas veces violaban lo que para nosotros parecía un concepto básico, no sólo de cortesía sino de decencia. Por ejemplo: Fidi invitó a un joven a visitarnos durante una semana, más o menos. La primera noche su invitado lo precedió para entrar al baño (en ese momento sólo teníamos uno completo), y cuando Fidi entró, encontró su cepillo de dientes todo mojado. Cuestionado, el huésped admitió haberlo usado. Fidi lo miró, recogió el cepillo, dió zancadas hacia la ventana y gritó: "Observa esto" y lo lanzó hacia la noche.

La mayoría de los mexicanos, excepto aquellos cuyos ancestros

eran completamente españoles, eran de complejión morena clara que armonizaba con sus ojos oscuros y su lustroso cabello negro. Sin embargo, las mujeres persistían en usar grandes cantidades de harina blanca en polvo. Esto ocurría en el momento en el que las mujeres americanas apenas se atrevían a usar un toque de polvo de arroz, aplicado discretamente con piel de gamuza. Yo no sé si ya se había inventado el polvo líquido, pero, sea lo que fuere que las señoras y señoritas usaban, daba el mismo efecto que la cal. Cuando tenía aproximadamente 13, edad con mayor conciencia de uno mismo, nos invitaron a San Pedro para asistir a un gran baile que Francisco Madero (padre de la Revolución) ofrecía a la joven con la que estaba comprometido. Una característica especial del baile era que todas las jóvenes debían desfilar de dos en dos, y yo, aunque era menor que la mayoría de ellas, había sido incluida. Mi pareja era Rosita, de aproximadamente 16 años de edad y ya toda una mujercita. Estaba tan minuciosamente maquillada de blanco que parecía payaso y casi me niego a caminar junto a ella. Justo, cuando la procesión estaba por iniciar, la mamá de Rosita corrió hacia ella, yo suspiré con alivio pensando que le quitaría algo de polvo, pero únicamente agarró la borla, exclamando ansiosamente "¡Rosita, ponte más polvo!".

El único lugar verde en Torreón era la plaza. Posteriormente, se instaló un quiosco y, diariamente se daban conciertos, pero cuando nosotros llegamos no había nada más que algunos árboles y bancas. Éste era el lugar de reunión, el sitio para cortejar y debido a que estaba en el centro de la ciudad, también era la zona de negocios. La diversión principal en cualquier pequeña villa mexicana era siempre, la villa en sí misma, ya que la gente tenía un colorido inherente, una gracia inconsciente tal, que era un placer observar, y ellos estaban, incorregiblemente interesados en todo lo que

ocurriera, sin importar qué tan trivial fuera. Todos vivían en el lugar en donde podían beneficiarse, aun cuando significara quedar apretujados entre dos ruidosas cantinas. Durante las caminatas vespertinas con mamá, íbamos a la plaza y caminábamos alrededor de ella como todos. Había dos rutas bien definidas: una para las muchachas -quienes iban en risueños grupos de tres o más-, y otra de muchachos, caminando en sentido contrario para que los jóvenes y las jóvenes pudieran verse y coquetear entre ellos, sin tener que traer consigo a la molesta e interminable variedad de chaperones quienes se sentaban en las bancas y chismeaban.

El noviazgo en México se lograba sólo superando la más increíble cantidad de obstáculos, ya que se pensaba (y quizá el hombre mismo lo pensaba) que todo hombre, que no fuera absolutamente senil, era el más agresivo Don Juan con quien ninguna mujer podría estar a salvo. Ninguna muchacha mexicana decente iba nunca a ningún lugar sola con un hombre, y se suponía que, como parte de su educación, todas las hermanas menores fueran llevadas obligatoriamente como chaperonas. La iglesia, naturalmente, era el sitio ideal para los encuentros privados y aún ahí, las muchachas iban en parejas. Cualquier visita a la casa de una muchacha involucraba a todas las tías solteras, hermanas, padres y otros parientes interesados y únicamente el pretendiente más determinado se comprometía. El sistema era definitivamente desalentador para cualquier extranjero, especialmente para los americanos, quienes estaban acostumbrados a cierta libertad en su trato con damas jóvenes. Si un hombre era visto con buenos ojos por la familia de la muchacha, cada miembro de la familia - hasta el niño más pequeño- entraría a la sala cada vez que viniera de visita.

A propósito de esta concepción del hombre mexicano, en una ocasión después de haberme casado, traje una cantidad de

sombrillas y linternas japonesas de los Estados Unidos para usarse, como obsequios, en un gran baile que iba a ofrecerse. La idea era que las muchachas llevaran las sombrillas y que se apagaran las luces, durante un minuto, para que los hombres buscaran a sus parejas con las linternas encendidas. Ésta era una idea que había sido usada con gran entusiasmo en los Estados Unidos, pero en México... era un escándalo el apagar las luces; la respuesta fue un "No". Se tenía la impresión de que algunos de los hombres podrían cometer abusos -como el robo de un beso- en el momento del apagón.

Otro obstáculo para el casamiento entre muchachas mexicanas y extranjeros era la costumbre de que el hombre debe pagar todos los gastos de la boda, incluyendo el ajuar de novia. En virtud de que había sólo algunos extranjeros que tenían las mismas condiciones económicas que los mexicanos más ricos, quienes eran horriblemente extravagantes, el matrimonio resultaba casi imposible.

Los británicos y los americanos nos veíamos obligados a llegar a acuerdos sobre ciertos aspectos, y se nos permitía tener citas por las tardes, pero no salir sin chaperón por las noches. (Yo estuve comprometida en secreto durante un año, pero por las noches nunca salí sola con Billee ya que papá me llevaba a todos los bailes). Yo no sé lo que pensaban los mexicanos sobre esto, o si alguno de mis pretendientes mexicanos me consideraba como una mujer fácil -ciertamente ninguno de ellos me pidió nunca "cometer ningún abuso".

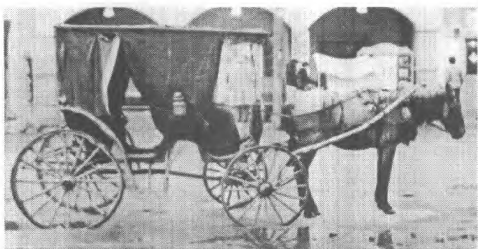
Uno de ellos era un joven muy rico y de una distinguida familia, que no sólo era hogareño sino también muy aburrido. Como pretendiente, era infatigable, cuando venía de visita (siempre con un gran manojo de gardenias) se quedaba hablando tan monótonamente durante horas que me veía obligada a llamar, primero



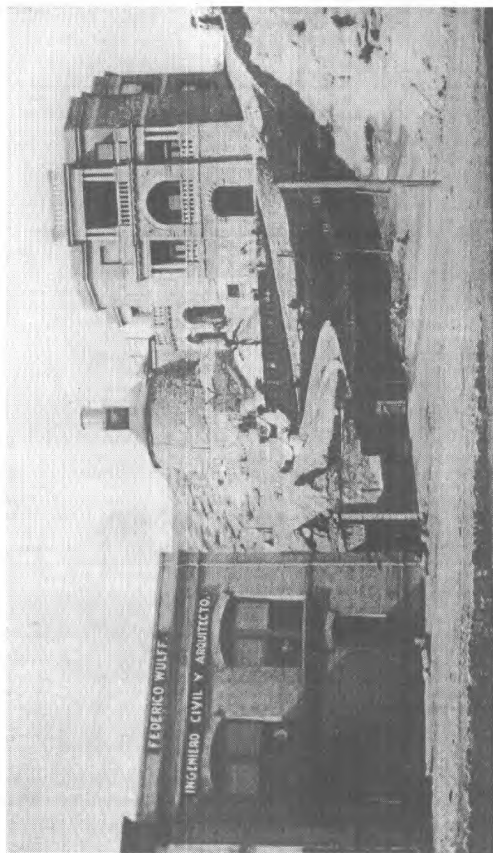
*WILLIAM JAMIESON, a los 31 años,
alrededor de la fecha
de su matrimonio con Tulitas
Wulff en Torreón.*



*TULITAS (Dalla) Wulff a los
19 años, un poco antes de
conocer a su marido.*



*Un taxi de Torreón en 1905. Estos coches de madera con cortinas
de piel, generalmente en estado desastroso, eran patrocinados por
el público.*



El Chalet Wulff en Torreón, con la oficina de trabajo de papá asentada al pie de la colina.

a mamá, después a papá para que me ayudaran a entretener al hombre. Mientras papá conversaba con él, mamá y yo nos disculpábamos y nos íbamos a sentar en el patio, riendo históricamente al darnos cuenta de que lo que estábamos logrando era alentarlos, ya que él pensaba que la presencia de mamá y papá significaba la aprobación de este cortejo. En una ocasión vino por la tarde y le mandé decir que no estaba en casa. El se limitó a decir: "Esperaré a la Señorita Wulff", y se esperó hasta casi la hora de la cena por lo que me vestirme, brincar la cerca del corral y entrar por la puerta del frente.

El idioma era una verdadera barrera. Estoy segura de que los franceses y los alemanes tenían problemas eliminando sus errores; los españoles mantenían terca mente su ceceo y eran terriblemente difíciles de entender. Surgió un tipo de español mezclado -los chinos se hicieron muy hábiles en su uso, al igual que los americanos, canadienses e ingleses, quienes por una razón u otra, tenían mayor dificultad para aprender el idioma que otros extranjeros. Parte de esto pudo haber sido una falta de habilidad con los idiomas -en gran medida seguramente originada por una simple terquedad de parte de los menos educados. (Mi esposo, un canadiense, no vino a México sino hasta casi tener treinta, pero se aplicó y pronto pudo hablar lo suficientemente bien como para practicar la medicina). Una historia clásica en este sentido es la del capataz de una mina quien, desesperado por la informalidad de los trabajadores mexicanos, gritó enojado: "If you savvy in the noche that you ain't a-goin' to trabajar in the mañana, why the hell don't you digame".

Aquí, nuevamente, surge la diferencia entre la mentalidad de un peón y la de la clase media. El capataz, desde luego, podría entender que un compañero se embriagara el domingo, y que

estuviera demasiado crudo para trabajar el lunes -quizá él mismo lo habría hecho. Se lamentaría perder la paga del día y el hecho de que como resultado, cualquier cosa para la que estuviera ahorrando tendría que esperar un poco más. En contraparte, los mexicanos podían seguir faltando, simplemente debido a que tenían, en el momento, lo suficiente para comer y no tenían ganas de trabajar. Durante la cosecha de semilla de mezquite, por ejemplo, se quedaban en grupos viviendo de las semillas mientras las había. En una ocasión cuando papá estaba construyendo una presa, teniendo el contrato una cláusula de castigo, se vió obligado a comprar toda la cosecha de semilla de mezquite para poder terminar el trabajo a tiempo.

Yo he escuchado hablar de cómo los extranjeros, especialmente los americanos, explotaban a los mexicanos durante la época de Porfirio Díaz. Sin duda el dinero para los proyectos más importantes provenía de Wall Street o Threadneedle Street y muy probablemente, regresaba con gran cantidad de intereses. Sin embargo, los extranjeros ciertamente creaban muchos nuevos empleos y traían a México nuevos métodos, nuevas ideas, nuevas maneras de manejar asuntos, que impulsaron en gran medida al país hacia el siglo veinte. Los extranjeros que vinieron a ofrecer sus servicios, a abrir tiendas, lavanderías, a trabajar como contadores, doctores, abogados, y otros, arriesgaban su capital y sus futuros, y se comprometían a profundidad con lo que estaban haciendo.

Así, también, los administradores de minas y de plantaciones de algodón, de ranchos, etcétera. De esta forma ellos le dieron a México una perspectiva de pensamiento de clase media que resultó muy útil durante la Revolución, cuando la vieja clase social fue finalmente derrocada. En el largo plazo, me inclino a pensar que México, se crea o no, le debe mucho a aquellos extranjeros.

Capítulo VI - LOS SIRVIENTES

SE PODRÍA ESCRIBIR todo un libro sobre los sirvientes mexicanos de esa época. En la actualidad, aún cuando se dude, son mejor educados, menos supersticiosos, más independientes económicamente, espero, y posiblemente menos serviciales y agradables de tener cerca. De cualquier manera, cuando viví allí, definitivamente eran parte del paisaje y además de la cocinera y recamarera, el mozo era una absoluta necesidad. El equivalente más cercano en inglés es "handyman", pero el mozo cubría un territorio más amplio y siempre se encontraba en movimiento.

La puerta principal en nuestra primera casa era enorme - hubiera estado perfecta en una fortaleza medieval -y se cerraba con una llave muy pesada de un pie de largo. Debido a que era imposible que cualquiera de nosotros la cargáramos, nuestro mozo envuelto en un sarape siempre se dormía junto a ella, para darle entrada a aquellos que llegaran tarde. Se levantaba a las 4:30 de la mañana, se ataba un pañuelo sucio sobre su nariz y salía a barrer la banqueta. Todos los demás mozos hacían lo mismo y debido a que la acera estaba hecha de ladrillo que no había sido lo suficientemente cocido, todo el vecindario sufría de tornados de tierra de ladrillo, a pesar de todas las cubetas de agua que ellos arrojaban.

Después de eso, ordeñaba las vacas, alimentaba los pollos, recogía los huevos, tallaba los pisos, traía leños para las estufas, vaciaba las cenizas, e iba a innumerables mandados. Era enviado por el doctor, entregaba mensajes sociales y de otros -alrededor de la ciudad-, iba por hielo y media docena de veces al día al

mercado por artículos olvidados. Posteriormente, cuando los teléfonos llegaron a Torreón, no sirvieron de mucho para aligerar la carga de los mozos. En lugar de un sistema de teléfonos se pusieron dos, y sólo se podía hablar con aquellas personas que tenían el mismo sistema. Desde luego, se podía ser extravagantes y tener los dos, pero el servicio era pésimo por lo que al final, era más fácil enviar al mozo, como siempre lo hacíamos.

Allí, nada empezaba a tiempo. Las funciones de teatro comenzaban hasta el momento en que había suficiente audiencia y los actores se sentían suficientemente presionados para comenzar a actuar, por lo que el mozo siempre tenía que hacer varios viajes para darse cuenta de cómo estaba la situación, y decimos en qué momento acudir. El teatro no era nada más que un sitio al aire libre con una plataforma en una orilla, una cerca delimitando el área e, inexplicablemente, un pozo tapado con tablas en el centro. No existían las absurdas reservaciones ni la venta de boletos anticipada. Las personas llevaban sus propias sillas al teatro y las colocaba en donde creían poder tener la mejor vista -si no se tenían sillas, uno se sentaba sobre la tierra. Esto significaba que el mozo tenía que llevar nuestras sillas más temprano. Si, por casualidad, comenzaba a llover, él corría a la casa por las sombrillas o los periódicos -la diversión era, muy escasa como para no disfrutarla por algo menor a un diluvio. Si alguno de nosotros nos hubiéramos caído dentro del pozo, el mozo sin duda, habría tenido que pescarnos para sacarnos. Sin embargo, a él no le importaba mucho este aspecto de su trabajo, ya que también tenía que sentarse en la tierra y disfrutar de la función.

Los compromisos sociales eran igualmente inciertos, y siempre enviábamos al mozo -varias veces- antes de atrevernos a salir a cualquier lugar, debido a que las cenas eran a las ocho, pero rara

vez comenzaban antes de las diez, y de llegar a tiempo, probablemente nuestros anfitriones aún no estuvieran vestidos.

El tren también se retrasaba. Los maquinistas se consideraban a sí mismos hombres muy importantes -si uno de ellos tenía que visitar una muchacha, el tren podía esperar hasta que lo hiciera. Así que el mozo siempre hacía varios viajes a la estación, y cuando el retumbar premonitorio y los movimientos indicaban que el horario entraría en operación, nuevamente corría a casa para informármolo, llamaba a un coche y subía las bolsas.

Había millones de otros trabajos para el mozo, incluyendo ensillar y cuidar a los dos ponies y a los otros caballos que adquiríamos de vez en cuando. Cuando papá se hizo lo suficientemente solvente para construir la casa grande en la colina, también construyó una alberca y el mozo se ocupaba de ella. Bueno, él hacía todo lo que debía hacerse y por la generosa suma de diez pesos al mes (cerca de cinco dólares de entonces). Cuando, por ignorancia y generosidad, papá comenzó a pagar a nuestro primer mozo doce pesos, fue duramente criticado por arruinar la oferta en el mercado de trabajo. (No era del todo por ignorancia, era que el hombre era inusualmente capaz). Con esta cantidad, el primer mozo se las arreglaba para mantener a una esposa y cinco niños, además de contribuir mucho con las cantinas locales. Él se quedó con nosotros durante varios años y a pesar de que bebía, era un empleado fiel, leal y consciente. De hecho, recapacitando sobre los muchos sirvientes que tuvimos, a lo largo de aquellos años, me doy cuenta de que la mayoría eran fieles y conscientes. Sin embargo, como en cualquier otra concentración de personas, hay excepciones. Algunos de nuestros mozos mostraron una notable "ingenuidad" e "iniciativa".

José, por ejemplo, empleaba las largas horas de la mañana,

mientras barría las banquetas, en vender nuestros blanquillos a su propia y selecta clientela. Nosotros teníamos sesenta pollos y nunca obtuvimos ningún blanquillo. Cuando se le cuestionaba, él siempre insistía que las gallinas ponían sus huevos bajo la pila de leña, en donde no podía alcanzarlos. Cuando bajo la pila de leña había supuestamente una gran tortilla de huevo, alguien se levantó lo suficientemente temprano para pescarlo, y otro pequeño empresario quedó fuera del negocio, cuando menos con nuestros huevos.

Alberto, que sospechábamos era frívolo y de dedos ligeros, fue enviado un día al mercado para hacer una compra de último minuto. En el camino, al pasar por una pequeña feria, quedó tentado y cayó. Él usó el dinero para comprar un boleto para la rueda de la fortuna. Nunca fue un cobro más rápido y oportuno - Gilbert y Sullivan habrían quedado extasiados- ya que cuando llegó a lo alto de la rueda, la maquinaria se descompuso y tuvo que quedarse arriba toda la noche. Nunca volvimos a ver a Alberto. Estaba, escuchamos decir, demasiado avergonzado.

Las vías del tren, como lo mencioné, corrían a través de la ciudad y los trenes con frecuencia quedaban estacionados durante horas, de modo que había que desviarse mucho para rodearlos. Si se era lo suficientemente audaz, algunas veces se tomaba el riesgo y uno se arrastraba sobre las juntas entre los carros. Epimeño, otro mozo, fue enviado a comprar una barra de hielo de cincuenta libras. A su regreso, con el hielo fuertemente atado a una cuerda, encontró su camino obstruido por un largo furgón que acababa de entrar y parecía que se iba a quedar por largo rato. Epimeño decidió arriesgarse. Pero, mientras se trepaba para atravesar, el tren arrancó y fue llevado hasta Gómez Palacio, a tres millas de distancia, antes de que pudiera bajarse. Sin dinero para el tranvía, caminó a casa a pleno sol. Al momento de su regreso, el hielo hacía tiempo

que se había derretido, pero orgullosamente nos mostró que la cuerda aún estaba húmeda, como evidencia de que realmente había comprado el hielo.

Atilano fue uno de nuestros mejores mozos, y él era tan talentoso para pintar, empapelar, enyesar y trabajar en carpintería que, finalmente terminó por establecerse por su cuenta. Era muy alto y tenía cabello lacio y grueso que nunca peinaba o lavaba. Cuando lo conocimos en la calle, no hubo necesidad de preguntar a qué se dedicaba: el cabello lo decía todo, tal como el chaleco de un glotón. Había pintura verde de la recién remodelada sala de la señora mengana, yeso de la nueva cantina, aserrín de la ampliación hecha en la cervecería y así, sucesivamente. A propósito, durante la Revolución a Atilano le llegó su oportunidad. Salió al mundo, se convirtió en parte de los integrantes de la nueva clase media e hizo dinero. Cuando papá lo encontró un día en la calle, casi no lo reconoció -usaba un traje de negocios común y corriente, camisa y corbata, su cabello cortado y lustroso, debido a la brillantina.

Fue en esta época, también (durante la Revolución), que papá, previendo que Villa sitiara a la ciudad, mandó tallar y desinfectar cuidadosamente la alberca que estaba en una pequeña construcción propia y por si acaso, la llenó con agua para beber. Después cerró el lugar. Sin embargo, un día, mientras pasaba por ahí, escuchó un ruido extraño y descubrió que uno de nuestros antiguos mozos, que se había quedado con las llaves, estaba disfrutando de un agradable chapuzón. Si el mozo hacía las compras, siempre estaba deseoso de hacerlo por poco menos, regateando gustosamente en cada compra, y quedándose con unos cuantos centavos para sí, durante el proceso. Esto también incluía a la cocinera, el segundo miembro más importante en la jerarquía. La vieja María, quien cocinaba para mí, después de casarme, acostumbraba sentarse en

la acera a contabilizar sus "ingresos" con frijoles, ya que ella ni leía ni escribía.

Este regateo, como en muchos otros países, era una parte intrínseca de las compras y la más divertida. (No es parte de la cultura de los Estados Unidos, motivo por el cual funcionamos tan ineficientemente en el "pedir" y "dar" internacional). Un americano, contra toda advertencia, instaló una tienda de un precio en Torreón y, rápidamente, quebró, aún cuando su mercancía era mejor y más barata, ya que no era divertido comprar en ese lugar. Después de todo, si sólo se contaba con un centavo o dos para gastar, es mucho menos interesante entrar y pagar, únicamente, el precio.

Otra faceta interesante de las costumbres era que el sábado era el día para pedir limosna, y muchos de los sirvientes se reservaban el derecho de pedir en ese día. Los tenderos separaban una parte de sus mostradores en la que ponían una cantidad de centavos, y cada limosnero entraba, tomaba únicamente una moneda y se iba hacia la siguiente tienda. Yo no sé si esta costumbre aún persiste en México, pero sólo así se explica lo que leí en el periódico hace varios años, que la unión de limosneros en la ciudad de México se había ido a la huelga para reclamar limosnas más elevadas.

Cuando vivíamos en Torreón, las cocineras rara vez cocinaban otra cosa que no fuera comida mexicana y algunos platillos extranjeros sencillos. La elaborada cocina alemana y española estaba, de cierta manera, más allá de sus posibilidades, excepto bajo una muy rigurosa supervisión. Esto parece extraño, ya que muchos platillos mexicanos requieren, como cualquier otra obra maestra culinaria, de mucho tiempo y esfuerzo. El mole, por ejemplo, puede tener tantos como cincuenta ingredientes. A propósito, la cocinera (o mozo) usualmente recibía dinero extra para comprar comida para ella y los otros sirvientes. Ellos no

comían lo que nosotros, excepto la comida mexicana, ya que la compra de alimentos extranjeros habría resultado muy cara para ellos y de todas maneras poco atractiva. Los abarrotes se guardaban bajo llave y se distribuían diariamente.

Con frecuencia se contrataba a toda una familia -la madre cocinaba, las hijas limpiaban y lavaban, el hijo o el padre eran el mozo-. Una de esas familias, ocho en total, trabajaron para la señora Carothers, esposa del cónsul americano en Torreón durante muchos años. Cuando la Revolución estaba en su punto máximo, y las relaciones diplomáticas entre ambos países estaban más tensas, la señora Carothers, sabiendo que deberían partir pronto, llamó a los sirvientes y les explicó cuidadosamente que tenía la intención de detener parte de su paga diaria para que, cuando ella se fuera, tuvieran un pequeño ahorrito que los sacara de apuros. Todos ellos asintieron y estuvieron de acuerdo con el arreglo, pero con el paso del tiempo se hicieron ariscos y problemáticos. Así que la señora C. llamó a la vieja Juana -la madre y cocinera-, y le preguntó cuál era el problema. Le contestó Juana: "Señora: ¿Cómo quiere que trabajemos bien cuando no nos está pagando nuestros sueldos completos?" La señora Carothers explicó, de nuevo, todo el asunto. Pero Juana repetía, obstinadamente, que ellos no podían trabajar a gusto con esos salarios, y la patrona se dio por vencida, sacó los ahorros acumulados y se los entregó. Sin más tardar, ellos decidieron hacer una fiesta que no sólo incluía alimentos y bebidas para todos sus amigos y parientes, sino también ochenta pesos de un santo (la imagen de un santo) de ocho pies, para bendecir la ocasión, y se gastaron todo el dinero en una noche.

En las familias en donde había niños, usualmente, había una niñera para cada niño pequeño; se les llamaba nanas, y existía gran rivalidad y algunas veces, celos entre ellas por los méritos y

maravillas de su trabajo individual.

Sirvientes iban y venían, casi siempre dejando el trabajo sin ninguna razón aparente. Por lo general, ellos contaban alguna larga y poco probable historia sobre un pariente moribundo en Guanajuato o en algún sitio igualmente lejano que no podría descansar en paz sin ver por última vez al primo de Torreón. Esto se debía a que los típicos americanos, siempre insistían en saber por qué se iban. De no ser así, simplemente se esfumaban y después los veríamos trabajando en la casa de alguien más. También eran muy supersticiosos, y si alguien decidía que el patrón tenía mal de ojo se iban. (Algunas veces hacían públicas sus convicciones sobre la calidad de la mirada de su ex-patrón y esto ocasionaba una gran dificultad para que la familia pudiera volver a tener sirvientes.)

Posteriormente, después de casarme, tuve a una mamá y a su hija trabajando para mí: Sara y Manuela. Manuela era completamente sorda pero una buena trabajadora, cuando su madre podía comunicarse lo suficiente con ella. Cuando Sara quería que Manuela subiera, ella sólo arrojaba una escoba por las escaleras. Un día, cuando daba una cena, Sara recibió un mensaje de alguien y corrió para decirme que Manuela y ella debían irse de inmediato. Yo estaba molesta, ya que el día anterior había sido día de fiesta para celebrar a un santo y habían tenido la tarde libre. Yo la cuestioné, Sara insistía que era cosa de vida o muerte, y pedí detalles.

"Bueno -explicó-, mi suegro está muy, muy enfermo y nada lo curará excepto, el pelo de la cola de un gato negro. Manuela y yo tenemos que ir a buscar ese pelo". Por lo general, el que los sirvientes dejaran su trabajo no significaba gran problema. Todo lo que se tenía que hacer era salir y llamar al primero que pareciera un desempleado. Casi siempre, a él (o ella) "no les importaba", ya que trabajarían solo por un tiempo.

En una ocasión, justo antes de una cena, el mozo se fue sin avisar, así que papá salió a la calle para encontrar un sustituto, pues necesitábamos un mesero. Tuvo mucha suerte en encontrar un hombre vestido con un abrigo de levita más o menos en buen estado, con bigote y corte "imperial", que obviamente, acababa de salir de la silla del peluquero. Durante toda la tarde capacitamos a Tomás en lo que debía hacer, y era un buen alumno -casi podría decirse que tenía gran experiencia. Cuando se quitó su abrigo de levita que había llevado puesto toda la tarde, su camisa estaba limpia y no en muy mal estado. Mamá le dio uno de los delantales largos que en aquellos días usaban los meseros y se fue a dar la bienvenida a los invitados, feliz, consciente de que todo saldría bien. Tomás entró a la sala, llevando una charola con aperitivos y haciendo un trabajo muy profesional. Después, al girar para salir se escuchó un grito de los invitados. ¡No traía pantalones!

Capítulo VII **LOS WULFFS Y LOS GROOSES**

☪ PAPA NACIÓ EN San Antonio el 4 de enero de 1856. Su padre, Anton Frederick Wulff, llegó a Texas procedente de Hamburgo, Alemania, en 1848, estableciéndose primero en New Braunfels, la meca de los inmigrantes alemanes. Después se trasladó a San Antonio y en 1852 se casó con María Guadalupe Olivarri, descendiente de una de las familias procedente de las Islas Canarias que fueron enviadas por el Rey de España a poblar Texas, alrededor de 1720. El rey mandó con ellos instrucciones completas para cada detalle en sus vidas, incluyendo el número de casas a ser construidas, el número de cuartos en cada una y todo lo demás. Se establecieron en lo que se conocía como San Fernando, y debido a que eran presumidos por naturaleza o porque habían recibido una atención personal del rey, los otros colonos los consideraban unos apretados con quienes era difícil congeniar. Pero, para cuando los alemanes llegaron era evidente que ellos ya se habían suavizado lo suficiente como para mezclarse con los recién llegados.

Mucho tiempo después, ante las preguntas de sus hijos, escribió el recuento de sus primeros años:

A la edad de 22 años, el 13 de mayo de 1843, dejé mi patria, Hamburgo y llegué a París el 22 de mayo de 1843. Viajé como agente viajero a Bélgica, Holanda y Alemania y estuve en Hamburgo, poco después del Gran Incendio. Salí de París en abril de 1848, después de que Luis Felipe huyera a Inglaterra. Vi el

saqueo de las Tullerías y las barricadas en París. La mañana del 17 de junio de 1848, salí de Hamburgo en el barco "Pentucket" (Capitán Taylor). Después de un viaje de sesenta y cinco días, el 22 de agosto pude ver el contorno de Nueva York.

De Nueva York continué viajando sin un plan, ya que no pude asegurar un empleo allí o en Cincinnati. Entonces viajé por el Mississippi hasta Nueva Orleans. Ahí mis fondos se agotaron y me hice amigo de un teólogo llamado Schmidt, cuyo destino era Texas, que por aquellos días era considerada una tierra desacreditada y era descrita como tal incluso en Nueva Orleans. Yo hice caso omiso de estos informes y acepté la oferta de mi nuevo amigo para ir a New Braunfels, Texas para establecer un negocio de abarrotes. Salimos a Nuevo Orleans en la goleta y aterrizamos con nuestras pertenencias en Lavaca, Texas, después de un viaje de seis días. La primera cena en nuestro viaje fue en Victoria, donde hicimos escala, en donde nos dieron gran variedad de sabrosos alimentos: calabazas, camotes, tocino y melaza que, aunque no parecían muy apetecibles, disfrutamos bastante. Finalmente, llegamos a New Braunfels. Mi primer paseo fue a San Marcos para buscar a los guías quienes se habían retrasado largo tiempo. A nuestra llegada a Seguin, yo que nunca me había subido a un caballo, estaba tan rígido que apenas pude desmontar. Hubiera querido pasar la noche en San Marcos, pero perdí el camino, y hasta por la noche llegué a Seguin donde una robusta mujer americana, con una pipa en la boca, me saludó y me dio hospedaje. Elote, tocino y café fueron nuestra comida para la cena. Mi cama que -al acostarme- era lo suficientemente grande para tres, por la mañana amaneció ocupada con otro hombre. Debido a que, la noche anterior, me enteré de que mis guías habían acampado en San Marcos pude iniciar mi viaje de regreso.

Mi amigo el teólogo no estaba convencido con la idea de una tienda de abarrotes, así que compró una granja en el Cibolo y yo debía ayudar en la granja. Nuestro inicio como agricultores no fue muy alentador, principalmente, después de que los bueyes se alejaron 1^{1/2} millas, con todo y el arado que nos prestó un vecino apellidado Jones. Mis zapatos se llenaron de tierra y decidí que yo no estaba hecho para la agricultura. Fue entonces cuando, después de haber estado en San Antonio, pude aspirar a un trabajo como empleado, de 6 a.m. a 9 ó 10 de la noche, por 5 dólares al mes. Vale la pena mencionar a aquellas personas que conocí en las reuniones en las que bebíamos whisky: el doctor Koerner, Graf Hendel Von Donnersmark -quien se casó con su cocinera-, el barón Von Schuetze; el abogado Fisher; el confesor padre Paul, y otros. Mi entrada en San Antonio, en la obscuridad de la noche, no fue muy notable ya que la mula que montaba entró a galope y me tiró en la esquina de la Plaza Principal, así que tuve que continuar a pie. Al día siguiente, encontré a mi mula muy bien cuidada en un establo de crianza.

Mi inversión de cinco dólares por mi parte de la granja, se había perdido. Después, James R. Sweet, fundador de Cribas de Texas, también entró como empleado; ambos trabajamos como empleados y porteros. Yo pude mejorar mi posición al entrar a trabajar para Landa, quien tenía una pequeña tienda en la esquina en donde, actualmente, se encuentra ubicado el banco Frost. El sueldo era de 30 dólares lo que me permitió ahorrar; fue entonces que James R. Sweet, quien había establecido su propio negocio, me hizo una oferta para ir a Fredericksburg y abrir un negocio con una participación para mí. Con mis ahorros pude comprar un buen caballo, con revólver y fusil, así que cabalgué hasta allí solo.

Mi negocio quedó establecido pronto y marchaba bien por lo

que decidí buscar una esposa, después de haber hecho públicas mis intenciones de convertirme en ciudadano americano (en 1852) y de recibir mis papeles en Fredericksburg. Aunque la vida en ese momento era solitaria, había diversiones como el comercio con los indios. Éstos eran lipans, mescaleros, comanches, cados, kickapoos, cobos y delawares. Los delawares eran a menudo, los guías de las tropas americanas apostadas en el Fuerte "Martin Scott". William Kook fue mi primer empleado y cocinero y más tarde, Herr Weis -tío de Golfrank- mi empleado. Después de que compré una casa en Fredericksburg, y le construí una ampliación en el barrio de la Iglesia Luterana llamado el Molino de Café, fui en busca de la compañera de mi vida para lo cual el Tío Julio -un personaje reconocido en San Antonio- fue de gran ayuda. Vi a su madre, por primera vez, en un pequeño baile en la calle Commerce, en donde actualmente vive el Sr. Groos, y ahí nos hicimos amigos. En noviembre 20 de 1852, nos casamos en la casa de John James ante la presencia de Josefa Rodríguez y una hermana de mi suegra. Pasados unos años, y cuando ya había ganado cinco mil dólares, Sweet me hizo una oferta para quedarme con su negocio, junto con Bart J. DeWitt, misma que acepté, y luego lo vendí a Wahrmond. El negocio no funcionó muy bien, aún cuando se encontraba en la calle Principal. Durante ese tiempo construí la casa que, hasta estos días, se encuentra en el lado oriente del río. Nosotros dejamos nuestro negocio porque aún teníamos otro en Oak Creek en el Concho, que en ese momento estaba manejando Leindecker, y que también dejé. Encontramos muchos indios amigables, excepto los lipans y los comanches quienes eran enemigos.

Después hice un viaje de inspección a Laredo en donde, por un tiempo, tuvimos un negocio colateral. La compañía S. Mayer

y Coda, reconocida empresa de mercancías al menudeo y mayoreo, la que conducía un comercio significativo en Chihuahua, Méx., me animó a ir a Presidio del Norte, en aquel momento el segundo lugar en importancia en Chihuahua. Después de haber realizado un viaje de inspección, a lomo de caballo a Laredo, que en aquel entonces me dejó mala impresión, decidí ir a Presidio del Norte. Para llevar esto a cabo, ordené a Mayer y Cía. que vendiera mi casa en cinco mil dólares; fue el mismo Mayer quien la compró, y después vivió en ella por mucho tiempo. Nosotros hicimos el viaje en carretas que eran, parcialmente, propiedad de tío Trinidad. Éramos nueve los que fuimos: mamá, Heinrich con Fritz y Leonides, iban en una diligencia, mientras Mariano e Inés y Pablo (posteriormente un "caudillo" o muchacho raptado por los indios de quienes lo había adquirido en Fredericksburg) y un bote que llevábamos, en una carreta. De San Antonio, me llevé a dos empleados: el señor Hagelseib y un mexicano. El viaje duró siete semanas. Después de instalarnos y abrir el negocio, hice un viaje de verificación a México, directamente a Santa Rosalía, en donde poco tiempo después abrí un segundo negocio.

El día de nuestra llegada a Santa Rosalía encontré, justo a las afueras del pueblo, una tropa de indios de los más amigables. Ellos habían llegado el día anterior por la misma ruta que nosotros. Habían matado y herido a varios mexicanos, les habían robado sus caballos, y habían seguido su camino.

De Santa Rosalía hice un viaje más al pueblo minero de Parral. Cuando regresé, Fritz tenía viruela. Nosotros lo curamos sin doctor. La enfermedad fue benigna y no le dejó cicatrices. Después de ocho meses, ya había visto lo suficiente de México, me fui a Presidio y establecí un negocio del lado mexicano, en donde nos quedamos hasta el estallido de la Guerra Civil. Mis viajes me

llevaron con frecuencia a Chihuahua, lugar en el que hacía compras. Para entonces, ya había un número significativo de alemanes como los hermanos Moye, Carlos Gustav y Wilhelm, Emil Schetelig y otros. En San Pablo estaba Guillermo Talamantes. En esos días, casi todos ellos eran adinerados; ahora todos están muertos excepto Emil. Los mexicanos eran personas amigables como Felix Mayra, Juan Terrazas -el gobernador- y amistosos franceses como Víctor Yrigoite y Pedro Mignagoren.

En uno de mis últimos viajes, en septiembre de 1860, sucedió que el río Conchos que tenía que cruzar estaba muy crecido y quizá, tendría que esperar ocho días antes de poder hacerlo. Yo tenía una diligencia con más de 4 mil dólares, vestidos de seda para mamá y unos perros de Chihuahua y por consiguiente, no quería esperar. Como el río tenía cerca de media milla de ancho, el alcalde Julián Muñoz, un amigo, sugirió que hiciera una balsa. Nos pusimos a trabajar enseguida. Quitamos las ruedas de la carreta y después a las mulas y a mi caballo se los llevaron por delante dos mexicanos. Nuestro viaje se inició con mi amigo Muñoz y diez mexicanos como nadadores. Yo me desnudé y mi mozo Eustaquio condujo la balsa. De inmediato quedó claro que la madera de la balsa estaba verde ya que, casi de inmediato, se hundió ocho pulgadas bajo el agua. El arroyo nos llevó. A menudo pasábamos troncos de árbol, y siempre estuvimos en el peligro de volcarnos, esa era la razón de ser de los nadadores. Estaba muy frío y ellos permanecieron en el agua temblando durante cinco horas, pero lo logramos y llegamos a un banco de arena.

A partir de ese momento, todos los demás y yo, nos trasladamos al banco en donde pasamos la noche. Esto sucedió por Juliénes en donde una muchedumbre se acercó corriendo hacia nosotros, debido a que el reporte era que nos habíamos ahogado.

A pesar de esto, nada se perdió, y me di cuenta de que no todos roban. Eustaquio, un nadador extraordinario, todo el tiempo llevó un cuchillo grande entre sus dientes y más tarde explicó que lo traía para soltar la balsa en caso de que hubiéramos estado en peligro de ahogarnos, y así poder salvarnos. Al día siguiente continuamos nuestro viaje y después de un día y medio estábamos de regreso en Presidio. Había gran regocijo a nuestra llegada, pues había corrido la noticia de que todos nos habíamos ahogado. Al llegar al Fuerte Davis donde tenía buenos contratos para el heno y el maíz, escuchamos que se había declarado la Guerra de Secesión y como las tropas debían marchar a San Antonio, el negocio se acabó. Poco después, las tropas confederadas fueron vistas, pasaron al lado mexicano y entraron en mi tienda. Dijeron que querían comprar caballos e intentaron persuadirme para ir del lado texano. Yo no acepté, ya que no quería tener nada que ver con ellos.

Éste fue el fin de la historia de Anton y, obviamente, dejó mucho sin contar. El relato de la familia es que las tropas confederadas, al verlo tan obstinado, intentaron secuestrarlo, por lo que los ciudadanos, provocados por su cuñado, acudieron a su rescate.

La Guerra Civil fue una fuente de gran turbación para los alemanes en Texas y quizá, también para otros extranjeros. Ellos no eran propietarios de esclavos, a pesar de lo mencionado por Anton acerca del muchacho que compró a los indios, y pocos tenían lazos con el Sur profundo. Sus simpatías, de haberlas, probablemente estaban con el Norte, pero éste estaba muy lejos y ellos prefirieron sentarse a esperar el fin de la guerra. De hecho Anton se llevó a su familia a Alemania, de regreso a Hamburgo, durante la guerra, y el abuelo Groos se fue a México en donde los franceses lo acabaron a préstamos forzosos.

Cuando regresó a los Estados Unidos, Anton conducía vagones de tren de Chihuahua a San Antonio en donde, posteriormente puso una tienda, llevando alimentos hacia un lado y trigo suelto hacia el otro. Bajo el trigo había cajas de pino con los pesos de plata, fruto de todas estas transacciones. El dinero era llevado a su casa y almacenado bajo su vigilancia, ya que no había bancos. Papá, quien era un niño pequeño, lo acompañaba en los vagones de tren y acostumbraba platicarnos sobre un viaje en el que fueron atacados por los indios. La referencia hecha sobre Fritz (es decir, papá) cuando tuvo viruela, omite la interesante información de que Heinrich (el tío Henry) la tuvo primero, y el hecho es que lo hicieron dormir con papá para que se contagiara y terminar con el asunto. Anton omite también, decir que lo enloquecían las flores y los jardines y que regaló varias extensiones de su propiedad al pueblo de San Antonio para parques. Rápidamente fue nombrado Primer Comisionado de Parques, un trabajo que cumplió con interés y talento.

El abuelo Groos -como Anton- fue educado en Alemania, y encontró que su licenciatura en arquitectura e ingeniería civil era de poca utilidad en el salvaje Texas. Él y sus hermanos también se iniciaron en el comercio y posteriormente, se dedicaron un poco a la banca por el lado de los préstamos. La banca pronto se convirtió en el negocio más importante y en 1897 construyeron un elegante edificio, el primero construido exclusivamente para uso de un banco. El nombre de mamá era Linda. Era rolliza, de piel morena, alegre y muy bonita. Ella disfrutaba salir a diferentes lugares y hacer cosas, y estoy segura de que las muy limitadas oportunidades de vida social y cultural en Torreón deben haberla desilusionado. Pero ella también poseía la maravillosa cualidad de disfrutar hasta de las cosas más simples. Ella no era muy buena ama de casa pero era una anfitriona excepcional y ciertamente, tenía muchas

oportunidades para mostrar sus talentos en esta renglón. Papá y mamá eran irremediablemente hospitalarios, y siempre había invitados en nuestra casa: familiares, amigos, incluso amigos de los amigos. Algunos de ellos se quedaban tanto tiempo que podían iniciarse en el comercio en Torreón.

Uno de los visitantes más frecuentes era la hermana mayor de mamá, Carlota, a quien nosotros llamábamos Tante Lotts. Era alta y delgada, de manos y pies largos y angostos y muy parecida a su padre, un hecho desafortunado. Él era un hombre bien parecido con facciones angulosas, cuyos rasgos no se trasladaban bien a un molde femenino, especialmente, en la época en la que se suponía que las mujeres debían ser flores pálidas y delicadas. El abuelo Groos era un hombre austero, y estaba muy pendiente de que sus niños tuvieran ropa útil y buena, suficiente buena comida y la mejor educación que la época permitía, pero ninguna frivolidad ni tontería. Durante la niñez de mamá, cuando las faldas con aro estaban de moda, ni a ella ni a sus hermanas se les permitía usar sus aros para ir a la escuela. Ellas los tenían que guardar para los domingos. Tante Lotts quería ser granjera, pero eso era entonces inconcebible para una joven bien nacida, por lo que dudo mucho que alguna vez, le haya mencionado el asunto a su padre. Ni siquiera sé si alguna vez tuvo algún pretendiente o si quiso a alguien; de todos modos, ella nunca se casó. De acuerdo con los estándares modernos, probablemente, estaba frustrada como cualquier persona común y corriente que sin duda habría podido estar locamente enamorada o haber cometido un disparate. Pero ella no lo hizo, consagró su vida a cuidar de las personas: de Carrie, su hermana más pequeña, de una bandada de sobrinas y sobrinos de los cuales nosotros éramos los más numerosos y los más pobres.

Quizá esta frustración hizo que, Tante Lotts tuviera problemas

toda su vida a causa de su infinita indecisión. Aunque ellos tenían dinero, las muchachas rara vez vieron efectivo. En una ocasión, sin embargo, Granpa Groos regresó a casa con algunas monedas de cincuenta centavos recién acuñadas, y se las dio a los niños. Ellos se apresuraron a salir para derrochar esta fabulosa suma y mamá, siempre rápida y segura, encontró de inmediato algo que le gustó. Así lo hicieron los otros, excepto Carlota. Finalmente, mamá dijo: "Bueno, si no te puedes decidir, dame el dinero. Estoy mirando algo más que quiero".

Carlota, agotada por su dilema, estuvo feliz de poder condescender, pero su padre, al oír lo ocurrido, se puso furioso. La envió de regreso a la tienda con instrucciones de devolver el artículo comprado y si, para entonces, Carlota aún no se decidía, mamá podría comprar algo para ella. Ella se decidió: un par de ligas para las mangas.

Cuando creció, la incapacidad de Carlota en la toma de decisiones se convirtió en una agonía para los empleados de las tiendas. Estoy segura de que ellos temían que se apareciera, a pesar del hecho de que ella era la cortesía personificada, y ciertamente muy buena clienta. En una ocasión yo fui de compras con ella, y el procedimiento resultó algo así: primero puso su enorme bolsa -casi del tamaño de una maleta pequeña- en el mostrador, luego sacó uno de sus dos pares de gafas.

Esto era un proceso aún más complicado ya que involucraba escarbar mucho en el fondo de la bolsa en dónde se escondían llaves, pañuelos, dos monederos (uno para las monedas de uno, cinco y diez centavos, el otro para las de cuartos y medio dólar), otra bolsa para los billetes (éstos envueltos cuidadosamente en un pañuelo de papel), y varios otros artículos. Entonces ella comenzaba a mirar la mercancía: una operación interminable que,

una vez, casi ocasiona que fuera arrestada por robo. Ella padecía mucho el calor y a excepción del fin del invierno, siempre llevaba un abanico en su bolsa. Una vez, mientras intentaba comprar un abanico nuevo, se puso el que más le gustó bajo un brazo, y otro que consideró como una posibilidad bajo su otro brazo. Finalmente, se decidió por un tercero, pagó por él y se encaminó para salir de la tienda con los dos primeros bajo sus brazos, olvidando que todavía los traía. El empleado la alcanzó, justo al momento de salir a la calle. Pobre Tante Lotts, murió mil muertes debido a este incidente desafortunado.

Una vez, mientras visitaba San Antonio, me pidió la ayudara a decidir qué medias quedaban mejor con su vestido, y debido a que ella usaba vestidos a la altura del tobillo y zapatos Oxford que la cubrían totalmente, la pregunta no parecía muy pertinente pero, naturalmente, le dije que me encantaría. ¡Ella sacó trece pares de medias, para escoger, cada una en tonos de crema ligeramente diferentes!

Ella guardaba listones hasta llegar a formar una pelota tan grande como una de playa y tenía un armario lleno de papel para envolver, bolsas de papel y cajas que apiló hasta que casi alcanzaron el techo de doce pies de alto. Ella guardaba las migajas para los pájaros, aunque yo nunca supe que ningún pájaro se muriera de hambre en el templado clima de San Antonio. Ella insistía en que el jardinero llevara carretillas cargadas del césped que había cortado a un vecino que tenía una vaca. Hacía caridades y contribuía para las causas sociales, ayudaba a las sobrinas y sobrinos cuando estaban en apuros. Toda su vida, aunque vivió más de ochenta años, siempre subió los escalones por el interior, en dónde éstos se hacían estrechos hasta llegar a nada, a fin de que -como ella decía: "los escalones se desgastaran parejo".

Capítulo VIII - PAPÁ

☛ EN 1872 PAPÁ, sus dos hermanos siguientes -Triny y Henry-, y dos hermanos de mamá, Fritz y Charlie, fueron enviados a la escuela en Alemania. Su viaje fue complicado. Ellos viajaron en diligencia a Columbus que era, entonces, la estación de ferrocarril más cercana a San Antonio. (Quizá fuera Columbus, Louisiana, no estoy segura). De allí por tren, al Lago Pontchartrain en donde abordaron un vapor y navegaron por la Costa Este hasta Nueva York. De Nueva York a Alemania, en una travesía de doce días en barco de vapor Hamburgo-Americano. En Hamburgo, vieron a las victoriosas tropas prusianas, regresando de Francia, después de la guerra Franco-Prusiana.

Se suponía que entrarían al Politécnico, escuela preparatoria, pero eran demasiado jóvenes y tuvieron que permanecer un año en una escuela privada. Papá no contó si tuvieron vacaciones, y si hubiera sido así, qué hicieron o a dónde fueron. Sin duda debieron haber tenido parientes en Alemania. Entonces papá presentó los exámenes para entrar al Politécnico, y se quedó un año. Después de presentar más exámenes, finalmente fue admitido en la Universidad de Hannover para el programa de cuatro años en ingeniería civil y arquitectura. Iniciaron clases con 100 jóvenes. Al final de cuatro años, papá fue uno de cuatro sobrevivientes.

Los otros muchachos no se quedaron mucho tiempo. El abuelo Wulff se cayó, se rompió una pierna y quedó lisiado de por vida, por lo que Henry fue llamado a casa para ayudar en el negocio. Por qué los otros no se quedaron, no tengo idea.

Papá se quedó solo en Alemania y aún cuando debió haber sufrido un poco de nostalgia, supongo que en general, disfrutó enormemente. En la Universidad de Hannover, por ser una escuela de ciencias, no se acostumbraba el batirse en duelo; no obstante, los estudiantes, debían mantenerse en forma. Había muchos clubes en donde se podía beber y cada uno tenía su cofia distintiva. ¡Cada club tenía unos cuarenta o cincuenta miembros, y se pedía a cada iniciado que se bebiera con cada uno de los miembros un tarro de cerveza!

Hoy en día, se habla y se escribe mucho sobre el hecho de permitir que nuestro subconsciente trabaje por nosotros, y existen registros, principalmente en idiomas extranjeros, en los que se supone se induce el conocimiento en la mente mientras dormimos. Quizá esto se base en el principio de guiar a la mente a donde deba, ir en lugar de dejarla viajar a través de lo absurdo de los sueños, y realmente parece demasiado perjudicial no haber permitido al pobrecillo relajarse o descansar. (No profundizaré en los descubrimientos más recientes que parecen señalar que el sueño evita que el cerebro se rinda ante la desesperación o algo parecido). De todas maneras, casi todos hemos soñado con resolver algún problema que nos presiona, hay algunos autores sueñan con los argumentos más maravillosos. Una vez, cuando papá estaba en el último año, durante la clase de ingeniería, les dejaron resolver un problema, muy largo y difícil, para cuya solución le dieron tres semanas, y al que dedicaron cada minuto sin lograr llegar muy lejos. Como la fecha límite de entrega se acercaba, el subconsciente de papá asumió la responsabilidad del trabajo y soñó su solución. Él se despertó, todavía soñándolo, caminó de prisa al escritorio y lo escribió. Entonces regresó a la cama. Por la mañana, cuando despertó, no estaba seguro de haber soñado con el

problema, pero lo que sí era seguro era que la pluma y tintero estaban sobre el escritorio. Él se levantó, temblando de emoción, y se apresuró a ir hacia el escritorio. ¡Allí estaba el papel y en él muchas rayas que parecían huellas de gallina!

Él pasó algunas de sus vacaciones, paseando de arriba a abajo por el Rhin, disfrutando la comida, las personas y el magnífico paisaje. Un verano decidió que le gustaría pasarlo trabajando, y habiendo leído sobre un nuevo sistema que habría de utilizarse para botar a un buque que estaba por ser inaugurado en el Astillero Real en Kiel, pensó que le gustaría trabajar allí, pero cuando lo mencionó, sus compañeros de clase se escandalizaron. ¿Para qué?, le preguntaron. El Tribunal Alemán era formal hasta el exceso. Se necesitaría de un abogado, sólo para escribir la carta pidiendo autorización para poder ir allá. Pero, siendo americano, papá no se impresionó. Él dirigió una carta a los caballeros, solicitando su admisión para trabajar durante el verano, sin pago alguno y firmó F. Wulff. Era quizá, este tipo de desfachatez lo que los intrigó, o más bien, curiosidad sobre él como americano -en esa época había muy pocos americanos en Alemania. En todo caso, él fue invitado a trabajar durante el verano y más aún, ofrecieron pagarle por sus servicios.

El jefe de ingenieros del astillero estaba impresionado con papá y con sus historias sobre los Estados Unidos, particularmente sobre los indios. En esa época, los indios que habitaban alrededor de San Antonio estaban bastante domesticados, pero era en este período cuando los apaches, comanches y sioux estaban ocasionando problemas en el Oeste.

Desde luego, el suceso importante en el astillero era el lanzamiento que estaba por ocurrir. El canal era muy angosto, por lo que la nave a deslizar, debía ser girada con mucha precisión. Una

inmensa cadena con los eslabones de una yarda de largo y proporcionalmente anchos fue fabricada, y se suponía que el peso de ésta debía hacer girar la nave hacia adentro del canal. La nave a ser lanzada era la primera que se armaba y aunque el Emperador no asistiría, el Almirante Von Stosch y muchos altos militares estarían presentes.

Cuando el ingeniero principal le mostró la cadena a papá y pidió su opinión, papá contestó que la nave no iría más allá de una tercera parte de la distancia por el cauce del canal, por lo que era innecesaria.

- "¿Cómo lo sabe?"-preguntó Schmidt, tremendamente espantado con lesa majestad.

- "Sólo lo siento"- contestó papá.

- "¡Por Guillermo!"- replicó fríamente Schmidt-, "nosotros no sentimos, nosotros calculamos." Pero cuando la nave se lanzó con muchas fanfarrias, ocurrió lo que papá había predicho. Entonces, Schmidt llevó a papá a su oficina, sacó a los otros empleados y preguntó:

- "¿Cómo lo supo? ¿Cómo encontró el error en los cálculos?"

- "Sólo lo sentí" -repitió papá.

- "¡Vamos!. ¿Cómo puede un neófito "sentir" mejor, que nosotros calcular?."

- "Bueno, ¿qué cuándo arroja una piedra, no siente hacía dónde va a caer?"- le contradijo papá.

Con sorpresa Schmidt estuvo de acuerdo y a partir de ese momento, llamó a papá: "El hombre del sentido práctico".

Sus discípulos, desde hacía tiempo, lo habían bautizado como el americano práctico, porque él, como casi todos los americanos, tenía un cierto tino para la mecánica de la que los alemanes carecían. Sin embargo, esto quizá se debía al medio

ambiente, ya que papá decía que cuando volvió a casa se sentía, en comparación con sus hermanos, torpe e ineficiente al manejar herramientas.

Papa era muy musical, y una de las cosas que más disfrutó durante sus años en la escuela fue la maravillosa oportunidad de escuchar buena música, particularmente en Alemania, que en aquel entonces, se encontraba en la agonía de una gran época musical. La mejor orquesta del país estaba en Hannover y era dirigida por Von Bülow.

Después escuchó a la Metropolitana en Nueva York. Papa viajó a Viena para escuchar a Johann Strauss y en Hannover, escuchó al mismo Wagner conduciendo Tannhauser. Los estudiantes estaban tan entusiasmados que levantaron en hombros a Wagner y lo llevaron a su hotel. Bellini dirigió allí El Barbero de Sevilla, y Rubinstein, Clara Schumann y Sarasate estuvieron en la ciudad alguna vez. Liszt dio un concierto en la Abadía para presentar a su alumno estrella. Tocaron a dúo en el piano, con Liszt sentado detrás de una mampara. La ovación fue tan tremenda que Liszt tuvo que salir y tocar dos de los valeses húngaros de Brahms. Era la música lo que papá extrañó más cuando, finalmente, se graduó y regresó a casa.

Capítulo IX **MEDICINA MEXICANA**

LA TEORIA SOBRE los gérmenes de Pasteur era, relativamente nueva cuando nos fuimos a vivir a México, y el tema de la higiene no era muy conocido. En México, ni siquiera se había oído hablar de ella. Aún cuando conocíamos medicinas de varios tipos, el único antiséptico que teníamos era el vinagre -no es que no supiéramos algo sobre desinfectantes-, pero ese era el tratamiento usado para las cortadas. No recuerdo que se le hubiera echado algo al pozo del agua, después de sacar al pollo que había caído dentro.

Todas las ventanas de la casa tenían barrotes, excepto la de la cocina, pero no había mosquiteros y si muchas moscas, mosquitos por temporada, cucarachas y otros bichos. Los pollos saltaban dentro y fuera de la cocina con una toda facilidad, picando migajas del suelo y a veces, volando a la mesa para unirse a los sirvientes mientras comían. En ocasiones, la puerta del corral se quedaba abierta y entraban en bandada. La casa no tenía armarios, sólo unos roperos pasados de moda y como los muebles eran caros y difíciles de conseguir, tuvimos que recurrir a improvisaciones extrañas para acomodar a la interminable ronda de invitados. En una ocasión cuando Udo -un primo- estuvo aquí, mamá le dió un librero para que pusiera, dentro o sobre de él, su ropa. Cada mañana, una de las gallinas se metía y depositaba un huevo sobre su ropa interior, cacareaba alegremente para despertarlo y se iba. Udo aceptó esto con agrado, ya que estaba en la edad en que la ropa

interior no es importante, pero no le gustó cuando el becerro entró y lo lamió en la cara.

El baño del sábado por la noche era una costumbre, y nosotros protestábamos como siempre hacen todo los niños. Una de nuestras quejas era que teníamos una tina vieja y sencilla, mientras que los Severin tenían una alemana. Ésta era fascinante. Estaba colocada sobre las patas de una mecedora y en una de las orillas la hojalata de la que estaba hecha subía casi como el toldo de un carrito de bebé. Cuando uno se sentaba en la tina, y comenzaba a mecerse, el agua subía hacia la parte superior y bajaba como en una ducha.

Nosotros nos moríamos de ganas por tomar un baño en esa tina, pero ya que los Wulff éramos casi tantos como los Severin, nunca fuimos invitados.

Estoy segura de que nosotros nos contagiábamos de casi todas las enfermedades de la niñez y naturalmente, cuando alguno de nosotros se contagiaba de algo, teníamos nuestra propia epidemia privada. Sin embargo, no nos contagiábamos de difteria, escarlatina y viruela. Yo pienso que debimos haber sido vacunados antes de ir a México, porque la viruela era casi tan común como el sarampión y las paperas. Tantas generaciones habían sufrido de esta enfermedad que, en muchos casos, eran muy leves aunque también había muchas muertes. Los mexicanos lo tomaban con mucha calma. El doctor, al examinar a un niño, preguntó qué enfermedades había tenido. "Ninguna -contestó la madre-, ni siquiera viruela".

Los mexicanos tenían sus propias remedios, en su mayoría tés de hierbas que preparaban y que quizá tenían algunas propiedades como la medicina popular. También tenían algunas practicas horripilantes como por ejemplo, la de colgar a una mujer por encima de una hoguera durante la agonía de un parto difícil. Un remedio muy potente era algo así como una pasta hecha de tomates,

supuestamente muy eficaz para tratar a pollos con difteria. Una amiga nuestra sufría mucho de asma, y sólo había un doctor en la ciudad que parecía poder ayudarla. En una ocasión, cuando el médico estaba fuera de la ciudad, ella se enfermó y su cocinera le dijo: "Señora, si no me deja hablarle a otro doctor, cuando menos intente uno de mis remedios". Para entonces, la mujer había probado casi todo, así que la cocinera le untó un puré de tomate en la garganta, y le amarró tres tortillas alrededor. En la actualidad, existe evidencia de que el asma es en parte psicológica. De cualquier manera, ya sea médica o psicológicamente, el remedio funcionó.

La disentería, como en los pobres, siempre estaba entre nosotros, pero después de un tiempo se adquiría cierta resistencia. No significaba que fuéramos inmunes, pero sí que rara vez nos daba y que normalmente, era benigna. Una vez, cuando papá estaba construyendo una presa en el desierto, a millas de distancia de algún lugar, se puso muy enfermo. Uno de sus trabajadores le dio un remedio: mezclar harina y agua para hacer una pasta espesa. Finalmente, papá se las arregló para pasarse esta horrible mezclanza y funcionó.

En Zaragoza*, un pequeño pueblo a unas cuantas millas de Torreón, hubo un brote de difteria y se llamó al doctor canadiense de una hacienda cercana. Él de inmediato dijo que la única manera de prevenir una epidemia realmente, sería una estricta cuarentena y agregó: "Pero desde luego, ustedes nunca la cumplirán".

El jefe contestó: "Claro que sí lo haremos, pondremos a un soldado delante de la puerta de cada casa en donde haya un caso de difteria, y él se asegurará que nadie entre, excepto las personas

**Tlahualilo de Zaragoza. Nota del corrector.*

más importantes".

Una familia alemana, en Torreón, perdió, por la escarlatina, a su hija mayor cuando ésta tenía, aproximadamente, ocho años. Cuando su segunda hija alcanzó la misma edad, también, tuvo esta enfermedad y murió. Lo mismo ocurrió con la tercera hija. El doctor diagnosticó, más tarde, que el abrigo y el sombrero que había usado la primera niña cuando se enfermó -que se guardaron por ahorrar y se usaron de nuevo cuando las otras dos niñas tuvieron la misma talla- aparentemente habían conservado los gérmenes e infectado, en su momento, a cada una.

Los mexicanos no creían en el baño frecuente, aunque las mujeres siempre se lavaban el cabello y lo dejaban suelto, colgando como una cortina húmeda sobre una toalla sostenida en sus espaldas con alfileres. Se consideraba muy peligroso bañarse en invierno y quizá tenían razón debido a esas pequeñas y heladas chozas (no hay nada más frío que un jacal mexicano). Otros iban más allá, limitando sus abluciones al 24 de junio, día de San Juan. Yo no me explico porqué, a menos de que él fuese el santo patrón del jabón. Todos usaban guaraches mexicanos cuya piel era curtida de un modo que los hacía particularmente olorosos.

Cuando se usaban éstos con pies lavados sólo el 24 de junio, los resultados eran realmente intolerables. Cierta vez, cuando Bub y Chulo, los más pequeños, jugaban junto a la puerta como lo hacen todos los niños, el mozo iba y venía con cargas de leña para las estufas: "Aquí viene de nuevo, Bub -decía Chulo mientras el hombre se acercaba-, aguanta la respiración".

Por conveniencia, la letrina tenía que ser limpiada periódicamente, y este trabajo lo hacía un hombre con un caballo y una carreta. Apropiadamente llamado Narciso, él le hacía honor a su nombre. Este trabajo se efectuaba al finalizar la noche, a una

hora, en que aquellos de nosotros que para nuestra mala suerte despertábamos, habíamos apodado "la hora olorosa". Normalmente el mozo se encargaba de la operación, pero una vez que papá tuvo la sensación de que le cobraban de más salió a supervisar. Era una noche oscura y no podía ver, pero le pareció que el primer barril fue completamente llenado en muy poco tiempo. Él preguntó con brusquedad si el barril estaba lleno. Narciso lo afirmó.

- "¿Cómo lo sabe?" - preguntó papá, sospechando. - Narciso contestó simplemente, "Porque meto la mano". Nunca vi a Narciso pero siempre me pregunté: ¿qué motivaría a un hombre a trabajar en un negocio como ése? Comprendí que probablemente, él ni siquiera lo pensó. Era un medio de vida, alguien tenía que hacerlo y más importante aún, él se auto-empleaba. Los mexicanos prefieren eso -mejor un puesto en el mercado, ondeando un matamoscas sobre seis naranjas, que empleado en una tienda ganando el doble de dinero-. Esta vehemente independencia estaba siempre latente, pero ya que sólo algunos estaban en posición de lograrla, era posible que se manifestara en una susceptibilidad sobre el "honor" que los extranjeros consideraban demasiado exagerada. Ni muy, muy, ni tan, tan. Charles Flandrau cita el mismo tema en su libro "Viva México", en donde el muchacho que hacía los mandados en el pueblo había estado robando con regularidad un pedazo de carne para él, cada vez que el carnicero tenía en existencia. Todos lo sabían, porque su mamá se había atrevido a quejarse con el carnicero cuando la carne estaba demasiado dura. Finalmente, un día que regresó con un pedazo de carne tan pequeño, que pareció demasiado obvio como para dejarlo pasar inadvertido, lo acusaron de robo. Hubo un gran drama -su honor había sido impugnado-, no podía trabajar más allá y su mamá declaró con furia que nunca permitiría que su hijo volviera a trabajar con personas que no

confiaran en él. De hecho, como se supo después, ese día no había robado carne, porque el carnicero tenía tan poca que no se había atrevido. Creo, que esta susceptibilidad era la causa de los frecuentes cambios de empleo entre los sirvientes -si no podían cambiar otra cosa-, cuando menos podían cambiar de patrones. Para la mayor parte de los extranjeros, ésta era una evidencia de falta de responsabilidad, pero probablemente era más que eso.

La historia de Heriberto es un excelente ejemplo: su gorda y fea esposa Manuela y Felipa -su flaca y desdentada mamá-trabajaron primero para papá en Torreón y después para mí en El Paso. Como eran antipáticas, poco inteligentes y no hablaban nada de inglés, les costó mucho trabajo cumplir con sus tareas. Heriberto, por otro lado, no hacía nada. Ellos vivían en una vecindad en el lado americano, pero los domingos se vestían con sus mejores ropas, cruzaban a Juárez y caminaban alrededor de la plaza. Heriberto, balanceando su bastón, y Manuela sostenida orgullosamente de su brazo. -"¿Porqué no haces que Heriberto trabaje y te ayude a mantenerse?" - le pregunté una vez con exasperación. -"¡Ah no, señora, él no podría hacerlo!" -"¿Porqué no? Los hombres americanos trabajan para mantener a sus esposas y a sus familias, ¿porqué él no puede?" -"Bueno, usted verá, señora, él fue educado para ser comerciante y como no tiene capital..."- dijo, encogiendo los hombros expresivamente.

Durante la depresión, ellos se cambiaron a California, en donde el empleo para el cual Heriberto se había estado preparando toda su vida, se le presentó de milagro. Se convirtió en un agitador de obreros.

Había pocos comerciantes independientes en Torreón. Algunos caminaban a un lado de sus sobrecargados burros gritando con un penetrante quejido: "¡Leña! ¡Leña!aaa!". Otros vendían agua o

limonada, y algunos otros vendían helado que más bien parecía sorbete. Un burro llevaba encadenado a él, un pequeño barril con un recipiente de hojalata para beber -su dueño gritaba: "Agua de chía". Supongo que así se escribe- el producto era una bebida pegajosa con apariencia lechosa, elaborada con cierta clase de semilla, de gran demanda. Nunca la pude probar, ya que papá nos prohibía tomar del recipiente común, sólo, por razones de higiene.

El mercado consistía de pequeños puestos colocados bajo un toldo, un techo confeccionado con manta, cada uno manejado por un hombre o una mujer, en ocasiones por una familia entera. Cada uno vendía una cosa: cebollas, fruta, aguacates, etcétera. Algunos ofrecían loza, ollas, cazuelas y otros utensilios hechos de un barro delgado vidriado. Uno podía comprar manteca de cerdo -con un centavo se podía comprar casi una cucharada sopera llena, que era envuelta en un pedazo de periódico.

Otro vendedor doraba elotes sobre el brasero. Las mujeres tenían cubetas llenas de tortillas envueltas en lienzos (supuestamente) limpios. Otros alimentos eran ofrecidos ya cocinados, entre los más tentadores estaba la torta compuesta, el equivalente mexicano a una hamburguesa "con todo". Olían sencillamente maravilloso, y sabían igualmente bien, si uno podía olvidar las especulaciones sobre el origen de la carne, que probablemente era de borrego, burro, o quizá -se decía, de perro. Yo no lo dudaría en lo más mínimo, ya que en la ciudad -llena de perros-, generalmente, escaseaba la carne.

Y, hablando de carne, siempre fuimos cuidadosos de no comprarla los lunes, ya que seguramente sería resultado de la corrida de toros del domingo y estaría más dura que el acero. (Torreón era demasiado pequeño para tener corridas de toros de tipo profesional, que las hubo hasta que yo era una jovencita, pero

Leerdo y Gómez eran más grandes). Sin embargo, siempre había pollos y pavos. (¿Sabía usted que el pavo en México está tan presente que tiene doce nombres además del español "pavo?"). Los pavos corrían sueltos, por todas partes, evitando a sus propietarios la necesidad de alimentarlos. Las codornices eran atrapadas y mantenidas en jaulas, y la ciudad estaba llena de palomas. Durante la Revolución, cuando la carne era prácticamente desconocida, el cocinero de papá acostumbraba cocinarle un pichón, de vez en cuando, agarrándolo de uno de los nidos que se encontraban en el techo de la casa en que él estaba viviendo entonces. Un día cuando él estaba sentado en el frente, un pichón se cayó al suelo desde uno de los nidos. De inmediato, tres palomas bajaron y en vuelo -usando sus picos y alas-, agarraron y subieron a la pequeña ave de vuelta al nido. Después de eso, papá se rehusó a volver a comerlos -decía que lo hacía sentir como un caníbal.

Los hogares mexicanos se ocupaban de innumerables asuntos que involucraban a todo tipo de parientes, cercanos o distantes, prósperos o muertos de hambre. Invariablemente, tenían todo tipo de animales, gatos, perros, pájaros, cabras. Los pericos eran los favoritos, y la vieja María que trabajó para mí, después de haberme casado, siempre traía el suyo al trabajo sobre el hombro bajo su rebozo, lugar en donde obviamente, había viajado muchas veces antes. Se pasaba el día gritando en el patio y cuando se le presentaba la oportunidad, nos picoteaba. Los pájaros que cantaban eran muy populares también -los canarios y un pequeño pájaro salvaje parecido a un gorrión en tamaño y forma, pero de gran colorido y con una suave y dulce tonada, el cual era atrapado y enjaulado.

Los mexicanos eran gente de mucho corazón, y aun el más pobre extendía su hospitalidad a cualquier alma perdida, por lo que muchas veces, se podía encontrar a un peón compartiendo su

choza y escasa provisión de tortillas con una persona completamente desconocida, la que con frecuencia se quedaba de por vida. Se les llamaba arrimados, derivado del verbo arrimarse, que significa anidar y luego por extensión y práctica común, "colgados", a manera de broma.

Los bebés mexicanos eran alimentados por sus madres hasta que tenían aproximadamente tres años, a menos, desde luego, que otro demandante de la leche llegara en ese lapso. Junto a esto, eran alimentados con todo lo que sus padres comían, incluso el chile -hecho muy natural entre los muy pobres, quienes hacían bien en comerlo-. Pero lo mismo ocurría entre los ricos. Después de casarme, entre nuestras vecinas, había una familia rica que tenía un par de gemelos con cara de enfermos, de siete u ocho meses de edad, cada uno con su nana. Un día ví a las nanas comprar cuatro cucuruchos de elote asado, sentar a cada bebé con uno y, ellas mismas, comerse otro gustosamente.

Capítulo X - NUESTRA FAMILIA

☛ YA MENCIONÉ ANTERIORMENTE, que éramos trilingües, deslizándonos del alemán al español al inglés sin siquiera pensarlo y frecuentemente usando los tres idiomas en la misma oración. Cada idioma tiene particularmente sus propias y oportunas frases que matizan de manera especial un significado, de forma que ninguna otra palabra puede hacerlo. La palabra *gemütlich*, por ejemplo, estuvo de moda hace algunos años, pero para nosotros era parte de la plática cotidiana, aun cuando, algunas veces, se nos pedía la explicáramos a otros.

Normalmente en español, algunas palabras como *medio pelo*, que significa ordinario o vulgar, son adecuadas para referirse a personas así, con un dejo de gentileza. El inglés, desde luego, tiene un sinnúmero de tales expresiones, sobre todo en la jerga. Nosotros las usábamos todas y desarrollamos una clase de idioma propio, añadiendo *ed* o *ing* a los infinitivos en español, lo que confundía mucho a los que nos escuchaban.

Otra confusión la ocasionaban los apodos en la familia, casi todos nosotros teníamos uno. Fidi el mayor, extraordinariamente guapo y moreno, fue llamado así por papá. Yo llegué después, cargada con los nombres *Tulitas Paulita* por dos de las tías (*Tulitas*, en caso de ocasionar curiosidad, es el diminutivo -aunque no se crea- de *Gertrudis*). Cuando era muy pequeña una niñera, recién llegada de Suecia, intentó llamarme *darling* (*cariño*). Fidi, dos años mayor que yo, la escuchó y como resultado, toda la vida me han llamado *Dalla*. *Harry* (*Henry Anthony*) era tan rubio de pequeño,

que casi no se le notaba el cabello -fue llamado Pelón. El nombre de Alice se abrevió fácilmente a Al. Carlos, el tercero de los hermanos, fue apodado Bub, que no rimaba ni con boob ni con club, sino con algo intermedio. En un circo que vino había un enano, el Conde Bubelo, que era igual a mi hermano, así que rápidamente lo bautizamos como Bubelo, y después abreviamos el nombre. Robert, el más pequeño, tuvo la peor suerte. Su apodo era Chulo, que significa querido o dulce, un apodo muy inconveniente para un niño después de cumplidos los seis años.

Localizado en la línea ferroviaria entre la ciudad de México y Juárez -entrada hacia los Estados Unidos- Torreón estaba en una posición, a pesar de su pequeñez, estaba en posición de recibir algunos de los mejores, así como de los peores espectáculos. Escuchamos a la Tetrzzini, recién triunfadora en la ciudad de México, antes de que causara revuelo en los Estados Unidos. También vimos algunos de los dramas más cursis que se hayan producido alguna vez. Durante una obra de plumaje y daga, durante el Acto II, el héroe, que regresaba después de veinte años de ausencia, usaba el mismo desgastado ropaje que tenía en el Acto I. Él recorría todo el escenario, sosteniendo su capa hasta la altura de la nariz, y sus compañeros actores amablemente lo desconocían. Papá refunfuñó con disgusto: "¿Cómo pueden no reconocer la arruinada pluma de su sombrero?" En ocasiones, camino a casa, llegaban grupos de jóvenes promesas americanos cansados después de haber recorrido México con escasos recursos. Era frecuente que perdieran absolutamente todo y había que recurrir a algún tipo de beneficencia o colecta para que pudieran salir del pueblo.

Todos los espectáculos mexicanos usaban apuntadores, quienes extendían sus deberes hasta leer todos los diálogos antes de que los actores lo hicieran, haciéndolo sonar como una mala banda

sonora. Esto resultaba tan molesto que, finalmente, algunos espectáculos se anunciaban con un atractivo especial que era: "sin apuntador". Algunas veces, los mexicanos de la localidad montaban tandas, sketches que eran casi siempre muy buenos, ya que la mayoría de los mexicanos son buenos actores. Algunos eran musicales en los cuales las "damas del pueblo" formaban el coro. Tosca, la esposa de Ed, el hermano menor de papá, llegó a Torreón con un extenso guardarropa de trajes de noche. Después de un tiempo, decidió que ya estaban muy vistos y los vendió a un ropavejero. En la siguiente tanda, el coro completo estaba ataviado con los viejos vestidos de baile de Tosca, para diversión de todos. Papá redactó un pequeño y divertido sketch de una obra que había visto, en la cual Maximiliano estaba sentado en el trono deliberando con uno de sus generales. Estaba lloviendo y alguien sostenía una sombrilla sobre la cabeza del emperador mientras el general, presumiblemente acostumbrado al peligro en el campo de batalla, literalmente chorreaba.

Las paredes del escenario estaban hechas de ese material tan útil, la manta, y enseguida del escenario estaban los vestidores. La iluminación consistía en lámparas de petróleo o velas, que cuando eran llevadas al interior de los vestidores, nos brindaban un interesante entreacto provisto por las siluetas del reparto vistiéndose y desvistiéndose.

Otra diversión que nos hacía salir eran las tertulias, un tipo de bailes por la tarde que se daban en un quiosco entre Torreón y Gómez, en donde había una plataforma de tablas atadas con nudos. Nuestros padres traían comida, hacían café en grandes cubetas sobre fogatas y nosotros bailábamos al compás de la música de una orquesta local. Íbamos en paseos a caballo, las vías del tren eran nuestro camino de herradura. Yo no estaba conforme con mi

indumentaria de montar, que fue confeccionada en casa con la siempre útil manta, y aunque no era una amazona, siempre iba. En una ocasión, sin embargo, un tren que se acercaba nos obligó a salir a un lado de las vías en una loma, mi caballo se resbaló y rodamos abajo por el terraplén. Yo no salí lastimada, pero mi entusiasmo disminuyó considerablemente.

La mayor parte del tiempo, si a uno no le molestaba la tierra, se podía cruzar a pie por el arenoso y ancho lecho del río, pero durante el verano cuando el agua bajaba, todos usábamos el tranvía si queríamos ir a Lerdo o a Gómez. Gómez tenía canchas de tenis y un diamante de beisbol, así que era muy popular, y la Alameda de Lerdo era mucho más grande y atractiva que la plaza de Torreón. Por las tardes, estas actividades eran permisibles a los extranjeros sin llevar la compañía de un chaperón, aunque de todas maneras, casi siempre, había parejas de jóvenes matrimonios. Cuando la bicicleta se puso de moda, andábamos por toda la ciudad, una operación que resultaba muy breve, ya que ninguna calle estaba pavimentada y todas estaban cubiertas de polvo de un pie de profundidad. Por la noche la arena se asentaba, pero al correr de las horas y el tráfico durante el día, la tierra se levantaba más y más, hasta que al atardecer había un manto uniforme de polvo, y la gente que caminaba por allí se hacía completamente invisible y un hombre sobre un burro daba una impresión misteriosa al mostrar únicamente su cabeza y hombros. Cuando el viento soplabá, lo cual era muy frecuente, toda la capa superior de la tierra se arremolinaba horriblemente.

A un lado de nuestra casa estaba la oficina de papá, un lugar muy interesante lleno de restiradores, escritorios, mapas y planos; olía a tinta y metal, y había grandes cajas de instrumentos de medición y otras herramientas de este ramo. Él empleaba a un

ingeniero alemán y a varios dibujantes. Uno de ellos, el señor W., periódicamente se iba de parranda. Los cocheros, sabiendo que nunca recordaba lo que ocurría mientras bebía, abusaban sin piedad de él, venían a la oficina y demandaban su pago por haberlo llevado a casa, fuera cierto o no. Cuando estaba sobrio trabajaba noche y día, algunas veces, hasta sin comer para ponerse al corriente. Papá lo apreciaba mucho, ya que era un buen hombre, fuera de esta debilidad, y hasta llegó a decirle que si se abstenía de beber durante seis meses lo convertiría en su socio. El señor W. lo hizo y, el día que se cumplieron los seis meses, tomó una copa para probar su dura lucha por la sobriedad y desde luego, cayó otra vez. Eventualmente, llegó al punto en donde no pudo trabajar más y papá tuvo que dejarlo ir. Papá constantemente contrataba dibujantes y cada uno se quedaba durante el año de su contratación, y entonces, renunciaban para iniciar su propio negocio. Finalmente, ya disgustado, papá contrató a dos mujeres dibujantes de los Estados Unidos. Una de ellas se quedó durante su contrato y después se casó con uno de los ex -dibujantes y puso su negocio con él. La otra se quedó hasta que estalló la Revolución, después se regresó a Nueva York y se convirtió en arquitecto.

Papá se ausentaba por largo tiempo para construir puentes, presas y otras edificaciones por todo México. Cuando era muy joven hizo un viaje de reconocimiento en uno de los grandes latifundios, quizá en una de las propiedades de los Terrazas. La que fuera, era un desierto con pozos de agua tan apartados entre sí que se tenía que forzar a las mulas, casi hasta matarlas, para llegar de uno a otro. Los pozos de agua eran casi todos charcos cubiertos de limo, mismo que hacían a un lado para poder beber. Entre pozo y pozo, ellos dependían de la humedad de las plantas de cactus.

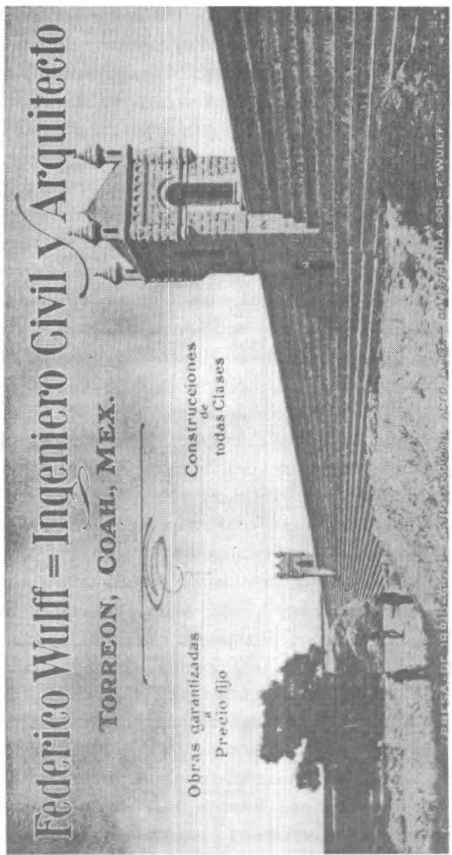
En otro viaje de reconocimiento, mientras cabalgaba a través

Federico Wulff = Ingeniero Civil y Arquitecto

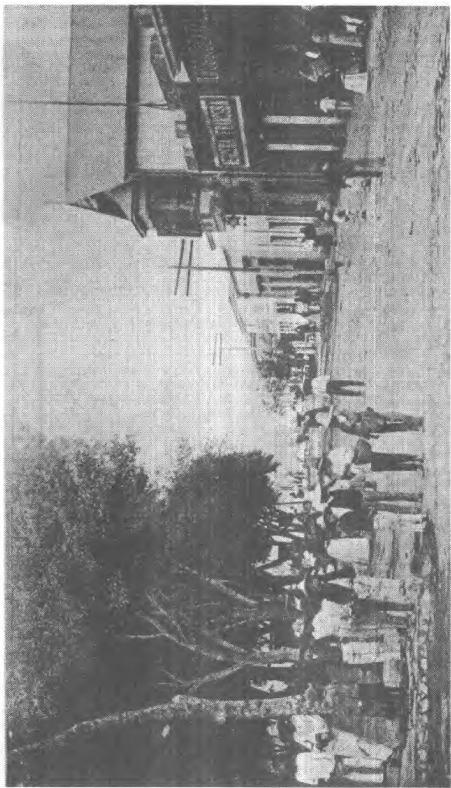
TORREON, COAH., MEX.

Obras garantizadas
a Precio fijo

Construcciones
de todas Clases

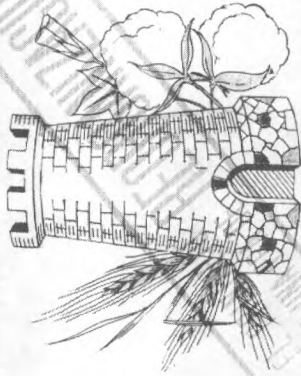


Una presa de riego construida por Federico Wulff, aparece como membrete gráfico en su papelería de oficina.



Calle principal de Torreón como aparecía en 1906.

Sorreón se transforma por la recia voluntad de sus hombres!...



HONOR A LA INICIATIVA

PREMIO AL TRABAJO



EN el año de 1950 el Sr. Don Pedro Santacruz construyó el Sorreón primitivo, dando nombre al nombre que hoy ostenta. En este mismo año se empezó a formar el Rancho del Sorreón que al principio estuvo compuesto simplemente de una casa destinada a albergar primero, el constructor y después a los sucesivos administradores de la Presa del Sorreón, que con sus cambios y reformas se convirtió en la hoy Presa del Coyote. La Presa así como la gran extensión territorial que iba a irrigar era propiedad de Don Leonardo Luongo, señor feudal de positivas energías a quien correspondió ser el primero en honor de haber abierto y enovado el aprovechamiento de esas tierras por el cambio de la preponderancia agrícola.

Por el año de 1973 con beneplácito de sus habitantes fue erigida en Villa y el día 15 de Septiembre de 1977 se elevó al rango de Cabecera Decreto de la Ley No.

lura de ese entonces, siendo Gobernador Constituyente del Estado de Coahuila de Zaragoza, el Sr. Licenciado Don Miguel Cárdenas.
El Cauce de Aguas de 1940, arriba un total de 76.718. Altura sobre el nivel del mar: 1.145.5 Mts.

FUNDADORES:

Jesús Espino,
Librado Banda
Vicente Campos F.,
Satornino L. Lozano,
D. Galván Hermanos,
Ing. Federico Wulff,
Andrés Reyes,
Hugo Franke,
J. Breiter,
A. Hackmack,
A. C. Michael,
Encarnación Red,
Candelario Flores,
Juan Cárdenas,
Reyes Bermúdez,
Dolores C. de Díaz,
Marciano Villas,
Salvador D. Alvarado
Tomás Rodríguez,
Marcos López,
Julio Beggs,
Adolfo Ayres,
Juan F. Arellano,
Santiago Estrada,
Leonardo Luna,
Nogaciono Uranga,
Porfirio Beza,
Luis G. Sánchez,
María de G. Valencio,
Félix Guerrero,
Carlos Patiño,
Jesús Arzanda,
Jesús Miranda,
Francisco Novio,
Magdalena Peza,
Agapito Barra,
Bruno H. Harzer,
Francisco López,
Eduardo González,
Castro Hermanos,
Francisco Valle,
Hilario López.

UNIDOS TODOS EN UN ESFUERZO
POR RECONSTRUIR EL PAIS



Respetuosamente al genuino fundador

Sr. Ing. Don Federico Wulff

EL QUE EN SU RADIO DE ACCION, HA SIDO FACTOR IMPOR-
TANTISIMO AL PROGRESO DE ESTA CIUDAD.



HIMNO LAGUNERO

Lagunero es nuestra identidad
a sus orillas del río Alamo,
y en sus aguas en su hermosa
las presencias de nuestra Patria.
Con siempre recitamos la historia
de la Patria que ha sido
que se llaman lagunas y se llaman
de los pueblos de esta Nación.
Cuando al viento sus voces elevamos
por doquiera en la gran
un heraldo en la gran
y en su radio de acción
con el viento que nos
de los pueblos de esta Nación.
LEONOR FLORES

Pergamino entregado a Papá en 1941, como un reconocimiento a su contribución al progreso de la ciudad de Torreón.

de un espeso monte, de repente comenzó a llover. Aún con el impermeable puesto se empapó completamente. Sin embargo, los peones que venían detrás de él estaban completamente secos. Resulta que cuando comenzó a llover, simplemente, se desnudaron, pusieron su ropa en la copa del sombrero y continuaron desnudos hasta que dejó de llover.

En otra ocasión, mientras hacía mediciones en la destilería, caminando hacia atrás y poniendo cadenas, de repente miró que detrás de él había una gran fosa. Había perdido el equilibrio, lo que le impedía aventarse hacia adelante, así que tuvo que saltar hacia atrás para caer a salvo en el otro lado. Posteriormente, midió el hoyo y se percató de que aún agarrando vuelo, no habría podido brincar, así que, seguramente, su ángel de la guarda debió haber estado haciendo muy bien su trabajo.

Cuando estaba construyendo una presa, en algún lugar en el desierto, dos de sus trabajadores comenzaron a pelearse y uno acuchilló al otro, hiriéndolo gravemente. Papá envió un mensaje de lo ocurrido al poblado más cercano, pidiendo fueran a recoger a los hombres. Las autoridades contestaron a papá que él debía traerlos, lo que él se negó a hacer, ya que el hombre herido no estaba en condición de viajar y de cualquier manera, papá no tenía tiempo. Hubo un intercambio de enérgicos mensajes, antes de que las autoridades aceptaran enviar por los hombres; para entonces, la víctima estaba casi aliviado. Hecho afortunado, ya que los soldados se llevaron a los dos, pusieron al agresor en la cárcel e hicieron que el agredido trabajara para que pagara la multa de veinte y cinco pesos del otro. En una ocasión, papá permaneció tres meses en la ciudad de México esperando testificar en una importante demanda sobre el agua para irrigación del río Nazas. Religiosamente, iba a la corte cada mañana para percatarse de que los

otros ingenieros o algunos de ellos, ni siquiera se habían molestado en presentarse, así que tenía que regresar al hotel. El recibía un pago de cien pesos diarios, por lo que finalmente, tomó con calma todo el asunto y disfrutó de sus vacaciones. Un día, entrada la noche, papá caminaba con un amigo que estaba un poco tomado y que insistía que compraran un billete de lotería. Sólo encontraron un estancillo abierto, y lo único que hallaron fue tres cuartos de serie. El hombre, entrado en copas, se rehusó a comprar, a menos de que fuera la serie completa y papá, quien había estado comprando billetes de lotería durante años sin haber tenido suerte, no insistió en la compra. En vista de eso, el vendedor tuvo que quedarse con el billete, el cual ganó el premio de dos millones de pesos en la lotería española.

Durante todo el día, podíamos escuchar al capataz de la cervecería de papá gritando a los empleados, quienes le tenían pánico. Todos excepto el tío Triny, quien era el contador. Triny medía cerca de cinco pies y seis pulgadas, y no pesaba más de 125 libras estando completamente empapado. Sin embargo, ante el deleite de todos, él se enfrentaba a Hans sin contemplaciones. Hans pudo haberse reprimido de golpear a Triny por ser hermano de papá, pero no por mucho, ya que tenía un temperamento incontrolable, y era un hombre de gran valía. La cerveza que él elaboraba era considerada la más fina de México y él recibía un salario poco frecuente de 400 pesos mensuales. Escrita en su contrato estaba su cuota diaria de 1/8 de un barril de cerveza, y nunca dejó una gota. Después de un tiempo, se puso tan difícil que estaba ocasionando que otros empleados se fueran, por lo que papá tuvo que dejarlo ir. Tiempo después, la cervecería tuvo que cerrarse debido a alguna travesuras financieras por parte de otras cervecerías del área. Los Wulff tenían muchas cualidades

invaluables pero, a excepción del viejo Anton, la sabiduría financiera no estaba entre ellas.

Con el paso de los años, papá empleó a cientos y cientos de hombres. Así que cuando se subió a un coche en Monterrey y observó cuan familiar le parecía el conductor, comenzó a devanarse los sesos tratando de recordar en dónde lo había conocido. De repente, un hombre en la calle gritó: "Adiós, Sardina", y papá supo de inmediato en dónde lo había visto antes... en una lata.

El vivir en un lugar pequeño, con tantas nacionalidades y sus resultantes idiosincrasias, requería de gran diplomacia, una especie de comunidad escabrosa funcionando para todos nosotros. Papá estaba hasta en la sopa en lo que a negocios se refiere, ya que, además del negocio de ingeniería, tenía la cervecería. Por lo que, por razones de negocios, y no por otra cosa, no podía darse el lujo de ser demasiado rígido en ciertos asuntos. Una situación, para probar lo anterior, surgía cada año, cuando empacábamos y regresábamos a San Antonio para realizar nuestra juega de compras. Era un gran compromiso, física y económicamente. Por alguna razón no había billetes, y el sólo hecho de cargar suficientes pesos de plata en un viaje por tren era, literalmente, una pesada carga. Tan pronto como se pronunciaba palabra de que íbamos a ir, prácticamente, todos en la ciudad se apresuraban a hacer un encargo de algo que quisieran que les compráramos. La gama de artículos era casi ilimitada: piezas para estufa, ropa, libros, artículos de negocios, muebles, cualquier cosa que se les ocurría. Recuerdo a una persona que nos pidió un brazo artificial. Posteriormente, después de casarme, dos pacientes de Billee, dos damas solteras de mediana edad, le pidieron les trajera un bebé pelirrojo en adopción... y se los trajo.

Era difícil negarnos a estas comisiones, ya que nosotros mis-

mos hacíamos encargos cuando alguien iba, y de cualquier manera, papá y mamá tenían tan buen corazón que no les molestaba. Sin embargo, hubo ocasiones en las que estuvieron a punto de rendirse. En aquellos días los sombreros de las damas eran grandes e iban adornados audazmente, en la parte superior con moños o copetes sostenidos o reforzados con rellenos y trenzas postizas y con muchas horquillas de hueso. No se cuestionaban si les sentaban bien o si eran apropiados. Una vez, tres mujeres le pidieron a mamá, entre otras cosas, que les trajera sombreros. En San Antonio, ella encontró sombreros grandes y blancos con pájaros negros en la copa, así que escogió tres teniendo cuidado de que cada uno fuera ligeramente diferente. Sin embargo, ella consideró que tal extravagancia era inapropiada para una madre de seis niños, así que compró un sombrero café y modesto para ella. Después, se enteró que las damas no estaban del todo satisfechas con su elección. "Lo notaste, dijo maliciosamente una de las damas, se compró uno café para ella".

El principal problema era que, siempre, había alguien que hacía un encargo sin pagarlo, lo que implicaba un problema cuando nosotros mismos estábamos cortos de dinero y en ocasiones, podría decirse que uno o dos querían crédito permanente. Después de haber sido engañado varias veces, papá dejó de comprar cosas, a menos que tuviera el dinero en sus manos. A aquel atrevido que tuvo el valor de reclamarle por no haber traído su encargo, papá, suavemente, le explicaba: "Bueno, veré, antes de salir para San Antonio escribí el nombre de cada artículo encargado en un pedazo de papel, y puse el dinero que me dieron para comprarlo sobre ese papel. Desafortunadamente, la ventana estaba abierta y una suave brisa hizo que todos los papeles que no estaban detenidos con pesos se volaran".

Capítulo XI - PERSONAJES

❖ QUIZÁ PORQUE ARRANCAR raíces y plantarlas en una tierra extranjera requirió de cierta inconformidad con el sistema, los trasplantes fueron realizados mayormente en forma individual y algunos de ellos resultaron ser definitivamente personajes. Buena parte de los visitantes en tránsito, continuó viviendo en su mundo, incluyendo a una mujer canadiense, algo ordinaria, que se rehusaba rotundamente a creer que sólo las malas mujeres del pueblo permanecían en las calles durante la hora de la siesta. Ella continuaba saliendo y como resultado, por poco involucra a su hermano, a quien estaba visitando, en varias peleas. Otro era un joven francés, quien decía pertenecer a la rama pobre de la familia De La Rochefoucauld, que acostumbraba sacar su máquina de escribir a la calle, sentarse en la orilla de la acera y elaborar sus facturas bajo los más o menos brillantes rayos de la luz de los arbotantes. Una de las personas más extrañas y encantadoras entre los residentes permanentes de la Región Lagunera era la Sra. Potter, esposa del administrador asistente de la hacienda de Tlahualilo, a quien vale la pena mencionar por sus propios méritos. Este lugar que estaba a sesenta kilómetros de Torreón, pertenecía a una compañía inglesa y por un tiempo se dijo que era la plantación de algodón más grande del mundo. Además de algodón sembraban enormes cantidades de trigo, sorgo y otros granos. A fin de facilitar el trabajo, existían pequeñas cuadras de casas de adobe, conocidos como ranchos -pequeños puntos dentro de los muchos acres de la hacienda a donde los trabajadores se cambiaban con bolsas,

equipajes, esposas e hijos, cuando el trabajo por hacer estaba en esa área. Más tarde, la compañía estableció su propio sistema educativo. La administración también le dio a cada trabajador una pequeña parcela en la que éste podía plantar lo que quisiera. La gran mayoría optó por plantar sandía, para la cual había un gran mercado, en Torreón y sus alrededores, y durante los meses de verano dos vagones cerrados llenos de sandía salían del lugar diariamente; la empresa los comercializaba y regresaba las ganancias a los trabajadores.

La hacienda de Tlahualilo tenía su propio doctor y eventualmente, un pequeño hospital muy bien equipado y atendido por una enfermera mexicana quien habían enviado a capacitar a El Paso.

Toda la siembra era cultivada por irrigación y había un sistema de canales, cuyo canal principal tenía el tamaño de un río con márgenes tan anchos como dos autos colocados uno al lado de otro. Era un lugar verdaderamente encantador, con grandes álamos americanos a lo largo de la ribera de los canales y mucho verdor alrededor del grupo de casas en donde vivían los administradores.

Justo a las afueras de las puertas de la hacienda estaba un pequeño pueblo llamado Zaragoza bien organizado con jefe, tiendas, una callejuela de boliche, una iglesia y desde luego, varias cantinas. Después, cuando llegaron las películas pusieron un cine al aire libre. La gente (me refiero a los mexicanos) se sentaban al lado derecho de la pantalla y la fuerza administrativa se sentaba del otro lado, ocasionando que tuvieran que leer los subtítulos reflejados en un espejo. Cuando las películas sonoras llegaron, el cine se cambió a un gran edificio de adobe con casi nada de ventilación. Uno tenía que sentarse en bancos muy duros, generalmente astillados, y tratar de no respirar. El hombre que lo manejaba no hablaba inglés, así que no le importaba si el sonido

se iba perdiendo y de repente, la heroína de la película comenzaba a hablar con voz de bajo profundo, ante lo cual, el público comenzaba a golpear con los pies hasta que se corregía el problema.

La callejuela del boliche tenía surcos profundos, de modo que de pescar un surco, se hacía una chuzca en cada tiro. Había un letrero en la pared: POR FAVOR, DEJE SUS PISTOLAS ANTES DE JUGAR AL BOLICHE. Parece que un oficial de la armada mexicana se disparó en el pie al salirse su pistola de la funda mientras jugaba.

Los habitantes del pueblo trabajaban en la hacienda y, algunas veces, duplicaban sus ingresos, haciendo negocios por su cuenta. El peluquero, por ejemplo, manejaba una trilladora durante el mes de la cosecha de trigo y durante ese lapso, no sólo los trabajadores sino también los administradores andaban muy greñudos. La administración, en su mayoría británicos y canadienses, con muy pocos americanos, llevaba una vida muy placentera, trabajando únicamente por las mañanas. Después de la siesta venía el tenis o el golf, y más tarde el té en la casa de alguien, y la cena a las ocho o nueve de la noche. Había mucha diversión en el ir y venir entre las diferentes casas, y los temas de conversación se desgastaban de tanto uso.

En Navidad, el administrador acostumbraba dar una gran cena a toda la colonia, con invitados de Torreón, Lerdo y otros lugares. La cena del Día de Acción de Gracias les tocaba a los Potter, y los otros días festivos se distribuían entre los demás. Frecuentemente, alguno o algunos tenían huéspedes en casa, y el promedio hombres y mujeres se veía reforzado positivamente por un número mayor de hombres jóvenes, debido a que el gobierno de los Estados Unidos tenía una estación entomológica para el estudio del gusano rosado y otras plagas del algodón. Los solteros vivían en el Mesón,

que era manejado por la Sra. Vaughn -viuda de uno de los primeros administradores- dirigente del sistema educativo y al Mesón, también le tocaba su turno en el entretenimiento. Jane Potter era considerablemente mayor que yo, aunque no mayor que mi mamá; era muy hermosa, tocaba bien el piano y encabezaba la vida social de la colonia. Era muy dominante y muchos de sus huéspedes terminaban jugando a los naipes, les gustara o no. Se aprovechaba de su edad, terriblemente, y cualquier crítica sobre su forma de tocar -no era muy buena para eso- invariablemente traía consigo un: "No se debe hablar a una anciana como yo de esa manera, jovencito". Sin embargo, era bondadosa y la gente pobre sabía que ella les ayudaría en caso necesario. Periódicamente, traía espectáculos para recabar dinero para los necesitados, y cada año, cuando viajaba a los Estados Unidos, siempre, se daba tiempo para ir a las tiendas de diez céntavos para comprar muchos anteojos para aquellos a quienes les estaba fallando la vista. Permanecía en la tienda y se los probaba para adquirir lentes con diferentes graduaciones.

También tenía su cuchara metida en otros asuntos. Por ejemplo, una de las mecanógrafas de la oficina de la compañía era una mujer que por años, había sido el sostén de una familia numerosa de hermanos y hermanas que no eran ni tantito agradecidos, aún cuando ella, por ayudarlos, se había rehusado a casarse. Ella sostenía correspondencia con un marinero americano, a través de una de la revistas de "Corazones Rotos", quien finalmente, le pidió que se casaran.

¡Hubo una gran conmoción! No era algo correcto, o elegante, o femenino que hiciera una joven mexicana decente, y la pobre mujer fue asediada, de todas las formas, por parientes, amigos y demás. Finalmente, llegó con la Sra. Potter. Jane hizo investigar al

hombre, y averiguó que era una persona respetable que podría ser un buen marido. Así que ayudó a la mujer a decidir, le compró su ajuar y la mandó a los Estados Unidos para que lo conociera y se casara con él. En aquel entonces yo vivía en El Paso, Texas, y Jane me escribió que la mujer llegaría de pasada, así que hice lo mejor que pude para ayudarla en su camino. El matrimonio fue duradero y feliz y años después, su hijo un joven agradable quien estaba en uno de los submarinos nucleares, se detuvo en El Paso a saludarme. Jane provenía de una buena familia de Nueva York, y creo que a los dieciséis se fue de institutriz de los niños de un conde español que vivía en Guatemala. El conde y la condesa la hicieron parte de su familia y viajó con ellos cuando fueron a Europa. Cuando se enamoró de un guapo ingeniero de minas llamado Harry Potter, la condesa le regaló el ajuar y baúles y baúles de cosas. Harry la llevó a México a un pueblo a los pies de una imponente montaña, y la instaló en una pequeña casa de adobe.

Posteriormente, se consiguió una mula y subió cientos o miles de pies de la montaña, hasta la mina que administraba. Jane aguantó la separación sólo una semana -entonces consiguió una mula y subió a la mina, en donde descubrió que Harry estaba viviendo con el resto de los trabajadores en una cueva. A pesar de sus objeciones vociferantes, ella se cambió e instaló allí; hasta mandó traer papel tapiz y ella misma tapizó las paredes de la cueva. Había una pequeña colonia bastante autosuficiente en aquellas alturas, que incluía una tienda de la compañía y una panadería. Sin embargo, después de observar a los panaderos trabajar desnudos, debido al calor, dándose pequeñas palmadas con la masa con la que estaban amasando para limpiarse el sudor, Jane decidió hornear su propio pan.

Después de haber permanecido en ese lugar casi un mes, recibí

su primera visita. Ellos eran un hombre, su esposa y dos hijas que vivían en una mina en otra montaña, a varias horas de distancia a caballo. El verdadero objetivo de la visita, se supo después de varias horas de té y conversación, era que madre e hijas vieran el ajuar de Jane. Ellas habían oído hablar de él, tiempo atrás, pero no se atrevieron a ir a verlo hasta que no se confeccionaron su ropa de montar: falda-pantalón completa y derby al último grito, de acuerdo con la revista de moda más importante del momento.

En Tlahualilo, los Potters vivieron en una gran casa de adobe fresco con siete sirvientes y media docena de fox terriers. Había pequeñas puertas para perro, embisagradas en la mayoría de las puertas de la casa, y los perros entraban y salían a su antojo. Sin embargo, eran bien educados. Cualquiera mascota de Jane tenía que serlo. El único incidente embarazoso, sucedió en una ocasión, cuando ella tocaba el piano. A Chico, un pequeño terrier, le dolieron sus oídos, empezó a aullar y salió corriendo. De ese momento en adelante, el perro más grande se sentaba cerca de Jane cuando estaba en el piano como si fuera a reafirmarla.

Ella tenía el alma más hospitalaria del mundo e invitaba constantemente a sus amistades, parientes, y amigos de los amigos a visitarla, pero nunca se distinguió por ser una persona que soportara gustosamente a los tontos y conforme se fue haciendo vieja y su artritis empeoró, algunas veces, era un poco seca con sus invitados. Recuerdo a una mujer -la amiga de una amiga- a quien Jane invitó, sin haberla conocido antes, a hacer una escala en Tlahualilo en su viaje hacia la ciudad de México.

La Sra. X resultó ser una de esas jactanciosas, compulsivas que no permiten que nadie les lleve la contraria, y que afirmaba ser íntima de todos los grandes y de los cercanos a los grandes. Ella hablaba de su hermano, de una forma que concluimos que si

no era el presidente de Harvard, seguramente, debía serlo. Ella estaba muy empapada sobre algunos de los descubrimientos arqueológicos más recientes en México, y hablaba como si hubiera sido la más cercana confidente del descubridor.

(¡Pero ella no mencionó a su esposo ni una sola vez!). Jane la soportó muy bien, aún cuando las personas que venían a tomar té comenzaban a desaparecerse antes de la hora habitual, pero el límite llegó. Jane se documentó sobre todo lo relacionado con los descubrimientos, se informó con el arqueólogo, y a través de varias preguntas incisivas, redujo a la mujer a una temblorosa masa de honestidad, arrepentida, al admitir que había leído sobre los hallazgos en una revista y, entre otras cosas, que su hermano era dentista en algún lugar en el Medio Oeste.

Una de las ilusiones de Jane era pintar. Durante seis meses estudió con alguien en París, cuando estuvo allá con la condesa, y tenía una extraordinaria habilidad para pintar retratos. Lo que necesitaba era un curso de anatomía. Ella hizo instalar un pequeño estudio en la hacienda y durante un año pintó mi retrato cada vez que la visitaba. Finalmente lo terminó y me lo envió, un retrato completo de aproximadamente cuatro pies de altura, enmarcado en un pesado marco dorado. No había duda que la cara era mía, pero en algún lugar el resto de mí se perdió. Era seis pulgadas más chica y muchas libras más gorda, con una prolongada cintura y piernas largas. En el retrato, mis brazos estaban graciosamente doblados, pero si hubieran podido balancearse libremente, me habrían llegado a las rodillas, y mis pies semejaban zapatos llenos de arena. Sabiendo que podría venir a El Paso, tuve que colgar la cosa en mi habitación, en donde podría hacerle el feo al levantarme cada mañana. Cuando vino, abiertamente se molestó por que no lo había colgado en la sala. Yo murmuré con suavidad

que no me gustaba tener mi retrato colgado a la vista de todos.

Jane -Dios la bendiga- era un personaje fuerte y como tal se las arregló para manejar y antagonizar a muchas personas, pero su corazón siempre estuvo en el lugar correcto. Otro personaje en Tlahualilo era Joe Askew, quien según la leyenda, había sido casi de todo: minero, guardabosques en Texas, etcétera. Sé que era minero, ya que llegó a Torreón como tal y también que había sido el mayoral desde Kingston, Nuevo México hasta Nutt durante la fiebre del oro. Él venía de Sulphur Springs, Texas, y medía aproximadamente 5 pies 3 pulgadas, era un hombre pequeño, rechoncho, con cabeza redonda y calva -él siempre tenía su cabello afeitado- buen sentido del humor, mente ágil, sin educación formal y una inmensa curiosidad por todo.

Una bala había pulverizado su codo, así que tenía problemas para atarse la corbata, y un par de balas le habían perforado el abdomen; sin embargo, esto no dañó ni su apetito ni su digestión. Fiel al código del Viejo Oeste, Joe nunca dijo nada negativo sobre ninguna mujer, pero hablaba abiertamente, sobre los hombres. Él se pasó treinta años en México y nunca aprendió español más allá de la primera persona del singular y el presente. Pero en la hacienda, en donde se encargaba del ganado (preparando baldes con mezclas de terribles olores para las vacas enfermas y las mulas achacosas), los obreros lo conocían, lo querían y lo entendían. Una vez, sin embargo, un nuevo peón llegó, y Joe quería que fuera al correo a recoger un paquete.

- "Voy a correo, traigo paquete" -dijo. El mexicano no dijo nada, y Joe le repitió su petición. Como nada ocurrió, Joe dijo molesto: - "Estos malditos Messicans ni siquiera entienden su maldito idioma. -agregando en voz alta- "VOY A CORREO, TRAIGO PAQUETE".

El peón, entendiendo que algo se necesitaba, murmuró ama-

blemente en español:

- "Espero que tenga buen viaje".

En una ocasión, cuando Joe regresaba de los Estados Unidos, olvidó su pasaporte, pero insistió con seguridad que él no lo necesitaba. Después de todo él había vivido en México durante treinta años. El inspector de inmigración en México dijo: "Lo siento señor, pero nadie que haya vivido en México tanto tiempo, hablaría tan mal el español".

Durante la Revolución, Villa raptó a Joe -pensando que era Tom Fairbairn, el gerente- en espera de que la importante compañía inglesa pagara bien por tan valioso empleado. Joe desilusionó a Villa quien, entonces, decidió que Fairbairn podría pagar un buen rescate por su amigo, y lo instruyó para que le escribiera una carta a Tom. Así lo hizo y ésta decía:

"Estimado Tom: Todo es formidable. No les pagues un maldito centavo. Joe." Durante el lapso de espera, Joe se encargó de enseñar a los villistas el gentil arte de jugar al poker, y cuando la respuesta de Tom llegó -con el efecto contrario- Joe era ya propietario de todas las sillas de montar, las armas y todo los avíos de la hacienda. Entonces Villa le pidió a Joe que se quedara como un miembro más, pero él se negó y Villa lo dejó ir. P.S. Joe ya había devuelto sus ganancias. Con el correr de la vida, Joe comenzó a perder su vista y, durante un tiempo, estuvo muy deprimido. Sin embargo, su optimismo natural se afirmó y cuando hablé con él sobre el asunto, dijo: "No importa. Ya he visto lo suficiente. "

Capítulo XII

LA ESCUELA SECUNDARIA Y DESPUÉS

❧ CUANDO TENÍA TRECE años me enviaron de regreso a San Antonio para asistir a la escuela secundaria. Fidi ya estaba allá en la Academia Seeley; sin embargo yo iba a quedarme con Tante Lit y el tío Nep, e ir a la secundaria Main Avenue. Ellos tenían una casa encantadora, mucha ayuda y era agradable vivir allí.

Tío Nep era un austríaco cuyo padre había sido oficial en el ejército. El había muerto en batalla, dejando a su esposa y cinco hijos. El gobierno educó a los muchachos, quienes eran en su mayoría muy guapos.

Uno, de hecho, era tan espectacularmente bien parecido que el emperador Franz Josef le pidió que fuera a la corte, simplemente, por el placer de mirarlo. El tío Nep no era guapo, pero siempre se salía con la suya, pues decía cosas muy halagadoras y constantemente traía regalos y flores a casa.

Al principio me fue difícil adaptarme. Todo era tan diferente - hasta Tante Lit y el tío Nep que actuaban loco parentis, eran diferentes. La escuela significó tal cambio - tantos alumnos, tantas muchachas, todas mucho más seguras de ellas mismas y más sofisticadas que yo-. Incluso Ida, mi antigua amiga, había cambiado. (Yo también, naturalmente, pero con la miopía de una adolescencia de la que nunca me había percatado.) Y tenía una terrible nostalgia. Como resultado, mis calificaciones bajaron y apenas pasé ese primer año.

Sólo recuerdo un incidente de ese tiempo, más que nada como

una visión de las costumbres de esa época. Un incorregible primo Groos de Alemania había venido a San Antonio y Tante Lit iba a llevarlo de paseo. Ella quería que también yo fuera con ellos, ya que no era apropiado que una mujer casada manejara sola en compañía de un hombre. (Robert, el cochero, quien había trabajado para ellos durante años, iba a ir, pero como chaperón no contaba). Yo acepté de mala gana -¿si se me permitiera bajarme en la casa de Ida?- e insistí en que llegáramos allí, primero, lo que hizo que mi papel de chaperona fuera, desde luego, muy corto, y pienso, hablando apropiadamente, que ella debió haber cortado el paseo hasta allí. Pero no lo hizo, y yo nunca me enteré de que su reputación se hubiera visto afectada como resultado de eso.

El tío Nep quebró y ellos dejaron San Antonio para ir a Torreón a quedarse con mamá y papá, así que los otros dos años (la escuela secundaria era entonces de sólo tres años) los pasé con Tante Carrie y tío Conrad Goeth en su gran casa de ladrillo rojo de la Calle Adams. Él era un abogado a quien le estaba yendo muy bien, y tenían dos niños: Fred, varios años más chico que yo, y Arturo, todavía más pequeño. Tante Lotts también vivió con ellos. Gradualmente mi confianza creció; hice amigos - uno en especial, a quien no le importaba cargar mis libros, todas las tardes, a lo largo de las dos millas para llegar a casa. Algunos de los muchachos con los que salíamos eran estudiantes de la Academia Militar del Oeste de Texas, y nuestros bailes eran en el cuartel. Yo, incluso, tenía una parte en una obra; se suponía que yo era la sirvienta francesa, y usaba un vestido negro con un elegante delantal con olanes, además de una pequeñez de olanes como tocado. Era un papel muy pequeño, pero ya que mi compañero era uno de los muchachos más guapos de la escuela, yo estaba absolutamente feliz. Pero, una de las otras muchachas había puesto sus ojos en él,

y haciendo uso de algunas mañas (y debido a mi propia ingenuidad), de repente me encontré actuando un papel más extenso, pero con el muchacho más mal parecido del reparto.

Era la época de la Chica Gibson y mirábamos los dibujos de Dana Gibson de Charles, y deseábamos poder parecer tan serenas, tan hermosas y con tanto porte como las mujeres que él pintó. Indudablemente que lo intentamos con ahínco. Una cosa es cierta, cuando la Chica Gibson usaba camisa entallada a la cintura y falda, siempre, se las arreglaba para mantener la cintura de la falda, alta, hasta la mitad de la espalda, poco antes de los omóplatos. Sus pliegues se fijaban con broche. Cuando nosotros queríamos copiar ese estilo de vestir significaba anclar con grandes seguros la banda de la cintura y fijarla a nuestros corsés, un trabajo nada fácil. Peleábamos mucho con el cabello para lograr el cepillado perfecto hacia delante, y poder hacer nuestros copetes. Generalmente, me desesperaba con mi cabello, ya que también era la época de las Siete Hermanas Sutherland (con el cabello colgando hasta el borde de sus vestidos), y yo me sentía como si estuviera casi calva, ya que a mí sólo me llegaba hasta los codos. Por las noches, lo enrollaba con pedazos de papel y usaba cabello y trenzas postizas para darle el espesor que no tenía. Lo único que me gustaba de mi cabello era su color, un agradable rubio castaño. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Ahora, sesenta años después, hasta tengo que cortarlo y adelgazarlo.

Yo pasé muy bien la mayoría de mis materias, pero mi favorita era matemáticas, en parte quizá, debido a que era la única mujer entre varios hombres en la clase de matemáticas avanzadas. Tomábamos alemán y nos lo impartía un joven que era novato en la enseñanza, y tenía la horrible desventaja de sonrojarse. Cuando leíamos algunos de los pasajes más románticos de Goethe,

juntábamos las manos y suspirábamos: "Ah, señor Schultz, ¿No es eso romántico?" y el pobre hombre se ponía colorado hasta la raíz del cabello, y parecía estar listo para salir corriendo del salón.

Un año antes, Fidi se había graduado de Seeley y fue admitido en la Universidad de Texas, pero bajo condición ya que sólo tenía quince años. Yo misma me gradué a los dieciséis. Mi vestido era encantador, con cientos de diminutos pliegues, y recibí tantos ramos de flores como cualquiera otra muchacha. (Nadie daba regalos de graduación, únicamente ramos de flores).

Mientras tanto, en Torreón ocurrían sucesos. Papá estaba construyendo una casa a la mitad de la colina a la que habíamos subido aquella primera mañana. Alguna compañía, creo que una cervecera, ya había excavado el sótano y había construido las paredes de piedra de tres pies de grosor y luego se fue a la quiebra. Papá había comprado esa cosa con la intención de dársela al tío Henry para que pusiera algún negocio o le diera otro uso. Cuando mamá se enteró le dio un ataque, porque el único pilar de sostén de la familia era la ayuda constante que papá continuaba dando a sus hermanos y hermanas. La fortuna Wulff había desaparecido, y la abuela Wulff cuyo interés principal fueron siempre sus cinco hijas y según una historia posiblemente apócrifa, hizo que Henry y Triny prometieran no casarse hasta que lo hicieran las hijas, Lula y María, que todavía no se casaban. ¿Porqué no lo hicieron? es un misterio, ellas eran atractivas y bonitas. Dicen que Lula rechazó al hombre al que amaba por considerar apropiado rechazar a un hombre dos veces antes de aceptar su propuesta. Su amado, al parecer no conocía las costumbres de la tierra, y se fue de la ciudad. Su cuñado, al saberlo, prometió traerlo de regreso, pero ella sentía que eso era muy poco femenino, además de ofrecido.

Cualquiera que haya sido la historia, pasó el resto de su larga

vida, con buenos trabajos, con un maravilloso sentido del humor, y nada más. María, yo creo, simplemente era demasiado mojigata. Años después cuando le sugerí que visitara a un pedicurista se horrorizó: "¡Permitir que un hombre vea mis pies!"

A cualquier precio, y durante todos estos años, mamá había deseado una casa propia y decidió que el lado de la colina era el lugar perfecto. Así que papá construyó un modificado castillo Rhenish de roca gris, y fue una casa encantadora. Desde luego, la ubicación tenía algunas desventajas; aunque la vista era maravillosa. Pasaron un año excavando un pozo y sacaron agua salada, pero para entonces la ciudad ya tenía un sistema de agua, se conectaron a él y usaron el pozo para regar las tierras y llenar la piscina de natación. Otra desventaja eran los ochenta y un escalones que llevaban a la casa -anchos, poco altos, con descansos, pero, aún así, muchísimos escalones-. Al pie de la colina, papá construyó su oficina, un edificio de dos pisos. La casa, a pesar de sus similitudes germánicas, fue casi de inmediato bautizada como el Chalet Wulff.

Durante esta época, papá continuaba con el mismo problema de educar al resto de la familia, y Tante Lit quién era muy independiente y se sentía con el profundo deber de devolver, de alguna manera, la hospitalidad de mamá y papá, ofreció llevarse a todos nosotros a Oakland, California, para que Fidi y yo pudiéramos ir a la Universidad de California y los más jóvenes pudieran ir a la primaria y secundaria. Ella alquiló una casa grande de madera, de dos pisos. Yo ni siquiera pude asistir a mi baile de graduación en San Antonio -tuve que cambiarme de ropa y subirme al tren rumbo a la Costa Oeste, apretando mis ramilletes de flores más preciados-. El primer problema que enfrentamos fue la ayuda. En cuanto un solicitante respondía a nuestro anuncio y escuchaba

que éramos siete en la familia, de inmediato, se despedía. Así que finalmente se nos ocurrió decir que sólo eramos cuatro de familia. Fidi tuvo que irse a vivir temporalmente a la casa de su fraternidad. Harry fue enviado fuera, y yo me quedé con una amiga. El siguiente solicitante era un chino, quien decidió quedarse. El decía: ¿"Cuánto pala cena eta noche, señolita Lonse? ¿Cuánto?" y ella contestaba: "Ah no, esta noche seremos cinco." Y después, seis, y finalmente, la familia entera se había infiltrado de regreso al redil y como lo habíamos deseado, le agradamos y se quedó.

Para todo esto, papá enviaba 400 dólares al mes -el cambio era de dos por uno. Fidi recibía gran parte del monto, ya que sus gastos en la universidad eran altos. Él pertenecía a una buena fraternidad y se había integrado a un grupo muy adinerado. A los diecisiete, ya estaba saliendo con una muchacha más grande. Debido a que era muy bien parecido y formal parecía mayor, y ella no vio ningún problema en aceptarlo como de su edad, hasta que uno de los primos de San Antonio, que estaba de visita, sacó el gato de la bolsa, y ella lo botó como una papa caliente.

Yo también pensaba ir a la universidad, pero en ese momento había una campaña, encabezada por los muchachos para librarse de la educación mixta, tema sobre el que se escribió mucho y otras cosas por el estilo, así que Fidi consideró que lo mejor era que no asistiera. Por lo que me fui al Instituto Hopkins de Arte, en San Francisco, viajando diariamente por transbordador, lo que me hacía sentir muy atrevida y aventurera. La pintura china estaba, entonces de moda, y tomaba tres clases de ese arte por semana, y una o dos clases de dibujo y acuarela. Conocí a algunos muchachos y muchachas, y entablé una amistad estrecha con una muchacha llamada Rose, quien era considerada algo atrevida debido a que estaba tomando un curso completo de arte y planeaba ir a París a

estudiar. Con mis ideas sobre París, mismas que estaban condicionadas por las novelas que había leído sobre artistas, en secreto, me sentía halagada y nada temerosa por la amistad de Rose.

Un día ella sugirió que nos reuniéramos para almorzar, mientras agregaba: "Voy a estar en clase viva y quizá me tarde, así que entra y espérame".

Yo no tenía la menor idea sobre en que consistía la clase viva, así que después de terminar de colocar las violetas en un recipiente que había limpiado, me arreglé, me puse el sombrero y caminé rápidamente por el pasillo hasta llegar al salón que Rose me había indicado, jalé la pesada cortina café hacia un lado de la puerta y entré. Lo primero que vi fue a un hombre desnudo salvo por un cordón G, parado sobre una plataforma en el medio del salón. Casi me desmayo. Porqué me impresioné tanto, no lo sé; yo había bañado a mis hermanos pequeños, y todos los hijos de los peones andaban sin pañales o calzones hasta los cuatro años. Así que me las arreglé para, de alguna manera, quedarme para el almuerzo, pero después de eso dejé que mi amistad con Rose se desvaneciera silenciosamente.

Todos asimilamos el cambio, lentamente, excepto Robert, de cuatro años, quién se negaba rotundamente a hablar inglés, aún cuando era bastante suelto en español y alemán. Finalmente, un niño lo estimuló a hablarlo y resultó ser igual de fluido. Pienso que fue durante esta época que él adquirió este "algo" acerca de las narices, comentando libre y casi siempre adversamente sobre todo aquel que veía. Un viejo amigo de la familia que tenía una nariz grande estaba por visitarnos, y nos podíamos anticipar las desastrosas consecuencias en caso de que Robert siquiera mencionara la palabra. Cuando el hombre apareció, tenía una barba pelirroja que le llegaba a la mitad de su pecho. Robert le echó un

vistazo, se inclinó de mi lado y susurró: "¿Y qué con la barba?"

Durante el tiempo en que estuvimos allí, el cambio de moneda de repente, se fue de tres a uno. Nosotros no habíamos estado viviendo exactamente en el lujo, pero ahora teníamos que economizar aún más. Los niños recibían cinco centavos a la semana y se les permitía ir al centro los sábados a gastar esta magnífica suma. Sin embargo, ahora ellos tenían que optar entre el helado y el tranvía a casa.

Un agradable descanso fue para mí la visita de don Evaristo Madero, padre de Francisco y buen amigo de papá, con sus hijas Bárbara y María que eran casi de mi edad. Ellos iban a la tierra del vino a visitar a un amigo suyo y fui invitada a acompañarlos. Yo estaba muy elegante, en mi traje con falda de cola y don Evaristo llamó la atención a las muchachas por no usar ropa como la mía, cuando, en realidad, ellas estaban vestidas más apropiadamente. Nosotros partimos hacia los viñedos en carro y me fasciné con la vista que ofrecían esos grandes racimos de uvas que crecían en lo que parecían pequeñas colinas de vid, en lugar de árboles llenos de ramas como los que siempre había visto. Los Madero consideraban que el tráfico en San Francisco era aterradorante, y cuando las muchachas dudaban al frenar, el anciano decía: "¡Ándale!, aquí no se camina, se corre." Pero, finalmente, él se tranquilizó y dejó de apresurarlas justo cuando las muchachas estaban agarrando velocidad. Él dijo: "Aquí en este país hay demasiados "arriopas" Cuando pregunté que era lo que había querido decir, me explicó: Todo el tiempo ellas me están diciendo: "Jarry op, papá, va demasiado lento": Transcurridos seis meses, mamá vino para llevarnos de regreso, quizá debido al gasto. Fidi se quedó y se cambió a la casa de su fraternidad. Tante Lit, renunció a nosotros con un suspiro de alivio, y se fue a San Antonio de visita.

Mamá no estaba bien y no me explico como aguantó el viaje dada la tendencia que tenía a marearse. Además, durante el trayecto de regreso, ella desarrolló el hábito de desmayarse en los momentos difíciles. Eso me puso a cargo de las cosas. Yo tenía diecisiete años y probablemente debería haber tenido mucho más capacidad y compostura de la que mostré, pero había crecido en México y mis pocas incursiones a la mayor libertad de los Estados Unidos habían sido bien protegidas y supervisadas. Yo nunca antes había estado realmente sola y la perspectiva de llevar a una mujer enferma y a cuatro niños de San Francisco a Torreón, me aterraba.

El tío Charlie Groos, hermano de mamá, y su esposa nos pusieron en el tren en San Francisco y me espanté al ver que el Pullman estaba completamente vacío. Entonces una pareja se subió y mi ánimo se volvió tan obvio que mi tía se agachó y susurró: "No cuentes con ninguna ayuda de esa mujer, ella está huyendo con el marido de otra mujer". La pareja desapareció en el camarote y nunca volvimos a ver sus caras de nuevo. Era enero, y en virtud de que ni San Francisco ni Torreón tienen un clima realmente invernal, no se nos ocurrió que podría hacer frío. Nosotros íbamos en el Santa Fe y en cada estación en dónde había una casa "Harvey" teníamos que sacar apresuradamente a la cuadrilla entera para darle de comer. Harry fue de gran ayuda, pero sólo tenía quince años, y además teníamos que cuidar de mamá, ayudándola a salir en cada parada, paseándola a lo largo de la plataforma para que no se desmayara. (Yo no sé de quién fue la idea de este método tan heroico para aliviarla. Mirando hacia atrás, indudablemente, parece que habría sido mejor dejarla descansar en el tren, y si ella se iba a desmayar, permitirle hacerlo con comodidad). En Albuquerque, había un pie de nieve y más todavía cayendo. Los niños, que en sus vidas habían visto nieve, estaban encantados y era una lucha

poder retirarlos de esa cosa rara y llevarlos al comedor. Alice de doce años, tenía la capacidad de ponerlos en orden, mientras que Harry y yo nos turnábamos para poder dar una mordida, correr con mamá llevándole lo que considerábamos podría comer, pasearla y después, uno de nosotros tenía que ir a pagar la cuenta de los niños y asegurarse que regresaran al tren. Yo estaba tan nerviosa que no podía comer.

Hubo más complicaciones en Albuquerque. Nosotros teníamos que cambiar de tren, y nos dimos cuenta de que había ocurrido algún error en las reservaciones que se habían solicitado por telégrafo y que en lugar del camarote y el compartimiento con los que contábamos, había sólo dos literas. Un hombre muy amable, al darse cuenta de nuestro problema, y al ver las lágrimas en mis ojos, nos cedió su cama de abajo y se pasó la noche en el baño de los hombres. Ubicamos a mamá y Robert en la litera de abajo, Harry y Bub en la de arriba y Alice y yo tomamos la otra. Yo estaba tan agitada que ni siquiera me atreví a desnudarme, temiendo que el relajarme podía ocasionar nuevos desastres, ni siquiera le permití a Alice que se quitara los zapatos. Cuando ella se quejó le di un manotazo y le dije: "eres afortunada de que te haya dejado quitarte el sombrero." De algún modo transcurrió el resto del viaje - providencialmente, quizá, lo que falta de contar se borró de mi memoria. No creo haber realmente valorado tanto a papá como cuando lo vi parado en la plataforma de la estación-

Capítulo XIII - D E B U T

✪ AUNQUE SOLO ERAN las 7:00 de la mañana, muy temprano para andar tan placenteramente paseando en un lugar así, dos jóvenes bien parecidos se paseaban de arriba abajo por la estación. De repente, papá los trajo consigo y nos presentó. " El Dr. Jamieson, el Sr. Fairbairn." Si hubiera tenido la más remota idea que estaba frente a mi futuro marido y a su futuro padrino, me habría sentido diferente. Como así fue, yo estaba muy molesta con papá, quien con paternal ceguera, había sido lo bastante imprudente como para presentarme a alguien cuando yo estaba llegando toda arrugada, sucia y en general, con una terrible apariencia.

Acepté la presentación tan amablemente como me fue posible y entonces apresuré a la familia a subirse al coche y luego a casa. Cuando me quejé, papá se rió y dijo, "yo pensé que te gustaría conocer a los dos solteros más nuevos en la ciudad. Tom Fairbairn es el gerente de la fábrica de agua mineral y el Dr. Jamieson es otro canadiense. Ambos jóvenes agradables. Se enteraron de su regreso y vinieron con toda intención a la estación para verlas."

Yo me quejé y él se rió nuevamente. Sin embargo, estoy segura que mamá entendió. Mirando a los adolescentes de hoy en día y sus diversas formas de protestar, me cuestiono un poco sobre mí misma a esa edad. Quizá yo no estaba hecha del mismo material del que están hechos los rebeldes. Además, a nosotros nos educaron para respetar a los adultos, quizá solamente por mantener el poder en un mundo en donde la muerte, la enfermedad y la penalidad eran hechos cercanos y cotidianos. Si nos equivocábamos

era culpa nuestra, no de nuestros padres. Nosotros no teníamos ninguna idea sobre cómo intentar cambiar al mundo ya sea con semántica o revolución o con el poder de las flores. Todo lo que se nos pedía era que intentáramos hacer lo mejor desde nuestro propio y particular lugar. Además todos deseábamos crecer. Los adultos manejaban el mundo, sus decisiones eran aceptadas y gozaban de muchos privilegios a los que nosotros aspirábamos.

Había sido muy difícil dejar a mi novio en San Antonio, pero no me cuestioné la decisión que me llevó a California. Allá lejos, su recuerdo se había opacado con las caras de otros jóvenes, amigos de Fidi, muchachos de la universidad. Pero, entre ellos, no había ninguno lo bastante especial para ocupar mi corazón, por lo que no había objetado en absoluto mi regreso a Torreón, aunque sabía que estaría perdiendo mucha de la libertad que había tenido. Me agradó estar de nuevo en casa, en un ambiente conocido entre gente familiar y bien querida. (El escuchar nuevamente la música de las pequeñas bandas callejeras, me hizo percatarme de lo mucho que había extrañado esto.)

Me atemorizaba el ser ahora una joven lista para el matrimonio, que iría a los bailes y bailaría con hombres, que tuvieran el matrimonio en mente o no, eran al menos material "casadero"-lo que significaba que ya habían egresados de la escuela y eran independientes.

En esos días, el matrimonio era la única carrera para una muchacha y si una no se había casado para los veinticinco años era considerada una solterona.

Torreón había crecido mucho, había dejado atrás a Gómez y a Lerdo y había asumido, en cierta forma, algunos de los aspectos de una ciudad. Había un increíble casino nuevo, con las paredes decoradas con grandes espejos y magníficas cortinas colgadas de

las ventanas, todo importado de Francia a un costo impresionante. Tenía piso de parquet que había costado 10,000 pesos. El salón de baile se amuebló con mobiliario de exquisito gusto (con lo que actualmente se conoce como madera dulce) y un fino piano de cola. También, había otras habitaciones igualmente finas, como el bar y los salones para jugar cartas en dónde los hombres se reunían y las mujeres no eran invitadas.

Como lo mencioné anteriormente, en la ciudad había un sistema y un departamento de sanidad que tomaron el lugar de Narciso, pero como no había drenaje se usaban los métodos antiguos. Tosca era una mujer alegre e ingeniosa que con modos suavemente amigables dominaba completamente a Tío Ed. Una noche poco después de que llegaron a Torreón, ella escuchó un ruido afuera y se levantó, consciente de un terrible olor. El departamento de sanidad estaba trabajando. Ella gritó: "¿Quiénes son ustedes?" El inglés de aquellos hombres era limitado, pero uno sabía lo suficiente para contestar sucintamente en jerga americana quiénes eran ellos.

Ella dió un pequeño grito, se fue de prisa a la alcoba y sacudió a Ed para despertarlo. -"Ese hombre me insultó", le gritó. "Tienes que hacer algo." ¿Ed se despabiló y comprendiendo lo que estaba ocurriendo por el olor que se percibía por todas partes, le preguntó: "¿Qué fue lo que dijo?"

Ruborizándose, ella se lo repitió y Ed por primera vez se negó a obedecer una orden de su esposa. "Eso, querida, es exactamente lo que es," se volteó y se volvió a dormir.

Las clases más pobres todavía no tenían ninguna instalación sanitaria ni como aliviar sus necesidades a donde quiera que estuvieran. Cuando papá construyó la casa grande también puso un almacén y su oficina en la parte inferior de la colina. La pared

del almacén estaba pintada con cal y la ciudad que estaba en proceso de conscientización, mandó escribir sobre ella en letras de un pie de altura: "Se prohíbe orinarse en esta pared." Ahora, Torreón tenía una Alameda, un gran parque en el otro lado de la ciudad, aunque en ese momento no había mucho que ver porque los árboles eran todavía muy pequeños. Más allá, estaban los jardines chinos, una área grande en donde un número creciente de orientales plantaban buena verdura y fruta y quienes por eso se ganaron el odio de algunos de los mexicanos que no eran tan progresistas ni trabajadores.

Había más tiendas y negocios, algunos hasta tenían ventanas de vidrio chapeadas en plata. Había una lavandería china de vapor. Aunque sólo existía una sola iglesia, la católica, ahora había por lo menos un ministro protestante y una pequeña capilla que la Señora DaCosta, una devota episcopal, había instalado y cada determinado número de meses, pagaba los gastos del clérigo de Eagle Pass para que viniera a dar sus servicios eucarísticos. Había varios buenos restaurantes, especialmente el "Sternau" que servía alimentos importados, e incluso utilizaba algunos artículos también importados, como la cristalería. Todos los hombres asistían a conversar y tomar un vaso de cerveza o alguna otra bebida antes de regresar a casa al mediodía para la comida fuerte a la 1:30 ó 2:00. El Club Alemán era uno de los lugares favoritos de entretenimiento e inclusive para jugar al boliche.

En cuanto a la confección, Torreón también había dado un gran salto hacia la modernidad. Como ropa formal, los hombres usaban levita como siempre. Sin embargo, aquellos dos jóvenes canadienses electrizaron a la comunidad durante el primer baile al que fueron invitados, al aparecer con sacos de cola jamás antes vistos allí. Al día siguiente, el sastre temblaba de alegría por el

hecho de que tenía que cortar veinticuatro sacos iguales a esos.

Las mujeres, desde luego, se mantenían a la vanguardia de la moda, y corrían a actualizarse cada vez que alguien volvía de los Estados Unidos o de otra parte. El largo lapso entre aquellos que regresaban y los visitantes, nos desfasaba y descubríamos muy a nuestro pesar, que mientras nosotros peinábamos nuestro cabello hacia delante, la moda era peinarse hacia atrás lo que significaba un gran cambio. Quizás el cambio más sorprendente fue el surgimiento del vestido entallado. Las faldas se habían ajustado pero eran lo suficientemente amplias en la parte inferior para permitir usar, cuando menos, un par de enaguas. El vestido entallado era largo y ajustado, tan ajustado que uno tenía que estirarse para poder entrar en él. Cuando apareció el primero en Torreón, el comentario que se escuchó como zumbido de un abejorro demente fue: "Ella no llevaba puestas las enaguas". Dejar el tobillo a la vista era considerado como una invitación directa a una violación, un asesinato o a ambos. Sin embargo, como en todas las modas, eventualmente fue aceptado. Lo que me recuerda que mi nieta, quien se graduó en teatro en la universidad, no sólo puede pintar departamentos sino también remodelarlos, manejando un martillo con fuerza y habilidad. Ella puede manejar un tablero de luces, cambiar escenarios, hacer trajes, reparar muebles, y hacer casi todo lo que requiere una obra de aficionados. Todo eso, vestida en pantalones sucios, playera y zapatos de lona. Ahora que, también en Torreón teníamos teatro y el día después de mi regreso fui invitada a ayudar en el decorado del escenario, para una función que los solteros iban a presentar. Yo llegué ataviada en un vestido de raso azul pálido con una ligera cola y un sombrero blanco aterciopelado de armazón ligero y con una gran rosa roja en el borde inferior. Yo no recuerdo en qué se

suponía que iba a ayudar -quizás sólo a mover un jarrón- pero de todos modos, ninguno de los muchachos objetó la forma en que lucía.

Entre los mexicanos todo era muy formal y cada joven se veía obligado a inventar motivos para visitar a una muchacha. En una ocasión, cuando celebrábamos la fiesta de Año Nuevo, un joven de Monterrey asistió invitado por su primo. Él era un joven muy alto que lucía bigotes finos, botines y un bastón con cabeza de oro. Él y su primo permanecieron en la fiesta hasta mucho después de que los demás habían partido y cuando finalmente se fueron, descubrí que él había olvidado su bastón. Yo era tan tímida que envié al mozo con el bastón a alcanzarlo y él educadamente lo regresó, diciendo que él personalmente regresaría a recogerlo.

Había días de campo, pero normalmente teníamos que mandar un grupo de avanzada para poder encontrar un árbol bajo el cual poder sentarnos. Una de las grandes haciendas tenía un lugar con higueras gigantes y en ocasiones éramos invitados a ir.

Los domingos por la tarde, nos íbamos a la plaza y dábamos vueltas tomadas del brazo de nuestros pretendientes (esta irregularidad sólo era permitida a los extranjeros). Había tamaladas en el quiosco y en otros lugares. Pero no importa a dónde fuéramos, siempre estábamos bien chaperoneadas ya que había tan poco que hacer, que todos los matrimonios jóvenes y de no ser ellos, los padres, siempre estaban a mano para todos los eventos.

Algo de lo que teníamos más que suficiente, eran hombres -habían docenas de solteros y muy pocas mujeres. Ninguna muchacha, aunque fuera poco atractiva, tenía su carnet de baile vacío y las matronas jóvenes, también bailaban, literal y metafóricamente hablando.

Tres hombres jóvenes formaron un club, llamado el "Club Buttinsky". Ellos me seguían a donde quiera que iba y se pelea-

ban con cualquier muchacho que se fijara en mí, incluso trepando al tranvía rumbo a Lerdo cuando tenía una cita para caminar por la Alameda. Me era muy halagador, pero a ellos no les funcionó del todo bien con los otros jóvenes. Uno de mis pretendientes, un tímido joven alemán, acostumbraba comprar ramos de violetas (por un peso se podía comprar un manojo del grueso de un plato grande) y colgarlas en la perilla de la puerta; luego tocaba y corría para atravesar la calle, esconderse y ver si yo abría la puerta. Battersby, un inglés atractivo, llegó un día justo en el momento en que ocurrió este suceso. Cuando él entró a la casa, me entregó las violetas. Después el alemán le preguntó: "¿Le dió mis flores a la Srta. Wulff?" Battersby asintió con la cabeza: "Ella se alegró al recibirlas." El alemán sonrió alegremente, y después de pensar por un momento, lo cuestionó, "¿Le dijo que yo se las traje?" "Claro que no. Le dije que yo mismo se las había traído." Los mexicanos adinerados se entretenían lujosa y elegantemente. Una vez, se ofreció una fiesta en la hacienda de un miembro de la familia Luján. Un tren especial llevó a los invitados de Torreón y cuando nos bajamos, al final de la espuela del ferrocarril, había hombres parados de trecho en trecho con antorchas encendidas para iluminar nuestro camino a la casa. Ésta era muy grande y estaba maravillosamente decorada -todo el enorme patio estaba adornado con miles de gardenias atadas a cada rama y tallo. El aroma era imponente. Bailamos toda la noche -había mucha comida exquisita, vino y dos orquestas traídas desde la Ciudad de México-. A las seis de la mañana del día siguiente el tren nos regresó a Torreón. Otra fiesta se celebró en el rancho de los Cárdenas. La casa era inmensa -había cuatro pianos para uso diario-. Dentro del entretenimiento se ofreció una corrida de toros para aficionados y los hombres mexicanos se lucieron con galanura,

aunque sólo estuvieran toreando becerros. Mi hermano Bub que tenía aproximadamente doce años, había estado intentando comprar un caballo y conseguido permiso de salir a varios ranchos cercanos a buscar entre la caballada. Él era amistoso y tenía una personalidad agradable, a dondequiera que iba, la gente mostraba interés por su persona y entre otras cosas le habían enseñado a lazar. En la fiesta de los Cárdenas -fue muy solicitado para lazar a los becerros cuando se salían de control.

Un punto de gran diferencia entre los mexicanos y los americanos era que los mexicanos estaban muy identificados con el Continente Europeo. Enviaban por su ropa a París en lugar de a Nueva York; sus hijos y con menor frecuencia, sus hijas, eran educados en Francia y el francés era, a menudo, el segundo idioma. Todo esto, claro, se daba en las clases altas. Sin embargo, la idea latina de que las mujeres estaban hechas para la maternidad, mientras que los hombres podían vagar libremente, había permeado a los niveles inferiores y el anhelo más importante de muchas muchachas mexicanas era casarse con un alemán, un americano o un inglés. Esto no significaba que ellos fueran necesariamente virtuosos, pero normalmente no tomaban el compromiso matrimonial a la ligera. Por lo general, los alemanes desempeñaban el mejor papel -otros extranjeros encontraban muy irritante la infiltración de los suegros, ya que con frecuencia algunos o incluso todos los miembros de la familia se mudaban con los recién casados.

Las fiestas nocturnas siempre empezaban tarde y papá que estaba muy cansado de llevarme siempre, salía a mirar el cielo esperando que lloviera (una esperanza muy vana, ya que la caída anual de lluvia era sólo de 7 u ocho pulgadas aproximadamente) mientras yo adentro, me inquietaba. En una ocasión una de las

familias mexicanas nos invitó a un baile que, según se nos aseguró, habría de empezar a las 8:00 al estilo "americano" -es decir, a tiempo-. A pesar de todas mis protestas, papá no se movió hasta que finalmente alrededor de las 10:00 el mozo regresó para decirnos que había visto movimiento de personas en la sala. Papá todavía estaba renuente, pero yo insistí, y nos fuimos sólo para encontrar que los organizadores habían ofrecido una cena para unas amistades. Éstas eran las personas que el mozo había visto. La familia fue muy cortés e insistieron en ofrecernos un café o algo y nos sentamos durante toda una hora, miserablemente conscientes de nuestro paso en falso, antes de que el resto de los invitados empezara a llegar.

Debido a que las fiestas se iniciaban tan tarde, éstas duraban hasta la madrugada, de allí nuestra oposición a la firme convicción de papá de que la hora apropiada para el desayuno era a las 8:00 de la mañana y pobre de aquel que se rezagara. Él mismo lo hacía, desde que comenzó a llevarme a todos los bailes. De igual manera era difícil mantenerse despierto y alegre con dos horas de sueño y yo realmente apreciaba la hora de la siesta.

Mamá y papá mantenían lazos muy fuertes con los alemanes y ella, en especial, quería que yo me casara con un alemán y se inclinaba por empujarme hacia esa dirección. Una vez fuimos a una boda en Monterrey -su idea era que yo conociera a dos hermanos alemanes que vivían allí y que se suponía eran muy ricos, guapos y completamente elegibles-; llegamos bien para la boda, pero fuimos llamadas a casa ya que uno de los niños más pequeños estaba enfermo. Así que nunca logré conocer a tan deseables hermanos.

De cualquier manera, no hubiera importado ya que para entonces yo estaba enamorada de uno de los dos jóvenes cana-

dienses, el Dr. William Jamieson. Él era originario de Ottawa, hijo de un farmacéutico y graduado de la Universidad de McGill. Él había estado practicando medicina en Oklahoma, en territorio indio, y fue animado a venir a Torreón por su viejo amigo Tom Fairbairn. Billee llegó a Torreón de manera fortuita justo en el momento en que todos los doctores de la ciudad estaban ocupados en una especie de banquete o reunión en donde el vino circulaba libremente. Clarita Carothers, la ingeniosa y atractiva esposa del Cónsul Americano, corría de arriba para abajo por la calle tratando de localizar a un doctor para su marido, George, que estaba muy enfermo con dolor de garganta. Ella se encontró a Billee en la calle y le dijo, "¿No es usted el Dr. Jamieson?" Cuando él asintió con la cabeza, ella le preguntó bruscamente, "¿Está usted bebiendo?" "No lo creo", contestó él y ella tomándolo del brazo se lo llevó a su casa para ver a su marido.

Billee curó la garganta enferma, que no era difteria como ella temía y esta consulta fue el inicio de un buen comienzo. Pronto hizo muchos amigos pues era una persona ingeniosa que se relacionaba fácilmente.

Clara Carothers era en cierto sentido el árbitro social entre el grupo más joven. Ella tenía una bonita piel blanca, cabello rizado rubio cenizo y en aquellos días, antes del rimel y el lápiz de ceja, pestañas y cejas muy pálidas. Ella acostumbraba a decir: "Tengo la cara como pastel crudo". "George era un hombre fornido que amaba la comida". Un mediodía, en el momento que iba a almorzar, Billee se lo encontró y lo invitó a venir a comer también. George declinó la invitación. La fiesta de la noche anterior había sido en grande y estaba demasiado crudo como para comer algo. "Bueno, de cualquier manera, venga a sentarse conmigo mientras yo como; cuando menos, tómese una taza de café." Billee insistió. Cuando

ellos se sentaron a la mesa en el restaurante, George dijo: "Bueno, quizá pueda comer un poco. No mucho. Mesero, tráigame dos docenas de ostiones en su concha." Billee y yo nos comprometimos cuando yo tenía diecinueve años. Papá pensó que yo era demasiado joven y supongo que mamá todavía esperaba que un joven alemán arrojado, llegara. De todas maneras, nos pidieron que esperáramos un año y así lo hicimos. Billee subiendo los ochenta y un escalones a la casa todas las noches. Billee era rubio, con ojos muy azules y una barba rubia. Sin embargo, durante nuestro noviazgo formal, hizo un viaje a San Antonio y regresó completamente afeitado. Fue una verdadera impresión para mí y me tomó cierto tiempo acostumbrarme.

El periodo social más prolongado del año comenzaba justo antes de la Navidad cuando se iniciaban las posadas. Entre las clases bajas, éste era un asunto religioso que se celebraba todas las noches durante nueve días y en ellas, una procesión personificaba a María y José pidiendo posada de casa en casa, siendo rechazados hasta casi el final. Para la clase alta, se había convertido en una serie de bailes, eventos muy elaborados en donde varias familias eran anfitrionas para la celebración de cada una. En la novena y última noche los solteros de la ciudad eran los anfitriones. Era un periodo muy extenuante, pero increíblemente divertido.

El año que me comprometí con Billee, mamá y papá estaban entre los organizadores de uno de los bailes en el teatro. Una pareja mexicana, un joven doctor y su esposa, también organizadores pidieron se les permitiera contribuir con los vinos. Esa noche, los cantineros estaban muy lentos en la instalación de la barra y varios de los invitados que habían llegado temprano estaban impacientes, especialmente un hombre que había estado fuera de la ciudad y que había llegado directamente a la fiesta sin haber

comido. El pidió coñac, y papá como buen anfitrión, hizo abrir la caja y bebió con él, aunque en realidad no le llamaba mucho la atención. Después de un sorbo o dos se volvió hacia el Tío Nep quien había vuelto a los negocios como comerciante de vinos, y le dijo: "Prueba esto. Creo que hay algo raro en él". Nep lo probó y dijo, "Diles que no sirvan más."

Para ese momento, el hombre que no había comido se estaba muriendo y otros muchos estaban enfermos. Las mujeres gritaban mientras buscaban a sus maridos o hermanos. Un hombre mexicano se paró sobre una silla y comenzó a gritar que los gringos intentaban matar a los mexicanos y dos hermanos se acercaron a la muy bien puesta mesa de servicio y empezaron a llenar de comida sus pañuelos o las servilletas. Papá se puso muy enfermo y mamá dijo, "Yo lo llevaré a casa, ustedes traten de encontrar al Dr. Neuman." No pudimos encontrarlo, así que Billee y yo nos fuimos a casa, pero entretanto un tren había entrado y tuvimos que arrastrarnos entre los carros, yo con mi peluca enlazada alrededor de mi brazo.

Todos los doctores en la ciudad estuvieron ocupados aquella noche y todos, excepto Billee diagnosticaron envenenamiento con morfina y mantuvieron a los pacientes caminando y bebiendo café negro. Billee dijo que era el acónito, le puso a papá una enorme inyección de algo y no le permitió levantar su cabeza de la almohada. Papá tampoco quería ya que cada vez que lo intentaba se desmayaba. Un laboratorio en la Ciudad de México confirmó el diagnóstico de Billee.

Se llegó a pensar que el joven doctor que había traído los vinos, había puesto el veneno en un intento por librarse de su suegro con quien tenía muy malas relaciones. Analizando el problema, ésta no era una suposición muy irrazonable ya que un doctor po-

día conseguir el acónito más fácilmente que muchas otras personas. El joven doctor fue enjuiciado y sentenciado a un año de cárcel, al igual que el portero que había llevado el coñac al lugar. Sin embargo, en realidad, parecía absurdo que un hombre con la inteligencia de un doctor -y él era un hombre muy brillante- se hubiera impuesto semejante camino y se hubiera arriesgado a envenenar a muchos otros; ya sea que las autoridades hayan reconocido este hecho o que hayan recibido alguna información adicional, fue perdonado antes de que transcurriera un año y se fue del país. La percepción retrospectiva sugiere que el intento de envenenamiento pudo haber sido parte del fermento que finalmente originó la Revolución, en un intento prematuro por librarse de muchas personas adineradas e importantes. Durante este periodo, nosotros nos habíamos cambiado de la vieja casa de la Calle de Viesca, en donde habíamos vivido durante tantos años, al Chalet Wulff. En reconocimiento a mi posición de mujer joven, se me dió un juego de muebles de recámara hechos de madera de maple manchada. Yo pensé que era la cosa más hermosa que jamás había visto. El toreo también había llegado a Torreón. Yo fui invitada, junto con muchas otras muchachas, a ser reina de una de las corridas de toros.

Nos vestimos con lo mejor que teníamos, con mantillas colocadas sobre nuestras cabezas y paseamos alrededor de la ciudad en bonitos carruajes que fueron prestados por familias mexicanas adineradas. Pero la corrida de toros era demasiado -me dieron náuseas-, tuve que salirme y nunca volví a ver otra.

Capítulo XIV - MATRIMONIO

☪ BILLEE Y YO nos casamos el 5 de abril de 1906, en San Antonio, en la casa de Tante Carrie y el tío Conrad. Fue una boda muy hermosa con la asistencia de todos los parientes que teníamos cerca y varias personas que vinieron ex -profeso de Torreón. Todavía guardo el menú de la cena que fue servida. Fuimos a la ciudad de México de luna de miel y después, regresamos a Torreón.

La ciudad había crecido tanto que hasta contaba con un moderno edificio de dos pisos de alto. Billee y yo nos mudamos a esta moderna construcción, sintiendo que estábamos en la vanguardia de la civilización, casi a la par de Nueva York o Chicago. En realidad y para ese tiempo, estaban a la cabeza, ya que los departamentos, incluso los de arriba, tenían patios -un precursor del jardín en un departamento en un último piso (penthouse)-.

Nosotros ocupábamos el departamento de arriba a la izquierda, y justo enfrente, vivía Herr Quack. Él estaba comprometido y su novia iba a venir de Alemania con mobiliario y utensilios suficientes para la casa, pero para poder conseguir este apartamento tan deseado, él había tenido que comprar los muebles del antiguo arrendatario. Abajo habitaban cuatro solteros que la iban librando con un cocinero chino que cuidaba de ellos. Y a su lado, estaban los Aery. Él era el encargado y ella acababa de regresar de los Estados Unidos, ambos entusiasmados con la nueva moda de curiosidades japonesas. Su departamento era un hacinamiento de tazas de té, de kimonos, obis,* etcétera; incluso tenían una gran

* *Cinto de seda negra que usan los japoneses con el kimono. (Nota del T.)*

sombrilla japonesa, abierta y colgada arriba de su cama.

Como algunas veces ocurre en el desierto, camino a casa empezó a llover a cántaros, y para el momento en que el coche llegó a nuestra puerta, el nivel del agua subió un pie por encima de la acera, y Billee tuvo que quitarse zapatos y calcetines, enrollar sus pantalones y cargarme hasta la puerta, regresar a pagar al cochero y recuperar sus zapatos y calcetines. Las luces eléctricas, como de costumbre, se apagaron con el estruendo del primer relámpago, y el vestíbulo quedó tan negro como boca de lobo. Me las arreglé para subir los escalones y cuando llegué arriba una voz sepulcral salió de la oscuridad: "Guten abend, Frau Doktor."*

Casi me infarto. Cuando miré alrededor, me di cuenta que era el pobre de Herr Quack, junto a nuestra puerta, cubierto con una manta. En apariencia, la lluvia se había trasminado por el techo de su departamento, dejándolo inundado con un pie de agua. Entonces el agua se trasminó e inundó la casa de los Aery quienes se vieron obligados a refugiarse en la cama con sólo la sombrilla japonesa como protección.

Por fortuna, nuestro lado del edificio no se vió afectado, así que nuestras cosas estaban bien, por lo que alojamos a Herr Quack durante la noche.

Sin embargo, el edificio tenía un tinaco de agua en la azotea, cuya bomba se suponía debía ser prendida, a diario para que se llenara el tanque, y después debía apagarse. A pesar de que había siete u ocho hombres viviendo en el lugar, yo siempre tuve que apagar la cosa para evitar el derrame de agua sobre nuestro patio, por lo que, cuando terminó nuestro año de renta, nos cambiamos. Esta vez conseguimos una casa nueva con su propio pozo, pero

*En alemán en el original: "Buenas noches Sra. Doctor". (N. del T.)

nunca obtuvimos agua de éste; teníamos que comprarla a los vendedores que venían a diario con dos latas de manteca grandes colgadas de un palo que cargaban sobre sus hombros. Cuando venció el contrato de la renta, encontramos una casa muy bonita frente a la plaza.

El teléfono estaba en el zaguán o vestíbulo de la entrada, y la mayoría de los sirvientes le tenían miedo. Yo no me cansaba de decirles que debía contestarse, pues era el teléfono de un doctor y podía significar la vida o la muerte para alguien, pero aun así se rehusaban a tocarlo. Una vez, al llegar a casa, encontramos a María la cocinera, pegada contra la pared del otro lado del zaguán, hablándole desesperadamente al teléfono que timbraba: "Pero ya le dije que no está aquí". La muerte, en lo abstracto, no impresionaba a los sirvientes, quizás, porque en todo momento veían demasiados casos concretos.

¿Además, quién podría asegurar lo qué ocurriría si uno tocaba la caja hablantina en la pared? Nosotros mandamos repintar el piso de la casa, y en lugar de pintar primero, una o dos habitaciones, pintaron toda la casa. Mientras se secaba la pintura, durante cuatro o cinco días, se pusieron tablas para que pudiéramos pasar. Una noche que Billee estaba fuera, sonó el teléfono y empecé a caminar sobre las tablas para contestar. A la mitad del camino se fue la luz y allí estaba yo, atorada, en un tablón de apenas seis pulgadas, rodeada de un mar de pintura. Yo no recuerdo si la luz volvió, pero aún evoco la sensación de impotencia absoluta que me invadía.

Me agradaba estar casada, depender de mí y confirmé, al igual que lo hizo mamá, que cualquier comida de visitas la tenía que hacer personalmente. Por otra parte, era una vida fácil y muy agradable.

Durante el día bordaba o cosía, y las mujeres jugaban bridge, el bridge original. Nosotros preguntamos con toda educación: "¿Compañera, puedo jugar?" y la compañera contestaba dulcemente: "Adelante, por favor."

Teníamos un club de bridge y nos reuníamos una vez a la semana en la casa de alguien, previa comida (si se pudiera llamar comida, ya que la comida fuerte se hacía al medio día y las damas servían conforme a esto). Un día, al llegar a casa de Clarita Carothers, nos dimos cuenta de que se le había olvidado por completo que le tocaba recibirnos. Sin embargo, no le preocupó. Ella sonrió y dijo: "Adelante. Nosotros podemos jugar mientras Juana hace la comida."

Todas estuvimos de acuerdo y entramos a la casa, excepto la señora K, quién era fornida y muy alemana. Clarita repitió: "De verdad, todo está bien, Juana tendrá la comida lista en unos minutos"

La señora K., movió su cabeza: "Pero es que usted no limpió la casa."

Aunque ya se conseguían más artículos en las tiendas, los vendedores ambulantes (a los que llamábamos pregoneros), todavía encontraban en Torreón un campo fecundo. Un hombre tomaba órdenes para camisas hechas a la medida, y todos los hombres de dinero de la ciudad ordenaban alguna. En una ocasión, un hombre pasó vendiendo rollos de lino que todas las mujeres nos apresuramos a comprar, debido a que la mayoría de nuestra ropa era hecha en casa y había escasez de buena tela. Yo compré un rollo, y los primeros dos metros me regocijaron por su alta calidad; de repente, se convirtió en la clase más corriente de algodón pegada, justo, al terminar la tela fina.

La consulta de Billee se había incrementado y ahora su español le permitía tratar con la mayoría de sus pacientes, pero se dio

cuenta de que, a menudo, los más ignorantes, o no tenían ninguna idea de lo que el doctor intentaba hacer o no les importaba. En una ocasión, le prescribió cierta medicina a un niño enfermo: una cucharadita tres veces al día. Al siguiente día, lo volvieron a llamar desesperados: el niño estaba peor. Él comenzó a sondear, intentando encontrar la razón por la que la salud del niño había empeorado. Finalmente, preguntó: "¿Le dio la medicina?"

"Ah, sí, doctor, tal como nos dijo, tres cucharaditas, cuatro veces al día."

También existían otros problemas con personas de otras nacionalidades.

Cierta pareja alemana que vivía cerca, ambos personas sumamente ignorantes, (alguien comentó, sin compasión, que era como si uno al otro se hubieran sacado de circulación). Ella había tenido tres hijos con la ayuda de una comadrona, pero durante el cuarto embarazo algo salió mal y la partera mandó por Billee. Él estuvo al lado de la mujer durante casi dos días completos, descuidando a sus otros pacientes, con tal de sacarla adelante. Su marido había estado fuera, en viaje de negocios durante el parto, pero cuando regresó, en lugar de agradecer a Billee por haber salvado la vida de su esposa, se lo cruzó en la calle y... ¡lo ignoró!

Billee se acercó a él: "¿Oiga, porqué se niega a hablarme? ¿No sabe que salvé la vida de su esposa?" El hombre dijo brusca- mente: "Yo no tengo ninguna esposa. Ella es su esposa."

"¡Mi esposa!, ¿qué diablos está usted diciendo?"

"Usted la cuidó. Ella ya no es más mi esposa, es su esposa" repetía el alemán obstinadamente.

Billee quien tenía un excelente sentido del humor, con sus ojos parpadeando le preguntó: "¿No ha visto usted a mi esposa?"

"Sí, he visto, a Frau Jamieson. Ella es una señora muy bonita."

- "¿Bueno, y entonces?" - Billee reclamó-, "¿qué diablos piensa usted que yo querría con su esposa?"

Aunque la ciudad había crecido, nosotros normalmente caminábamos a dondequiera que íbamos, porque todos vivíamos cerca. A menudo hacíamos visitas, para ver a alguien que acababa de llegar de los Estados Unidos o del extranjero; para conocer a los nuevos visitantes o para devolver las visitas que se nos habían hecho. En ocasiones, sólo cuando íbamos a visitar a alguien que vivía lejos, tomábamos un coche.

Es algo gracioso, pero yo no recuerdo haber visto un coche nuevo. Éstos siempre estaban igual de maltratados, los caballos en el mismo estado de agotamiento y medio hambreados. ¿Porqué los coches no se caían en pedazos o los caballos se morían?... Alguien me contó haber visto a dos monjas en un coche por alguna parte. El piso de la "cosa" se vino abajo y las monjas se cayeron, pero, por fortuna, paradas.

Ellas tuvieron que correr para mantenerse en pie, pero el cochero, -por el rechinar del carruaje y el golpe de los cascos de los caballos- no pudo escuchar sus gritos. Él pensó que ellas querían que fuera más rápido.

Al principio, yo sólo tenía una sirvienta, una diminuta criatura llamada Luz que tenía dos hijos: una muchacha de trece y un bebé. La niña venía y ayudaba a su mamá, lo hacía para aprender a atender la mesa con mucha propiedad. Luz se encariñó con nosotros y, un día, me comunicó que deseaba darnos a uno de sus hijos como regalo. Yo podría haber tomado a la joven, pero cuando me ofreció a la bebé la tuve que rechazar. Yo estaba embarazada.

En esos días, el embarazo significaba que uno debía confinarse en su casa, desde el momento en que se empezara a notar, aunque fuera un poquito. No había ropa de maternidad, sólo se le soltaba a

la ropa vieja, pero yo guardaba un abrigo de tres cuartos de ancho, de cierta tela de seda, que utilicé. Mi vida social se limitó a mi familia, pero había suficientes miembros, ya que los parientes de San Antonio continuaban yendo y viniendo y además, algunos de los familiares de Billee también vinieron de visita. En la actualidad, las cosas, sin duda, han mejorado para las mujeres embarazadas: mejores cuidados y más libertad, pero ahora cuando veo a una mujer con siete u ocho meses de embarazo en pantaloncillos cortos, me pregunto si no sería bueno que las reglas volvieran a ser de nuevo, más estrictas.

En México, los bebés tenían que ser registrados cuando tenían once días de nacidos. Para la tarde del onceavo día, nosotros aún no decidíamos el nombre. Billee llegó apresurado, y cuando supo que mamá y yo, todavía no llegábamos a ningún acuerdo, escribió nombres en pedazos de papel, (nosotros ya teníamos ocho en ese momento), los puso en un sombrero y pidió a mamá que sacara uno. Justo cuando él salió, me di cuenta de cómo quería llamarla, pero ya era demasiado tarde. Fue llamada Evelyn.

Ella era una bebé saludable excepto por el cólico. Yo la amamanté -como todas lo hacían en aquellos días- y parecía que yo tenía mucha leche, pero ella lloró durante seis meses. Al final, Billee sugirió que la llevara a un doctor en San Antonio, y yo realmente estaba deseosa de hacerlo, porque había perdido veinte libras y me hallaba completamente exhausta, después de desvelarme todas las noches (los sirvientes dormían fuera). En aquella época, no se pesaba con frecuencia a los bebés, si no hubiéramos descubierto más pronto que ella sólo tenía hambre. Mi leche, era evidente, carecía de nutrientes. A partir del momento en que le dimos biberón, como el doctor había sugerido, dejó de llorar y comenzó a desarrollarse. ¡Ella tenía sus mejillas tan coloradas que una mujer

desconocida se me acercó en el parque en San Antonio, y me regañó por pintarle la cara a un bebé!

Nosotros vivíamos una vida fácil y placentera, pero la tragedia siempre estaba cerca. Algunas veces era puramente financiera y perdíamos un amigo o conocido, pero cada vez era peor. En una ocasión, yo bailé con un mexicano joven y atractivo en un baile, al día siguiente amaneció con viruela, y un día después estaba muerto.

Algunas veces nos las arreglábamos para ahuyentarla. Una noche, la señora Bonnett vino corriendo a nuestra casa, en camisón de dormir (el teléfono como siempre, estaba descompuesto), para llevarse a Billee, pues su bebé tenía difteria y se estaba muriendo de asfixia. Él corrió, en pijama, y ya que no llevaba sus instrumentos, tomó una pluma de gallina, la resbaló hacia adentro por la garganta del niño y le salvó la vida.

Él me platicó sobre un doctor que había sido uno de los graduados con honores de su generación en McGill. El hombre había venido a México, había agarrado la botella y terminó -arruinado- en alguna parte.

Continuó bebiendo. Habitaba un miserable jacal, pero cuidaba muy bien a las personas paupérrimas que vivían a su alrededor. Debido a que nunca antes habían recibido ninguna atención, ellos lo idolatraban. Una vez, cuando fue encarcelado por su embriaguez, sus pacientes recabaron los pocos centavos que tenían, (ganados con tanta dificultad) y pagaron su multa. Él murió mientras recibía a un bebé. "Una hora muy temprana, doctor Schweitzer, excepto para el licor".

Chapter XV - LA REVOLUCION

☞ PORFIRIO DÍAZ había sido uno de los héroes de la lucha contra Maximiliano, un devoto seguidor de Juárez. El fue elegido presidente en 1877, y uno de los principios de su plataforma electoral era la "No Reección", pero la Constitución había sido modificada en dos ocasiones para permitirle continuar con el cargo y de hecho fue presidente hasta 1911. Él fue un presidente hábil que hizo mucho por México, elevando su prestigio entre las naciones, al establecer el orden y dar la bienvenida a los extranjeros y al capital extranjero.

Su solución al eterno problema del bandidaje fue ingeniosa y eficaz. Se decía que llamó a todos los bandoleros de altos vuelos, les dió uniformes y autoridad, e hizo con ellos una especie de fuerza policíaca nacional; se les conocía como los rurales* y eran eficientes y despiadados. Un viejo minero que pasó años en México me contó la siguiente historia, que se suponía ilustraba sus métodos. Varios rurales seguían la huella de unos bandoleros que habían huído a las montañas de Sonora, que es territorio yaqui. El capitán de los rurales acudió con uno de los yaquis, famoso como el mejor rastreador en el área, y le pagó por buscar a los bandidos. Pero encontraron a los hombres instalados en una cabaña de adobe sólido cuya entrada daba a un arroyo. Era evidente que no podrían ser tomados por asalto sin un considerable derramamiento de sangre. Se pidió al yaqui que fuera a hablar con

* También se le conocía como *La Acordada*. (Nota del T.)

los bandoleros para persuadirlos de que se rindieran. Él tuvo éxito y volvió con los hombres, mientras decía: "Les prometí que si dejaban sus armas, se les haría un juicio justo."

"Ciertamente", dijo el capitán y se volvió hacia los bandidos: "En este momento, ustedes han sido enjuiciados, declarados culpables y sentenciados a ser fusilados". Y fueron fusilados en el mismo lugar.

Los rurales operaban en la mayor parte del país. Casi todos los pueblos tenían su propio gobierno municipal y un cuartel de soldados que funcionaban como policías. El gobierno municipal pagaba para que la mayor atención se enfocara a las necesidades y los problemas de los ricos y los extranjeros, al igual que lo hacía el gobierno nacional. A principios de 1900, el gobierno de Díaz se había vuelto muy corrupto.

Las tierras comunales de los indios les habían sido arrebatadas y el 96.6% de la tierra estaban en manos de menos de mil familias. Por ejemplo, la familia Terrazas poseía la mayor parte de Chihuahua, el estado más grande de México. Todas estas personas adineradas eran educadas, finas y de manera estrictamente personal, generosas, pero parecía que no tenían idea de que tan pobre era el resto de la población.

En 1908, Díaz señaló que no pondría objeción alguna a la oposición en las elecciones y Francisco Madero inició una campaña política en la que condenaba la sucesión presidencial y demandaba el sufragio efectivo. Él fue nominado por los anti-reeleccionistas, pero en junio de 1910, fue arrestado por sedición. Escapó a Texas y emitió una propuesta que, además de las reformas políticas, incluía una demanda de reformas agrarias. Esta plataforma captó la atención de las masas de oprimidos quienes, rápidamente le brindaron su apoyo. Díaz intentó sofocar sin éxito la revolución

resultante y finalmente renunció en mayo de 1911 y salió de México.

¿Qué tan bien entendían las masas los planteamientos de Madero? es un punto discutible. Ciertamente, prometía un cambio y para la mayoría de ellos que ya se encontraba en la parte más baja de la base económica, la única manera de sobrevivir era inconformarse. Muchos de ellos no comprendían mucho sobre el tema. Un hombre, al que Billee había cuestionado sobre el motivo de su lucha dijo que él pensaba que por un tal Don Luis (probablemente se refería al Plan de San Luis Potosí de Madero). Otro fue más cínico: "Veamos lo que hay allí para mí". Sospecho que sobre todo, prometía agitación, cambio, algo más interesante que la lucha diaria para conseguir lo suficiente para comer. Recibir un arma y municiones, viajar, recibir una paga (a veces), sacar sus frustraciones disparando y saqueando, ser alguien cuando se ha sido algo menos que nadie, tenía suficiente atractivo, además de las reformas agrarias.

Claro está que todo este asunto había estado en ebullición durante algún tiempo, pero yo le había puesto poca atención. Las mujeres no intervenían en aquellos días, y yo era una esposa joven totalmente enrolada con mis bebés y una vida muy confortable. Además, era imposible pensar que las cosas podrían cambiar mucho, aún cuando Francisco Madero fuera presidente. Yo lo conocí, él era el hijo* de don Evaristo, el viejo amigo de papá, y los Madero no sólo se ubicaban entre esas 1,000 familias ricas, sino que también estaban relacionados con el resto de ellas.

Los extranjeros estaban casi por completo, del lado de Díaz.

**Evaristo Madero era en realidad el abuelo de Francisco I. Madero.*

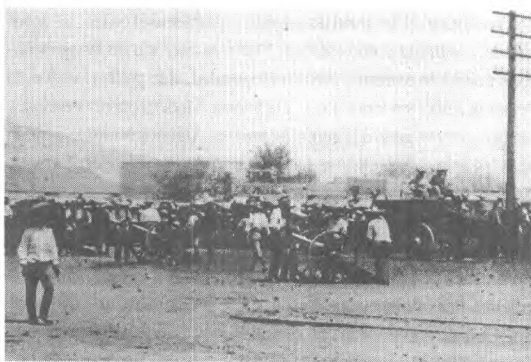
(Nota del T.)

Para empezar, él les abrió las puertas y estableció el orden; las cosas debían continuar como estaban. Claro, la mayoría de las personas eran pobres en extremo, pero con seguridad, algo podría hacerse en relación a ello, sin tener que ir a la guerra. Madero era un idealista y un paladín y se ganó a la gente del pueblo. Algunos hombres sentían que las tropas federales se harían cargo de los rebeldes; otros no estaban tan seguros -el populacho era muy numeroso.

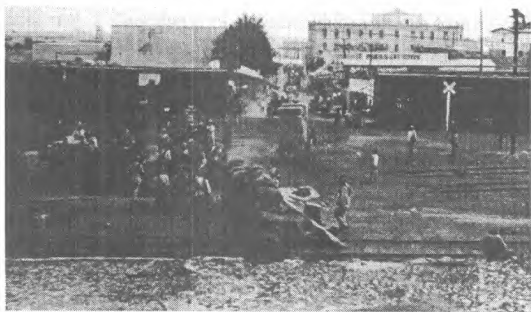
El primer año de la Revolución permanecimos en Torreón; nos cambiamos, primero a la casa grande con mamá y papá y después, a una casa pequeña que papá tenía al pie de la colina junto a su oficina. Fue entonces que Barrie, mi segunda bebé, se puso muy enferma de colitis. Ella era sietemesina y nunca había sido muy fuerte; y llevaba muchos días en coma, cuando un grupo de doctores americanos, por alguna razón pasaban por Torreón; Billee los persuadió para que fueran a verla y le recetaron un cambio en su tratamiento. Pese a eso, ella murió. Seis semanas más tarde, Evelyn tuvo pulmonía doble. Hoy en día la pulmonía es más fácil de curar que un resfriado común, pero en aquel entonces, todo lo que teníamos para curarla eran unas compresas de agua fría que poníamos alrededor de su pecho y que cubríamos con pedazos de franela. Afortunadamente ella salió adelante.

Todo esto ensombreció mi visión sobre la Revolución, aunque papá y Billee estaban muy preocupados, ya que la lucha aumentaba y parecía inevitable que Torreón, punto clave de las líneas ferrocarrileras -se vería involucrada tarde o temprano-. Otros extranjeros se alarmaron y empezó un constante flujo de personas hacia los Estados Unidos y a otras partes. La Continental Rubber Co.*, evacuó a todos sus empleados. El pueblo estaba lleno de

**Compañía que procesaba el guayule. (Nota del T.)*



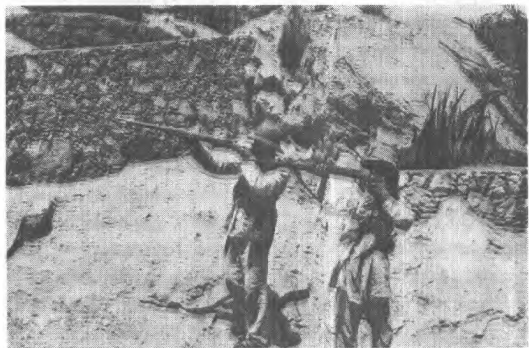
Tropas federales probando cañones de fabricación nacional en las calles de Torreón.



Barricadas de sacos de arena en la Calle Viesca, durante la ocupación de Torreón por las tropas federales, al comienzo de la Revolución en 1910.



Tropas federales en la entrada del Chalet Wulff durante el levantamiento de 1910. La oficina de Papá puede verse a la derecha.



Soldados posando en el Jardín del Chalet Wulff.

soldados que usaban camisas blancas, pantalones, cascos y naturalmente, cartucheras. Los oficiales se veían resplandecientes en sus uniformes. Éstas eran las tropas federales, no creo haber visto a ningún rebelde en ese momento.

Aparecieron los *puestos* al pie de nuestra colina para atender a los soldados; un peluquero instaló su silla en la acera frente a la oficina de papá y uno caminaba con dificultad a través de una capa de cabellos cortados para poder pasar. Papá, sin embargo, no se atrevió a decir nada porque los vientos del cambio habían llegado a Torreón, originados por la guerra o no, y los peones eran mucho menos sumisos de lo que habían sido.

Al inicio de la primavera de 1911, Billee nos trajo a la bebé y a mí a San Antonio, en dónde me instalé en el hotel Hutchins, pero él se regresó en el siguiente tren, porque ahora era médico de la Cruz Roja. A partir de ese momento, y durante varios meses, intenté sobreponerme a mi soledad, mi dolor y ansiedad, apoyada en los parientes de San Antonio que eran muy amables y atentos, y en las cartas de México que recibía ocasionalmente .

Las tropas federales habían llegado a Torreón para reforzar a las que ya se encontraban allí y cuando pareció, por la captura de Gómez Palacio y Lerdo, que un ataque a Torreón era inminente, se instalaron barricadas en las calles y se llevaron a cabo los preparativos para la batalla. Desde las ventanas del Chalet Wulff se podía ver, con el uso de prismáticos, una gran horda simplemente esperando. Éstos eran paisanos, no soldados, que habían venido, desde tan lejos como Zacatecas a saquear Torreón cuando fuera tomada. Mamá los vio mientras empacaba para salir. Ella tomó el último tren que salió de la ciudad y transcurrió casi un mes, antes de que papá tuviera noticias de que ella había llegado sin novedad a San Antonio.

Una carta de Billee escrita a su padre que vivía en Ottawa, y publicada en un periódico canadiense, dio una buena narración acerca de sus esfuerzos para volver a Torreón, y sobre la batalla que ahí se llevó a cabo. Está fechada el 24 de mayo de 1911.

Querido Papá:

Bueno, acabo de pasar por mi primera vivencia de la actual guerra, y no puedo decir que estoy a su favor. Durante y después de esta fecha, cuando quiera más combate, buscaré los simulacros de la policía militar. Cualquier tendencia de sed de sangre que descienda o se origine en atavismos ha quedado totalmente aniquilada en mí.

El 21 de abril llevé a Dalla y a la pequeña a San Antonio. Nos detuvieron aproximadamente a 100 kilómetros de Torreón, pero se nos permitió pasar, ya que algunos ochenta miembros de la familia Madero, es decir, sirvientes y niños iban en el tren rumbo a Monterrey.

Después de partir, los rebeldes quemaron el puente y la estación. Llegamos a Eagle Pass muy tarde para alcanzar la conexión a San Antonio y tuvimos que permanecer en ese pequeño agujero durante 24 horas. Llegamos a San Antonio el domingo por la noche y me regresé hacia acá el martes por la mañana. Al llegar a Spofford, el conductor me dijo que no había tren para Torreón por lo que tuve que caminar de regreso a San Antonio.

Después de esperar allí durante ocho días, me encaminé hacia el sur rumbo a Laredo. Luego de salir de Saltillo, nos detuvieron y tomaron 350 pesos del vagón express, pero los pasajeros no fueron molestados.

De hecho muchos de nosotros no supimos nada acerca de los rebeldes hasta la mañana siguiente, cuando despertamos a unos 75 kilómetros del lugar, donde permanecemos durante diez horas

a causa de un puente quemado. Los rebeldes destruyeron las líneas telegráficas, así que tuvimos que dirigirnos hacia San Luis Potosí, donde encontramos que el tren con destino hacia el norte estaba en espera. Ellos habían despojado al ingeniero y al conductor de sus relojes. El peón dijo que le habían puesto un arma en la barriga y le habían quitado un dólar.

Además, esperaban a nuestro tren para darnos el mismo trato.

En cuanto las noticias llegaron a los pasajeros, la gran mayoría decidió que regresáramos a San Luis. El conductor del tren era un inglés y hablaba muy poco español, y como yo era el único a bordo que podía hablar ambos idiomas me pidieron que le solicitara al conductor, volver. El telégrafo, o más bien las líneas telefónicas estaban abiertas para San Luis, el operador logró comunicación a ese lugar e hizo enviar un telegrama de Querétaro a Aguascalientes, pidiendo órdenes que, al fin, llegaron y regresamos a San Luis a las 8:15 p.m.

A la mañana siguiente, salimos de nuevo y llegamos a Aguas sin ningún incidente. Esperamos ocho horas y tomamos el tren con dirección hacia el norte. Llegamos a Torreón al día siguiente al mediodía.

Me llevó 125 horas hacer un viaje que normalmente se hace en veintitrés.

Aquéllos que salían en el tren, rumbo a Laredo, al día siguiente que nosotros, no pudieron llegar a su casa sino hasta una semana después.

Cuando llegué todo era agitación. Los rebeldes habían tomado Gómez Palacio, a cinco kilómetros y se estaban preparando para atacar Torreón.

El jueves 11 por la mañana, salió de Torreón el último tren con unos veinticinco extranjeros a bordo principalmente mujeres,

incluyendo a la señora Wulff. Hasta esta mañana no teníamos noticias si habían llegado a San Antonio o no. A las 2 p.m. del mismo día, un tren privado lleno de mexicanos adinerados y sus familias salieron hacia el sur, pero fueron regresados en la primera estación. Esa tarde hubo un breve tiroteo que duró aproximadamente una hora. El sábado por la mañana, a las 10 a.m. la trifulca comenzó en serio. El fuego se inició al este de la ciudad, en los alrededores de la Continental Rubber Co., la fundidora, la Alameda y las hortalizas.

Posteriormente cobró vida, con los rebeldes a todo lo largo del lecho del río. El sonar de los mosquetes se entremezclaba con el golpeteo de las ametralladoras y los gritos que emanaban de los bandos participantes.

Por todos lados se escuchaba: ¡Viva Madero! y ¡Viva Porfirio Díaz! El fuego era casi permanente. Las balas silbaban, de arriba abajo, por las calles. Fue en el hospital de emergencias en el centro de la ciudad (la farmacia de Garza Aldape) a donde los heridos comenzaron a llegar. El primer hombre era un pelado (mexicano de clase baja) quien, mientras cruzaba la avenida Morelos, recibió dos tiros que le rompieron la tibia de la pierna derecha, en cuatro partes. El siguiente, fue un curioso que sacó su cabeza por la esquina de la calle para asomarse a ver qué estaba ocurriendo; lo averiguó, pero la información no le hizo ningún bien, ya que una bala de máuser le atravesó el cerebro. Trabajamos todo el día, y durante la noche tuvimos que detenernos, pues los rebeldes tomaron la planta de energía eléctrica, a la orilla de la ciudad, y cortaron la corriente.

No nos atrevimos a intervenir, ya que los federales estaban disparando contra cualquier sombra; disparaban constantemente contra la Cruz Roja, aunque habían prometido respetarla. Los

doctores Gerkins, Lim, Garza Aldape y yo, además de los camilleros y el joven Carlos González, quienes eran voluntarios para trabajar en la Cruz Roja, nos sentamos toda la noche en la farmacia. Los mosquitos, el calor y los lamentos de los heridos a quienes no pudimos enviar al hospital volvió la noche una angustia para todos. Temprano, a la mañana siguiente, salí a buscar algo para desayunar. El fuego había cesado aproximadamente a las 3 de la mañana, pero no había recorrido siquiera una cuadra cuando el sonar de dos balas de máuser que pasaron cerca de mí, me hicieron reconsiderar mi decisión de romper mi ayuno, y volví muy pronto al hospital para reflexionar con calma, y meditar en la terrible manera como la guerra interfiere en la digestión de un hombre, o, más bien en conseguir algo para comer. La reflexión concienzuda es un triste sustituto del jamón, huevos y café. A las 6 a.m., Garza Aldape, Gerkins, Carlitos González y yo iniciamos nuevamente nuestra búsqueda de un refrigerio, y también para poner a Carlitos bajo la protección del consulado de los Estados Unidos ya que su padre y él habían sido una parte muy importante en contra de las fuerzas rebeldes en La Laguna. Garza Aldape iba a casa, debido a que no había visto a su familia durante 24 horas, y estaba muy nervioso. Él vive cerca de la Alameda, lugar en donde se ubicaba el mismo centro del fuego. Él nos dejó a Gerkins y a mí en la esquina de Rodríguez y Morelos, y lo miré dar vuelta en la calle de Acuña. De repente, dio vuelta y regresó huyendo, al grito de: "Muchas balas". La batalla se había iniciado de nuevo.

De algún modo llegó a casa, pero no pudo regresar de nuevo. Trabajé hasta las 11 a.m. del domingo, entonces me fui a acostar hasta las 5 p.m. Toda la noche del sábado pudimos oír a los rebeldes gritando: "¡Viva Madero!" y "¡Muera Porfirio Díaz!".

Cada vez que ellos gritaban, la ametralladora escupía su ráfaga en dirección de los gritos. Cerca de la medianoche, los truenos de una tormenta hicieron que los sonidos fueran más notorios, parecía como si el fuego estuviera en la calle siguiente.

El domingo por la noche, me retiré hacia las 12, y alrededor de las 2 a.m. escuché la retirada de los federales, mientras evacuaban la ciudad; su parque se había agotado, ya sea por accidente o por defecto, ya que la última remesa de cartuchos resultó inservible, pues, los cartuchos tenían balas de madera en lugar de plomo. El general Lojero, en ese mismo momento y lugar, cometió el error de su vida. En lugar de entregar la ciudad, decidió evacuar, dejándola a merced del populacho. Los federales cesaron el fuego a eso de las 4 a.m., habiéndolo mantenido los rurales y algunos voluntarios mientras las tropas evacuaban. A las 5:30 a.m. los rebeldes enviaron una avanzada que reportó no haber más soldados en la ciudad. Pronto escuchamos los gritos del pueblo y de los rebeldes cuando éstos entraron.

El populacho entró al edificio del banco Chino y en el tercer piso, encontraron a unos chinos recién llegados a quienes tiraron por las ventanas hacia la calle y sus amigos que se encontraban abajo los remataron.

Niños pequeños gritando "No me maten", fueron puestos contra la pared y fusilados. Las mujeres chinas corrieron la misma suerte. Los soldados de caballería arrastraron a los chinos del cabello, desde las afueras de la ciudad hasta la plaza, para ejecutarlos. Algunos se refugiaron en el Casino, el elegante club de la ciudad de 250,000 pesos.

La chusma entró y, después de matarlos, saqueó el lugar dejándolo en la ruina. Yo vi a un fulano con una pesada y fina cortina de seda como manta bajo la silla de montar.

La matanza de chinos y el saqueo de edificios continuó por tres horas, hasta que la llegada de Castro y de Emilio Madero, hermano de Francisco, puso fin al despliegue de salvajismo más atroz que se haya escuchado o visto en un país, supuestamente civilizado. Mientras tanto, los rebeldes habían quemado la presidencia, la cárcel, la tienda de Henry Wulff (tío de Dalla) y la casa de Alfonso Campbell, en la puerta contigua, después de haberlas saqueado.*

Todas las casas de empeño fueron saqueadas, así como la lavandería china de vapor y las tiendas que tenían los árabes. Algunas tiendas españolas también sufrieron saqueos, principalmente la de los hermanos Victorero, quienes perdieron todo. Las ventanas de vidrio plateado de la Suiza y el contiguo edificio Harzer fueron hechas pedazos a tiros. La casa de Carlos González fue totalmente saqueada y las elegantes alcobas y los salones fueron usados como establos para las tropas rebeldes de caballería. La tarde del lunes, tres o cuatro hombres irrumpieron en la casa del señor Wulff y exigieron armas.

Yo había cambiado mis muebles a la casa pequeña, junto a la del señor Wulff, y ellos quisieron saber quién vivía allí. Les contestaron: -"un doctor de la Cruz Roja"- . Después de discutir por unos minutos, uno de ellos se volvió y preguntó: "¿Dónde anda ese doctor rojillo?".

Se les explicó, con alguna dificultad, que yo llevaba una Cruz Roja en mi brazo y era el médico a cargo del hospital. Parece que con eso quedaron satisfechos y se fueron. Esa tarde, en cuatro ocasiones, varios grupos vinieron a buscar armas, pero no nos causaron ninguna molestia. El último grupo preguntó quién vivía

**Probablemente el Gral. J. Agustín Castro. (Nota del T.)*

allí y una sirvienta les dijo: "Don Federico Wulff." De inmediato se mostró más respetuoso y comentó: "Él es gran amigo de los Madero, ¿no es así?" "Sí", dijo la cocinera y se fue. El señor Wulff fue un gran amigo del viejo don Evaristo Madero, y Dalla -cuando tenía 15 años- hizo un viaje por California con él y sus dos hijas.

Después empezó el entierro de los muertos. Ellos eran cargados en carretas y llevados al cementerio en dónde los mexicanos eran enterrados dentro de las trincheras, y los chinos afuera. Yo estuve en el cementerio, unos días después, asistiendo al funeral de James McCarty, superintendente de ferrocarriles en Torreón que fue encontrado muerto en su cama. En una de las trincheras había, probablemente, veinticinco ataúdes baratos que fueron dejados al descubierto. Un muchacho fue tirado allí sin un ataúd, la mitad de su cuerpo colgaba en un lado de la tumba.

Entonces llegaron las noticias sobre la paz. Todos estábamos llenos de júbilo, las campanas de la iglesia resonaron durante una hora; las pistolas y las armas se dejaron de usar. Pero yo no considero que la tropa de los rebeldes estuviera nada contenta, ya que serían desarmados y enviados a trabajar. Estos hombres habían estado percibiendo un peso por cada día de lucha, tenían un buen caballo y un rifle, y les iba a doler mucho dejarlo todo. La primera cosa que se hizo fue enviar una fuerza de 250 hombres a los ranchos a proteger los obreros y a los hacendados, mientras se recogía la cosecha.

Esto era muy necesario debido al saqueo por parte de pequeñas bandas. El otro día, en El Porvenir mientras una fuerza de rebeldes pasaba a 10 yardas de distancia, unos 8 ó 10 hombres robaban la tienda. El propietario se encontraba allí con una arma apuntándole, contra su estómago y puedo apostarte hasta el último frijol que él no estaba muy platicador.

El jueves o el viernes pasado, el populacho realizó un "baile" en la lavandería china en donde, el lunes anterior, habían matado a todos los residentes.

El primer tren procedente de los Estados Unidos llegó ayer por la mañana y enseguida, arribó uno de la Ciudad de México con el correo detenido durante dos semanas.

Bien, estimo que por ahora, esto es más que suficiente. Durante este "entretenido" episodio, casi pierdo la noción del tiempo. Cariños a todos.

Will.

Billee se las arregló para no relatar en su carta uno de los episodios más interesantes. Frente a la casa del sastre, el señor Lindquist, quien también era el cónsul sueco, había un restaurante chino donde unos catorce a dieciséis chinos eran empleados. Cuando se supo sobre la matanza de los chinos, la señora Lindquist se llevó a los empleados del restaurante a su casa y los escondió. Frente a su puerta, ella colocó una bonita y joven sirvienta mexicana, algo de cerveza y dulces de varios tipos. Media docena de veces, en el lapso de tres horas que duró la matanza, los rebeldes vinieron por los chinos. Cada vez, la señora Lindquist se rehusó a entregarlos insistiendo en que esperaran a que llegara el "comandante". Después de que la matanza terminó, los chinos sobrevivientes fueron llevados al cuartel, por cuestiones de seguridad, y Billee muy a su pesar, se encontró conduciéndolos a través de la ciudad. Fue un recorrido muy tenso, porque los ánimos todavía estaban caldeados, y una mirada cruzada o algo igualmente trivial podía volver a empezar las cosas. La señora Lindquist fue condecorada posteriormente por el gobierno chino.

Unos doce o quince años más tarde, Billee se encontraba en

Chicago de negocios, cuando escuchó que alguien lo llamaba por su nombre. Era uno de aquellos chinos, quien llevó a Billee al elegante restaurante del cual era propietario, lo agasajó y le dió de cenar con gran entusiasmo.

El primer grupo de rebeldes que vino a registrar la casa grande exigió todas las armas que tenía papá, y él las entregó todas, excepto una pistola que había tirado por el tobogán de la basura (este tobogán corría de la parte superior de la casa hasta el sótano, con una entrada en cada piso, y estaba saturado de papeles y basura, ya que durante algún tiempo, no había habido ningún mozo para vaciarlo). Un soldado puso una arma apuntando el costado de papá y, mostrándole la pistola que había encontrado, dijo: "No se atreva a decirle a los otros que yo tengo ésta". Los otros siguieron insistiendo que tenía que haber otra pistola, pero con el arma apuntándole, papá sólo podía reiterar que ellos ya las tenían todas. Finalmente, Atilana, la cocinera, habló: "Si el señor Wulff dice que ustedes las tienen todas, ustedes deben tenerlas, porque él es un hombre honorable y dice la verdad. Así que si a ustedes les está faltando un arma, uno de ustedes debe tenerla". Entonces el culpable se derrumbó, sacó el arma y todos se fueron. Pero ellos ya habían pasado por la oficina de papá y por el almacén y le habían hecho abrir todas las cajas de instrumentos y herramientas. Otro grupo se llevó el caballo de Fidi, uno muy fino, y al encontrar la silla de montar del caballo de Bub que habíamos comprado recientemente, continuaron insistiendo que debía haber un caballo que tenía que ir con la silla.

Durante el saqueo, Billee encontró un peón que llevaba puesto un sombrero de seda y que cargaba un cómodo al que iba golpeando con un palo. Él le preguntó qué era lo que llevaba, pero él no lo supo, y cuando Billee le explicó, lo tiró con indignación.

Cuando Emilio Madero llegó a Torreón y detuvo la matanza de los chinos, él también ordenó que cesara el saqueo, "so pena de muerte," por lo que la gente empezó a devolver las cosas que se había robado. Un pozo de irrigación seco estaba lleno de máquinas de escribir y otras cosas que habían tomado.

A la mitad del verano, Billee vendió lo que le quedaba de su consultorio a su primo, el doctor Harmon Cole, y se vino a los Estados Unidos. Nosotros nos fuimos de San Antonio a Chicago, dónde él tomó un curso de actualización en alguna rama de la medicina y venimos a El Paso, dónde nos establecimos y en donde hemos vivido desde entonces. Pero México todavía estaba en nosotros, no sólo porque El Paso está justo al cruzar el río hacia Ciudad Juárez, sino también porque mamá y papá se quedaron en Torreón y venían a El Paso cuando las cosas se ponían demasiado difíciles y se regresaban posteriormente. Papá era propietario de casi cuatro cuerdas en medio de la ciudad; la casa, la oficina y varias otras propiedades que tenía que vigilar y de las que, eventualmente dispuso, y sus hermanos, también tenían propiedades allí. Además, había sido su hogar durante veinticinco años.

Capítulo XVI

EL TREN DE REFUGIADOS

FRANCISCO MADERO SE convirtió en presidente, él no era ni un hombre fuerte, ni un político práctico. Uno de los desastres de su régimen fue la tan prometida reforma agraria, la cual encolerizó y le hizo perder a muchos de sus seguidores. Huerta, quien había estado en Torreón a principios de la Revolución, lo sucedió. Madero fue asesinado tres años después*, mientras se encontraba bajo "custodia protectora." Algunos de los generales y oficiales de menor rango, renuentes a dejar el poder continuaron la guerra; mientras otros, con el pretexto del patriotismo, se dedicaron al bandidaje. Huerta no contaba, al igual que Madero, con el favoritismo de los generales y más importante aún, no satisfacía a los Estados Unidos. Presidentes iban y venían. Algunos eran hombres fuertes, otros no lo eran y otros permanecieron muy breve tiempo en el cargo como para poder determinarlo. (Se dice que un hombre fue presidente durante cuarenta y cinco minutos.) Pero México es un país grande y los sucesos de la ciudad de México tenían menos impacto en la región norte de lo que se esperaba. Un hecho real en la vida del norte de México era Pancho Villa.

En septiembre de 1913, durante cuatro meses, Torreón estuvo sitiada por una especie de "istas", quizá los verdaderos "villistas". Había una calma chicha y los habitantes de la ciudad estaban en

**Madero asumió la presidencia en noviembre de 1911 y fue asesinado en febrero de 1913. (Nota del T.)*

peligro de morir de fastidio más que de cualquier otra cosa; su único entretenimiento era el paseo diario a la estación ferrocarril para ver si de casualidad llegaba el tren. No había correo ni noticias, excepto rumores. En la comida, estaban limitados a lo básico: tortillas, frijoles y café y en ocasiones, uno o más de éstos escaseaba.

Entonces se supo que Villa realmente intentaría tomar Torreón. Papá y otros nueve, incluyendo a Ed y a Tosca, se refugiaron en el sótano de la gran casa con gruesas paredes de piedra. Atilana, la cocinera, permaneció arriba en la cocina, argumentando que no le daría miedo si se tapaba la ventana con un colchón. Abajo sólo había dos estrechas entradas que ellos taparon con tambores y colchones; ellos se quedaron allí dentro, escuchando el tiroteo. Según decía papá, Villa usó ametralladoras que sonaban como máquinas de coser desgastadas y tiraban hacia la ciudad desde la parte superior de la casa.

Afortunadamente papá había almacenado comida, por lo que, después de diez días al momento de levantarse el sitio, ellos solamente tenían sueño y estaban cansados. El cuartel federal anunció que el camino hacia Monterrey y Laredo estaba abierto; los Estados Unidos decidieron mandar un tren hacia Torreón para sacar a todos los extranjeros. Al parecer, Villa estuvo de acuerdo, excepto que estipuló que ningún español debía ser admitido en el tren. No tengo idea del porqué, pero por alguna razón él odiaba a los españoles, no sé si esto era un sentimiento permanente o sólo una cosa puramente momentánea.

Papá y el señor Cunard Cummings, el vice- cónsul británico, estaban a cargo, ya que veintiocho hermanas británicas del Sagrado Corazón debían abordar el tren en Gómez Palacio, debido a que su convento había sido saqueado y quemado. Papá fue nombrado agente consular americano en el tren, nombramiento que había

sido arreglado y provisto por el agente consular en Torreón, el señor Carothers. Él había suministrado mucha comida enlatada y una estufa de aceite de dos quemadores para los 350 pasajeros. Papá recibió 500 pesos para gastos de un viaje de doce horas, tiempo programado hasta Monterrey, en donde el cónsul general americano, Philip Hanna, quedaría a cargo de todo. El viaje finalmente costó 5 mil pesos y duró trece días.

Ésta es la historia de viaje de acuerdo con el relato de papá:

El tren estaba compuesto de muchos vagones de carga (se suponía que algunos contenían leña para la locomotora, y resultó que estaban vacíos), varios carros de primera y segunda clase para pasajeros, un diminuto pullman que se decía tenía chinches, una locomotora con el escape de la chimenea en pésimo estado, un vagón de reposo, uno combinado que era usado como comedor, el vagón cocina y el almacén, y al último, pero no menor, una arena para la raza, los hambrientos y otros, donde los alborotos tenían lugar (excepto cuando ellos iban en los pasillos del vagón). Había también dos carros que se usaban para los enfermos -una mujer acababa de salir de la fiebre escarlata. Yo usé personalmente uno de estos carros para mantenerme fuera del alcance de los demandantes crónicos. Pero aún allí no me encontraba a salvo. De vez en cuando uno de estos quejosos tuvo que ser bajado del tren a patadas. Desafortunadamente, el tren iba tan despacio que no hubo oportunidad de librarse de ellos para siempre.

Ya había tenido una probada de esto antes de que el tren arrancara, cuando "la liga de la decencia", vino a sugerirme se dejara en Torreón a un carpintero americano que se sabía era un bebedor, o más bien un borracho. Yo me las arreglé para controlar mi carácter y recordarles que se suponía que yo debía sacar a todos los extranjeros sin importar sus hábitos personales. Otro problema

se me presentó cuando un amigo íntimo mío, un español, vino a verme y me rogó lo llevara en el tren, ya que Villa le había puesto precio a su cabeza. Yo tuve que negarme, pero le advertí que -desde luego- si él subía al tren sin mi conocimiento. Lo hizo y se mantuvo oculto, durante algunos días, detrás de unos baúles.

La tripulación estaba integrada por un capaz conductor mexicano, el señor Rubalcaba que fue fusilado más tarde por Villa, un maquinista negro, un jefe de tren que nunca tuvo oportunidad de ejercer su función, los porteros del pullman y supuestamente, algunos afanadores para los vagones. Esta última función no se materializó en lo absoluto.

El tren partió la tarde del 25 de septiembre de 1913 y recorrió magistralmente una milla hasta el límite con el Estado de Durango, en el Nazas, en donde el cocinero ocasionó la explosión de la estufa de aceite de dos quemadores, al intentar cocinar los primeros alimentos para nosotros. No hubo ningún daño, excepto que se usó toda el agua que traía el tren para apagar el fuego. En Gómez, a unas millas de distancia, las monjas abordaron el tren y al conocer la situación, ofrecieron su estufa de madera. Ésta fue colocada en la plataforma del vagón combinado, pero amenazaba con incendiar el carro, así que las paredes que la rodeaban tenían que mojarse constantemente como medida de prevención. La solución final fue regresar a los siempre útiles frijoles, el café y la carne, cuando podíamos conseguirlos, cocinados en grandes tinas sobre fogatas en la tierra. En caso de una emergencia, las tinas podrían ser colocadas sobre las plataformas. Los alimentos en conserva se guardaban para los enfermos y para casos de verdadera emergencia. Pero, de pronto, comenzaron a desaparecer rápidamente y hubo que colocar un guardia para vigilarlos. También revisamos el equipaje de los



Pasajeros reconstruyendo un puente. Tren de extranjeros que dejaron Torreón durante el sitio de 1913.



Caravana de carretas, organizada para evacuar civiles, que nunca fue utilizada.



Maderistas que confiscaron todas las armas propiedad de los civiles de Torreón al inicio de la Revolución.



Victoriano Huerta aparece aquí como uno de los oficiales en Torreón, al inicio de la Revolución. Al fondo está el cuartel a donde fueron llevados los sobrevivientes a la masacre de chinos para su protección.

pasajeros y los más indignados, desde luego, fueron aquellos que tenían el mayor número de conservas escondidas en sus bolsas.

Nos las arreglamos para recorrer cuarenta millas durante la primera tarde y al llegar a San Pedro, recibimos la "alentadora" noticia de que varios de los puentes más adelante habían sido quemados. Enviamos un telegrama a Torreón, solicitando un armón con materiales y algunos afanadores para la limpieza del tren, detenido ahora sin que nadie supiera por cuánto tiempo. Era necesaria, diariamente, la mitad de un novillo para alimentar a los pasajeros, aunque algunos de ellos se iban a un pequeño hotel en el pueblo. El día 26 el armón llegó, y detrás de él un tren militar que solamente lo dirigió y siguió de frente. Sin embargo, regresó con algunos materiales. Mientras tanto, el tren de refugiados, sin agua para los retretes, tuvo que ser separado a una distancia de un tren de largo para que se pudiera limpiar la primera parte y después regresarlo para limpiar la segunda. Los quejosos, ahora en un grito, objetaban ruidosamente y yo designé al más escandaloso como inspector sanitario.

El tren llevaba tres banderas: la británica, la americana y una blanca. En virtud de que no había leña para la locomotora, tuvimos que buscarla a lo largo del camino. Una vez que encontramos un furgón lleno de leña, nos aseguramos de que era la apropiada y que pudiéramos pagar más tarde por la carga, hecho que el dueño aceptó, ya que la había dado por perdida.

En San Pedro le dirigimos una comunicación de cortesía al general maderista, Isabel Robles, quien controlaba esa parte del estado, mientras le hacíamos saber sobre nuestra llegada y le solicitábamos su ayuda. Pero algunos de los pasajeros hombres a quienes consulté, no quisieron esperar la respuesta, por lo que continuamos hasta el primer puente quemado, el cual reparamos

poniéndole nuevos amarres debido a que los durmientes todavía estaban en su lugar. Después de cruzar, desmantelamos el puente, para que ninguno de los contendientes pudiera acusarnos de ayudar al enemigo.

El carpintero ebrio, habiéndose emborrachado de más en San Pedro, regresó para encontrar que el tren se había ido sin él; consiguió un carro de mano y nos siguió, porque sabía que el tren caminaba muy despacio -de hecho, casi se detenía en cada rancho-. Fue capturado por una banda rebelde, encabezada por el cabecilla Cortinas, que estaba escondida en el monte, planeando atacar al tren que sospechaban transportaba federales. El carpintero explicó los hechos y Cortinas prometió fusilarlo si estaba mintiendo. Entretanto, los pasajeros del tren habían reparado y desmantelado otro puente, y se habían detenido a pasar la noche en Palomas. Cortinas y su banda llegaron a la mañana siguiente con el carpintero y nos ordenó que regresáramos a San Pedro; también quería llevarse nuestra locomotora, pero finalmente se quedó con un armón. Hubiera deseado que los quejosos que habían querido dejar al carpintero estuvieran conscientes de que él nos había salvado la vida y no sólo eso, sino que además, esto se debía directamente a sus desafortunados hábitos.

El señor Cummings y yo fuimos a reunirnos con el general Robles en el armón, sujetando una bandera blanca. El general fue muy cortés, pero nos informó que, ya que había destruido el camino más adelante, sería imposible que el tren continuara. Él nos aconsejó que nos devolviéramos a San Pedro, montáramos una caravana de mulas y carretas y dijo que nos daría toda la ayuda posible. Así que regresamos a San Pedro, reconstruyendo y desmantelando los mismos puentes.

En San Pedro alquilamos muchas mulas, carretas Studebaker,

y diligencias para los enfermos, pusimos asientos en las carretas y colchones en los diligencias. Yo llamé por teléfono al señor Carothers y me enteré que Villa finalmente tomó Torreón. Mientras hablábamos, dos soldados vinieron y demolieron la caja del teléfono a hachazos. Me alegré mucho de que se hubieran limitado solamente a la caja. Entonces recibí el mensaje de un amigo, diciendo que cuando las noticias sobre la rendición de Torreón llegaron a San Pedro, la guarnición federal y las autoridades civiles del lugar habían huido y que la chusma se estaba preparando para atacar el tren. Yo ordené que aceleráramos y entonces recibí una comunicación de otro amigo, diciendo que ellos habían interceptado un mensaje de Villa ordenando a sus hombres que volaran el tren, con la esperanza que los Estados Unidos interviniera.

El señor Cummings y yo citamos a una reunión de todos los pasajeros hombres para que nos ayudaran a decidir qué hacer. Uno de los hombres comentó que si iban a ser asesinados, que sería mejor que sucediera cerca de casa. Increíblemente, nadie objetó esta absurda sugerencia ni sugirió algo constructivo. De inmediato, di por terminado el proceso democrático y decidí continuar, pero por una ruta alterna al sur hacia la hacienda de Hornos, ya que los asaltantes, que iban a pie, no podrían hacer mucho con el tren en movimiento. Dos pasajeros de confianza se colocaron en cada plataforma, para hacer guardia de noche.

El tren, por una razón u otra, siempre se detenía, a veces sin motivo alguno, y yo tenía que ir hasta adelante para ver cuál era el problema. Uno de los problemas con el motor, además de sus deficiencias originales, era el agua lodosa que teníamos que usar en la caldera. Una vez el tren se detuvo a la mitad de la noche y cuando bajé, usando una pequeña escalera que yo personalmente,

había hecho a mano, el tren arrancó y me dejaron. Por suerte podía ver las luces del rancho delante de mí y como sabía que tenía que detenerse allí, corrí y finalmente lo alcancé. Aunque algunos de los pasajeros habían traído equipaje -otros hasta baúles- yo, por mi parte, no había traído nada por lo breve del viaje, y las suelas de mis botas se estaban haciendo más delgadas.

No se intentó ningún ataque esa noche, pero para el amanecer, venían once trenes militares por el camino que se suponía inservible -era evidente que lo habían reparado-. Se decía que estos trenes, comandados por los generales Ocaranza y Aubert, traían varios millones de pesos para los bancos de Torreón, una gran cantidad de provisiones y 3 mil soldados federales para resguardar la ciudad. Al escuchar que Torreón había caído, inmediatamente, regresaron a Monterrey. Parecía que éste sería un maravilloso tren piloto para nosotros, pero recordando lo que Robles había dicho, tuve el cuidado de darles ocho horas de ventaja. Sin embargo, en dos horas ya los habíamos alcanzado -los trenes, que tenían una extensión de aproximadamente media milla de longitud, estaban suministrando agua a sus tanques, y nosotros lo hicimos de igual manera-. Entonces nos dirigimos a la Laguna de Mayrán, en donde los ingenieros militares descubrieron que ocho de sus máquinas estaban "inservibles." (Pero nadie se atrevió a comentarlo a los generales). Se decía que uno de los generales les daba diariamente una botella de cerveza -juzgando por el número de botellas vacías que vimos a lo largo del camino, probablemente era verdad-.

Yo quise pasar los trenes por una vía muerta, pero los generales no lo permitieron, por lo que tuvimos que esperar. Durante este lapso nació una niña en el tren y la llamamos Minerva por el nombre de una estación cercana, y otro murió. Yo no asistí al

entierro por tratar de encontrar un agujero de lodo en donde poder refrescar mis adoloridos pies.

Las tropas federales que habían evacuado Torreón, y un gran número de paisanos en huida, se encontraban en el camino, atrás de nosotros, y los generales estaban mandando parte de su equipo a recoger a estos desafortunados. A pesar de nuestras protestas en el sentido de que no era función de un tren neutral recoger parte de la artillería de los federales, y a sus simpatizantes, se nos ordenó enganchar a la locomotora, un vagón de carga para recoger la artillería que los federales habían abandonado en los campos inundados por ellos mismos en los alrededores de Torreón. Cuando la máquina y la plataforma regresaron, estaban tan llenos de gente que no se podía ver ni un pedazo de metal y no pudimos bajarlos hasta que pedí al maquinista que comenzara a conducir hacia atrás como si estuviera regresando a Torreón. En cinco minutos la gente se había ido.

Mientras permanecíamos allí, una mañana temprano llegaron a caballo y en ropa de dormir, la esposa e hijas de mi amigo el español que se había escondido en el tren, pues habían escuchado que Villa iba a atacar su rancho y nos rogaron ser admitidas en el tren. A la sombra de los trenes federales, sentí que podía aceptar sin peligro.

Nosotros sostuvimos conferencias interminables con los generales, y cada vez que lo hacíamos, Cummings o yo, o los dos, teníamos que subir al armón para ir hasta el frente del tren. Probablemente esta fue la causa de que perdiera 20 libras de peso durante ese viaje.

El general Bravo, uno de los generales federales que había huído de Torreón, era un anciano de 75 y amigo personal del señor Cummings. Él y algunos otros, que habían huido hacia las

montañas, permanecieron sin alimentos durante varios días. Nosotros decidimos enviarle algo de comida y la pusimos en una pequeña canasta, pero el problema era hacerla llegar hasta allí, pues ambos estábamos demasiado agotados para caminar y nuestras botas muy gastadas. Sin embargo, vimos en la oscuridad una mancha blanca que resultó ser un caballo. Habíamos encontrado a un soldado rebelde escondido en el vagón de la madera, quien también tenía una silla de montar y con la amenaza de entregarlo a los federales, conseguimos que nos la prestara. No tenía brida, sólo un estribo, pero Cummings se dio sus mañas para montarlo y con una vara -instigó a la bestia a caminar, y desapareció en la noche-. Él fue el elegido para esta misión, no sólo porque el general era su amigo, sino porque había tenido la precaución de traer un par de pantuflas.

Temeroso de continuar detrás de los trenes federales, pude cambiar mi armón por uno perteneciente a un ferrocarrilero que estaba con los trenes federales y envié un mensaje a Monterrey, pidiéndole al cónsul general que enviara un tren de reemplazo a Hipólito, lugar al que intentábamos llegar caminando, llevando a nuestros enfermos y todo aquello que pudiéramos cargar.

De repente, aparecieron siete carros-tanque con agua, los federales tomaron el agua de ellos, y se pusieron nuevamente en marcha. El tren de refugiados siguió adelante y esa misma noche llegamos a Hipólito. Tratamos de telegrafiar a Monterrey para que detuvieran el tren de reemplazo, pero los cables estaban caídos y se nos dijo que algunos de los puentes en la ruta, habían sido quemados. Así que entonces, intentamos negociar con el maquinista de una locomotora para que empujara nuestro tren -a mayor velocidad -hacia Saltillo, pero los federales detuvieron la máquina y al maquinista-. Entonces decidimos salir hacia Monterrey,

pero no teníamos combustible. Los generales acordaron ayudarnos a conseguir algo de carbón, pero no había nada disponible. Entonces vi un carro cargado con nuevos amarres y pedimos al maquinista nos enganchara a él, como si hubiera sido por equivocación, así que arrancamos y en el camino, encontramos el tren de reemplazo, bajo el comando del doctor Ryan. Nosotros quedamos extasiados con las delicias que llevaba, tales como mantequilla y naranjas.

En lugar de 500 pesos y doce horas, como estaba planeado, el viaje había durado trece días y costado 5,000 pesos que tuvimos que pedir prestados a lo largo del camino. Yo estaba demasiado cansado para continuar hasta Laredo, pero las hermanas del Sagrado Corazón lo hicieron y se quedaron en el tren durante diez días más, sin lograr llegar a su destino.

Yo fui a Tampico, en donde algunos de los otros refugiados y yo nos subimos a un petrolero noruego rumbo a Nuevo Orleans. El Borgestad no podía llevar a pasajeros, así que fuimos contratados como tripulación, las damas como azafatas, y recibimos veinticinco centavos por nuestros servicios. La verdadera tripulación nos trató a cuerpo de rey, dejándonos sus camarotes.

Todos llevábamos una carta del cónsul americano en Tampico dirigida a la representación de la Cruz Roja Americana en Nuevo Orleans, con instrucciones para que se nos diera el pasaje para el ferrocarril rumbo a nuestras casas en los Estados Unidos. Con este representante de la Cruz Roja tuve el único trato desagradable de todo el viaje. Esperamos toda la mañana y el hombre, finalmente, se dignó recibirnos por la tarde treinta minutos según dijo, antes de la salida del tren en el que pensaba enviar al "ganado texano" - tal como nos llamó. Él insistió en que firmáramos certificados de indigentes, lo que objeté firmemente ya que nosotros

no éramos indigentes, sino refugiados -de hecho, todos teníamos un poco de dinero que necesitaríamos para poder llegar a nuestros destinos-. A una mujer que tenía ocho dólares, le ofreció tres dólares para completar la compra de un boleto a Houston. Yo salí muy disgustado y notifiqué el asunto a Monterrey. Después supe que, debido a mi queja, el representante de la Cruz Roja finalmente les había dado a todos lo que pidieron, pero no supe si fue con o sin certificado de indigentes. El hombre que me dijo esto, se las había ingeniado para conseguir tres boletos para Los Angeles, los dos extras para sus dos hijos a quienes él pensaba recoger en San Antonio. Él generosamente me ofreció uno de los boletos a San Antonio y yo acepté, pero insistí en pagar su boleto en pullman.

De hecho, yo traía un giro de 250 dólares del Cónsul Hanna, pero nadie me lo quiso cambiar, debido a mi aspecto y vestimenta. Finalmente tuve que telegrafiar a mi cuñado a San Antonio para pedirle fondos. Cuando llegué a San Antonio supe que Fidi se casaría en Brady al siguiente día. Yo no sabía nada sobre el matrimonio, puesto que no había habido correspondencia ni telegramas durante mucho tiempo. Yo telegrafíé a mamá que se encontraba con Dalla en El Paso, y nos las arreglamos para encontrarnos en Brady, justo después de que la ceremonia había empezado.

En una ocasión, antes de su huída, papá y mamá escondieron la plata. Había una banca en el vestíbulo de la entrada, él rompió la parte inferior para abrirla y enterró la plata. Después, cuando volvieron, descubrieron que la plata toda desacomodada, pero completa, estaba allí. Atilana dijo que había escuchado un rumor de que la casa sería saqueada, así que ella y algunos de nuestros antiguos sirvientes habían sacado todo de la casa, lo habían escondido en sus propias casas y posteriormente habían devuelto todo. Haya sido esto verdad o no, los hechos parecían confirmar la historia.

Capítulo XVII **MÁS REVOLUCIÓN**

LA REVOLUCIÓN CONTINUÓ durante diez años. Papá y mamá permanecieron allí, Harry también por varios años y Bub estuvo durante un buen tiempo. Ellos venían a El Paso cuando las cosas se ponían muy duras y nosotros colocábamos colchones en el suelo, pero en una ocasión se quedaron el tiempo suficiente para alquilar una pequeña casa. Entretanto, ocasionalmente, tuvimos experiencias ocasionales de la lucha que se estaba sosteniendo, justo al cruzar el río Grande desde El Paso. Se podían observar las batallas, parados sobre el techo del hotel Paso del Norte. En una ocasión, de hecho, cuando Billee estaba allí, una bala le pasó tan cerca que pudo sentir la ráfaga y se cuenta una historia que puede o no ser verdad, de que durante una de las batallas murieron más personas (dos) del lado americano, que en Juárez.

Torreón fue tomado y vuelto a tomar, y cada general que venía emitía su propio papel moneda, por lo que el dinero que sobraba del régimen anterior quedaba sin validez. Llegó a tal grado que cuando las personas escuchaban que un cambio estaba por venir, corrían a comprar cualquier cosa que pudieran con el dinero antiguo. Una vez Harry tuvo que comprar muchos guantes de niña, pues era lo único que había. Mucho más estable que el dinero de los generales eran los vales emitidos por varias compañías. En la época del tren de refugiados, se usaban vales impresos en pergaminos por la Casa Purcell. Posteriormente, un hombre llamado William Weeks emitió notas para pagar a sus empleados y éstas se usaron

tan extensamente que el nombre de "bilimbique" (un vocablo basado en el nombre de este personaje) fue usado para todos los billetes en esa región.*

Los servicios se retrasaron; el equipo era viejo y necesitaba reparación, y el espíritu de independencia que se había transmitido hacia los obreros del país, aún cuando sano, era susceptible de ser dirigido equivocadamente. El ferrocarril Coahuila-Pacífico, siempre había sido un servicio irregular, tanto que era apodado el "Cuando Puede". Durante la Revolución, Bub tuvo la oportunidad de tomarlo y darse cuenta que hacían una parada, prolongada y no programada previamente, en un rancho. Él descubrió que el ingeniero tenía un buen amigo allí con quien jugaba a los naipes -cada vez que el tren pasaba por allí, él se detenía para jugar-.

Yo no sé quién era Presidente en 1915. De cualquier manera, las cosas estaban tan calmadas que había carreras en Juárez. Una tarde, fuimos y nos encontramos sentados en un palco justo a la derecha de Villa. Él se parecía a las imágenes mostradas en sus fotografías, era muy jovial; obviamente, se estaba divirtiendo. Pero su reputación era entonces tan sanguinaria que Evelyn, quien tenía aproximadamente ocho años, exclamó "¿Por qué no le ha disparado a nadie todavía?" Nosotros decidimos viajar a Torreón para ver a mamá y a papá, y también a los Potters en Tlahualilo. Billee no pudo ir, pero Alice fue conmigo y nos llevamos Evelyn. En esa época había un solo pullman en el tren, entre Juárez y la ciudad de México, que no tenía chinches, así que papá nos envió un telegrama cuando el carro pasó por Torreón, y nos apresuramos a abordarlo al día siguiente en Juárez. No obstante, llevamos con nosotros

**Nombre dado a los billetes emitidos por el gobierno de Carranza.
(N. del T.)*

latas de polvo contra insectos. El portero era un mexicano con aspecto de renegado, una criatura grosera que asustó a Evelyn, casi hasta la muerte, asomándose a su litera cuando ella se estaba preparando para dormir. Él intentó hacer lo mismo con Alice, que gritó escandalosamente en español para sacarlo, así que a la mañana siguiente él se encontraba más malhumorado que antes. Afortunadamente llegamos a nuestro destino muy pronto, ya que cuando él empezó a hacer las literas, el polvo contra insectos que habíamos esparcido en ellas se levantó en forma de nubes y casi se ahoga. Si las miradas mataran, nosotras estaríamos muertas.

Nos bajamos en alguna pequeña estación cerca de Torreón, donde nos esperaban los Potters, quienes nos llevaron a la hacienda en donde permanecimos dos muy agradables semanas. Jugamos golf y la mascota, una cierva llamada Clarita, nos seguía por todas partes, mordisqueando nuestros traseros algunas veces. A propósito, le habían puesto el nombre equivocado, pues había desarrollado tan enorme cornamenta que debía ser confinada tras una cerca del alambre durante la época de celo en que se volvía feroz. Todas las tardes tomábamos el té, y había cenas festivas, cada noche; fue agradable volver a ver a los viejos amigos de Gómez y Torreón. Todos estábamos muy optimistas por la paz. Evelyn y Chata, la pequeña hija de la cocinera, se hicieron grandes amigas y yo contraté a un hombre para que las acompañara cuando montaban en burro todas las tardes. Lo que nunca supe fue que los paseos cada vez se hacían más cortos, ya que el hombre pasaba más y más tiempo en una de las cantinas en Zaragoza*, un pueblo cercano, y las niñas esperaban pacientemente afuera. Cerca había un canal lleno de agua estancada; un día, el burro de Chata se metió y empezó

*T!ahualilo de Zaragoza. Nota del corrector.

a rodar en él. Chata gritó, y el hombre apenas asomándose de la taberna, envió a un niño como de diez años para sacarla. Él logró hacerlo sin problemas, pero cuando lo enviaron por Evelyn, como ella era mucho más grande, ambos cayeron en el agua verde y maloliente.

Cuando llegó el momento de tomar el tren a Torreón, comprendí que México tenía un largo camino por recorrer para ponerse al día. Había un vagón de primera clase en el tren, pero estaba lleno, por lo que nosotras tres nos sentamos en un vagón que tenía dos tablas clavadas a lo largo de las paredes, como asientos. Todo parecía bien, ya que el vagón estaba prácticamente vacío y el viaje sólo duró, como una hora.

El único recordatorio de alerta era que los soldados viajaban en el techo del vagón, cargados con rifles y cartucheras de municiones. Sin embargo, el tren se detuvo a lo largo del camino, en cada pequeña estación, y más y más gente fue subiendo, incluyendo cuatro soldados ebrios con sus armas, que hicieron que la atmósfera fuera menos agradable en cada milla. Se suponía que los pasajeros no podían llevar animales, pero una anciana y pequeña mujer se subió y de repente, soltó y empujó una canasta bajo mis pies. El olor y el piar emanando de ella, hacían pensar que eran pollos, y ya podía verme tratando de negar que eran míos.

Torreón parecía muy triste, con agujeros de las balas en las paredes y edificios en ruinas. La casa grande estaba intacta. De hecho, sólo le pegaron en dos ocasiones durante esos diez años de guerra; una vez cuando un proyectil derribó uno de los pilares del balcón y otra cuando una bala atravesó por una de las ventanas y pegó en la pared contraria. Por lo que, considerando que los atacantes casi siempre escogían disparar desde la casa a la ciudad, indudablemente fue algún tipo de récord. (Quizá el hecho de que

fue alquilada durante algunos años al consulado americano tuvo algo que ver). Mamá y papá estaban bastante bien y encantados de vernos. La comida, por un lado, era poca, pero como decía mamá, se podían conseguir suficientes huevos frescos. Una mujer anciana les traía seis por semana, y ciertamente, ahora tendría que aumentar la orden, pues nosotros estábamos allí. Pero, sorprendentemente, la mujer se negó.

- "¿Por qué no?" -mamá preguntó-, "me agradecería mucho pagarle un dinero extra." La mujer movió la cabeza con tristeza. "No puedo, señora."

- "¿Por qué no?"

- "Porque sólo tengo una gallina."

Nuestra estancia con ellos fue muy agradable y Evelyn estuvo fascinada en el Chalet Wulff con sus habitaciones grandes y los balcones afuera de cada una. Cuando era el momento para irnos al tren, me olvidé de mi bolsa de golf. Al encontrarla, papá envió a la mujer que limpiaba su oficina con la bolsa para alcanzarme. Pero debido a que ella sólo trabajaba para él un día a la semana y el resto del tiempo era limosnera profesional, el primer policía que la vio, la arrestó por robo. Para el momento en que todo el asunto se arregló, el tren ya se había ido, y él tuvo que mandarme la bolsa a El Paso.

Casi nos desmayamos al encontrar en el vagón pullman al mismo portero con cara de renegado. Él nos echó una miradas matadoras y nosotros nos pusimos claramente nerviosas, pero no pasó nada. La Revolución comenzó de nuevo después de nuestra visita. Villa todavía merodeaba. El tomaría Torreón y se suponía que cada hombre de negocios debía entregar cierta cantidad de dinero. En una ocasión en la que papá estaba fuera, Harry y Triny, que actuaban como sus agentes, escucharon anunciar en el teatro que la participación de papá sería de 30 mil pesos, una cantidad

imposible. Así que se treparon en el tren rumbo a Veracruz y permanecieron allí hasta que las cosas se enfriaron.

La primera vez que Villa tomó la ciudad se instaló en una casa grande frente a la plaza, con dos bandas que tocaban noche y día. Evaluó a todos los hombres de negocios, y asignó a Harmon Cole el cuidado de todos sus enfermos y heridos. Entonces le pidió la cuenta. Harmon le cobró algo así como 1,500 pesos y todos se rieron de él. ¿En realidad esperaba que se le pagara, cuando Villa ya había recabado préstamos forzados de cada hombre solvente de la ciudad? Pero para sorpresa de ellos y quizá la del mismo Harmon, el segundo al mando, apareció con un saco del papel repleto de dinero y le pagó exactamente lo que había pedido. Después de esto, Harmon se volvió amigo de Villa. Él le preguntó a Villa, tiempo después, por qué había incursionado en Columbus, Nuevo México, y Villa contestó que no tenía pensado entrar en el pueblo, que sólo estaba siguiendo a un americano al que le había dado algunos miles de pesos para comprar armas y parque, quien no le había cumplido.

Villa era odiado y adorado, y sus hombres lo obedecían tácitamente. Robert McCart, el marido de Alice, era un ingeniero minero que permaneció algún tiempo en México. En una ocasión, cuando hizo un viaje para allá, encontró que el pase que Villa le había dado, era de inmediato aceptado en todas partes dentro del territorio de Villa, mientras que el pase federal invariablemente le originaba más interrogatorios y retraso mientras iba de un general a otro.

Cuando la AS&R* decidió abandonar la mina que Rob estaba administrando en México, uno de los capataces de Nueva York

**Seguramente se refiere a la American Smelting & Refining, Co. (ASARCO), compañía minera que se localizaba en las cercanías de Pedriceña, Dgo. (Nota del T.)*

vino para ayudarlo a cerrar al lugar. Llenaron el automóvil Cadillac abierto que Rob tenía con las pertenencias que cupieron, pero acabaron por atar cosas en la parte trasera. Rob le pidió al hombre que mientras rodaban sobre la gran capa de desechos de fundición que había sobre la brecha, sería conveniente que él se sentara en la parte trasera del automóvil para detener las cosas, ya que su recorrido sería sin duda muy brusco. El hombre, que se encontraba en el lado áspero, asintió silenciosamente e iniciaron la marcha. Cuando iban a la mitad del camino sobre la capa de desechos de fundición (balastre) Rob le llamó para decirle que no faltaba mucho, pero el hombre no contestó y Rob asumió que se debió sencillamente a su carácter hosco. Cuando llegaron al final del trecho, Rob le volvió a llamar para avisarle que, en un minuto podría subir dentro. Pero no hubo respuesta. Volteó hacia atrás y se percató de que el hombre ya no estaba. Rob se regresó y encontró al hombre maltrecho y tropezando sobre la brecha. Esta vez el hombre estaba hosco, pero no callado.

Durante años, circuló en México la historia de que la muerte de Villa fue arreglada por el gobierno, que simplemente habían buscado a alguien que odiara a Villa lo suficiente para cometer el asesinato. El hombre escogido había sido el tendero de la mina que Rob administraba. Villa había hecho una incursión por el lugar y demolido su tienda, y a partir de ese momento, el hombre alimentó un profundo y permanente odio por Villa. El hombre fue encarcelado después del asesinato pero, según esa misma historia cuando Hipólito Villa, hermano de Pancho, empezó a darle problemas al gobierno, el asesino fue liberado, presumiblemente como amenaza para Hipólito. Yo no sé si esto fue verdad o no, pero sí sé que, en esa época, el hombre estuvo en Juárez, llamó a Rob y le pidió que lo ayudara a cruzar a su esposa e hija a los Estados Unidos. Él, siendo un criminal convicto,

no pudo entrar y nunca supe lo que pasó con él.

En Juárez había un músico callejero, gordo, sucio y jovial, que tocaba un instrumento diseñado por él mismo al que llamaba giráfono. Este consistía en un cuerno de una vaca, con una armónica colocada en la curva y dos mitades de una corneta de bicicleta en la parte superior, y la parte trasera de un pequeño despertador. El tocaba cualquier tonada que se le pidiera, desde música mexicana hasta la canción de la Artillería y el Coro de Anvil, mientras soplaba la armónica, golpeando ligeramente el cuerno y las cornetas de la parte superior con una aguja de tejido o un dedal. Una vez, mientras lo escuchábamos, una periodista se emocionó mucho con la idea de llevar al hombre a los Estados Unidos para una cadena de clubes nocturnos. El cantinero nos llamó y susurró que el hombre no podría entrar en los Estados Unidos, ya que él había sido uno de los que ejecutaban las torturas encomendadas por Villa.

Había otras historias sobre la Revolución, algunas de ellas muy divertidas. Durante uno de los momentos más pacíficos, una de las mujeres de Tlahualilo decidió agasajar al resto de la colonia con una comida. Ella tenía un enorme pavo ya listo para meter al horno, cuando se supo por un rumor que venía del rancho contiguo, que los rebeldes estaban en camino. Todos en Tlahualilo siempre tenían una maleta empacada, lista para el momento de huir, así que se alistaron y partieron hacia Hornos en donde podrían tomar el tren. En el último momento, la anfitriona decidió que sería una pena dejar a tan grande y delicioso pavo, así que lo empaquetó dentro de una canasta y se lo llevó. Esto resultó una molestia en la diligencia que ya venía bastante llena y en Hornos resultaba un problema llevar semejante canasta dentro del tren. Era invierno, pero el tren estaba caliente, así que ella sobornó al portero para mantener todas las ventanas del pullman abiertas y evitar que el

pavo se echara a perder. Los otros pasajeros, medio congelados, se quejaban amargamente, pero todo lo que el portero contestaba era: "No se puede".

En Eagle Pass, donde ellos tenían que cambiar de trenes, la canasta se rompió y la mujer le pagó a un hombre para que consiguiera una caja grande para el pavo. También tuvo algunos problemas en la aduana, pero finalmente, llegaron al hotel Saint Anthony en San Antonio, y tuvo que pagar para que el ave fuera guardada en el refrigerador del hotel.

Ella compartía habitación con la señora Vaughn y a mitad de la noche las despertaron unos toquidos en la puerta. Eran unos agentes del gobierno americano que venían a arrestarlas con la acusación de traer un pavo silvestre a los Estados Unidos, con lo que violaban el Tratado de Fauna entre los dos gobiernos. Tomó algún tiempo convencer a los hombres de que era una ave doméstica, criada en la hacienda.

Posteriormente, la mujer tuvo que viajar unas quince millas en una diligencia hasta un pequeño pueblo en dónde vivía su madre, cargando todavía el pavo, que literalmente, valía su peso en oro. Al llegar a la casa le dijo a su hermana menor que había salido a recibirlos:

"Dile a mamá que no se preocupe, que traigo un pavo listo para el horno". La pequeña fue bailando hacia la casa, pero regresó casi de inmediato: "Mamá dice que no lo necesita -que ya tiene uno en el horno"-.

Papá había tenido que ir de negocios a la ciudad de México y estaba cenando con algunos amigos cuando escuchó que el último tren al Norte estaba a punto de salir. Él tenía que tomarlo, ya que estaba construyendo una presa cerca de Torreón, así que sus amigos lo subieron apresuradamente en un coche y en el último momento decidieron meter dentro de su maleta los restos del pavo que

habían comido, sabiendo que quizá no conseguiría nada en el tren. El tren estaba tan lleno que él no pudo entrar por la puerta del coche-cama, pero alguien abrió una ventana y sus amigos, literalmente, empujaron a papá hacia adentro, junto con su maleta. El coche estaba repleto, por lo que tuvo que poner la maleta en posición vertical en el pasillo y sentarse sobre ella. Al otro extremo del coche, una mujer americana a quien conocía le hacía señas y finalmente, deletreando torpemente con sus dedos en el idioma de los sordos, le indicó que pronto ellos habrían de bajarse y que -si podía arreglárselas para llegar hasta el extremo en donde ella se encontraba- podía ocupar su lugar. “Le tomó un tiempo inconcebible, pero finalmente logró ocupar el asiento cuando ella se bajó, no obstante, le fue imposible abrir la maleta para llegar al pavo por falta de espacio.

Supuestamente la Revolución era para los pobres, pero la burocracia aún florecía, como siempre lo había hecho, en favor del rico e importante. Una tarde de verano, una mexicana muy humilde acudió a papá para solicitar su ayuda. Uno de sus hijos había muerto y, según las leyes mexicanas, tenía que enterrarlo antes de que anocheciera. Desde temprano en la mañana, ella había estado sentada en la presidencia, intentando conseguir un permiso de entierro, siendo completamente ignorada por los empleados, quienes atendían a los clientes mejor vestidos. Eran casi las 6 y ella todavía no tenían ningún permiso para sepultarlo. Papá la envió en un coche a la presidencia con una nota de él para poder conseguir el permiso y llevarla después al cementerio con el pequeño ataúd. Después, Canuta (¿no son adorables los nombres mexicanos?) vino a trabajar para él. Ella era una persona de apariencia alegre y despreocupada, siempre servicial, agradable y muy buena cocinera. Tenía media docena de hijos ilegítimos, nacidos de pa-

dres diferentes que estaban al cuidado de María de Jesús que tenía once años. María de Jesús era una niña triste -papá dijo que nunca la vio sonreír a excepción de una ocasión, cuando le trajo una muñeca de los Estados Unidos-.

Canuta era muy emprendedora. Entre otras cosas, ella acostumbraba sacar la plancha eléctrica de papá, dentro de su rebozo, y se las alquilaba a sus vecinas. Él le dio un pequeño lote de terreno y las vigas (maderas del tejado) de la tienda derruida del tío Henry, y ella se construyó una pequeña casa. Cuando él le regaló la vieja máquina de coser de mamá, ella se convirtió en costurera, cobrando cincuenta centavos por vestido.

En algún momento, años más tarde, después de la Revolución, papá vendió la casa grande a un hombre que, creo yo, había sido un limpiabotas y que había hecho fortuna durante la Revolución. Papá vendió todo el menaje: mobiliario, cristalería, porcelana china, todo. Después el hombre le pidió a papá que subiera a la casa para que le mostrara que tipo de copas de vino iban con cada clase de vino. Papa se introdujo en el salón donde todavía estaba el mobiliario francés de mamá de terciopelo marrón, patas curvas doradas, y todo. Atado a la pata del sofá grande estaba un chivito.

Por cierto, el hombre fue arrestado después y recibió una larga sentencia. Pero él consiguió dos celdas, una de las cuales acondicionó como oficina, y continuó haciendo negocios desde allí, presumiblemente ganando dinero. Incluso tenía una secretaria.

En 1916 la Expedición Pershing entró en México y El Paso estaba repleto de soldados. Había campamentos en los que 50,000 hombres estaban acuartelados, y los tranvías que corren al fuerte Bliss iban repletos.

**Palabra francesa para baile, tertulia. (Nota del T.)*

Había muchos galanes para todas las muchachas en la ciudad. El hotel Paso del Norte, recién ampliado, floreció con los dansants* (era el tiempo del Castillo*). Alice era entonces una jovencita, y tenía más pretendientes de los que podía atender entre los jóvenes oficiales. Una vez, fue con un joven oficial a un carnaval dónde él ganó un gallo vivo que le ofreció. Como entonces estábamos viviendo en un apartamento, ella se rehusó a aceptarlo y sugirió simplemente dejar allí a la agitada creatura, pero él no quiso oír hablar de eso. Lo apretó bajo su brazo, cuidadosamente oculto bajo la capa que llevaba y se fueron al dansant en el Del Norte. Pero el gallo todavía estaba vivo y quiquiriqueando, así que subieron al mezzanine, y lo ocultaron en una esquina oscura debajo de una de las sillas. En caso de que el hotel haya estado preguntándose todos estos años sobre esa ave, ésta es la explicación.

El Paso también estaba lleno de refugiados, principalmente adinerados, quienes habían huido de Villa. Irónicamente, parte de ellos eran miembros de, o estaban relacionados con la familia Madero.

* *Un baile, como decir el tiempo del cha-cha-cha o del rock.*
(Nota del T.)

Capítulo XVIII - EPÍLOGO

☪ MAMÁ NO VIVIÓ para disfrutar de la paz, pues murió en 1921 y está enterrada aquí en El Paso. Papá regresó a Torreón, pero ya no construyó más presas. Las tuberías que acostumbraba usar, y que venían de Alemania, eran una eventualidad de la Primera Guerra Mundial. Más aún, la legislación aprobada en México hizo que este trabajo resultara casi prohibitivo. Por ejemplo, una de las leyes ordenaba que al emplear a alguien bajo contrato se le tenían que pagar tres meses de indemnización hubiera trabajado o no. Durante su último trabajo, papá, quien a lo largo de los años había adquirido gran conocimiento, sabía tanto como cualquier abogado, sobre las leyes mexicanas en materia de trabajo, solucionó el problema empleando a cada uno de los doscientos o trescientos obreros cada mañana, en base a contratos por día, y liquidándolos por la noche. Esto suponía una tremenda cantidad de papeleo, pero era la única manera de lograrlo.

Durante los años 30, papá se enfermó y decidió venir a El Paso; se sentía muy débil y no se arriesgó a viajar solo, por lo que se hizo acompañar de una joven mexicana que en ese momento, trabajaba para él.

Ella era una chica agradable, pero nosotros teníamos que cocinar para ella, pues nunca había visto una estufa de gas. Se quedó en El Paso unos dos o tres días, pero estábamos tan ocupados llevando a papá a sus análisis, e intentando atender a Sandy -nuestra otra visita-, que no tuvimos oportunidad de mostrar a la pequeña, ni siquiera el centro de El Paso. Nuestra cocinera negra, Estelle, se

llevó a la pobre muchacha a la celebración de Año Nuevo en su casa, la cual debió haber sido muy interesante ya que Estelle no hablaba español y la joven no hablaba inglés. Nosotros la llevamos al cementerio cuando fuimos a ponerle flores a la tumba de mamá y ella quedó bastante impresionada; a pesar de que estábamos aún a la mitad del invierno y el lugar, difícilmente estaba en su mejor época. Cuando la llevamos a Juárez a tomar el tren, el inspector rayó con crayón morado toda la colcha limpia, blanca con azul, en donde cargaba sus pertenencias.

Evelyn regresó de visita a Torreón y a Tlahualilo en 1927 ó 28 y encontró que la ciudad había crecido considerablemente. Incluso tenía una calle pavimentada, una prolongada avenida con un camellón en medio.

En cada intersección había una estatua. Algunas de ellas eran históricas, otras patrióticas y algunas otras, francamente eróticas, incluyendo la estatua de una pareja desnuda encorvada en un intenso abrazo. Un día de fiesta llegó, y a alguien se le ocurrió la idea de poner banderitas mexicanas en las manos de varias de las estatuas, incluyendo a la de los amantes. Estaba de moda, entre los jóvenes, manejar sus autos, de arriba abajo por la avenida todas las tardes, y el general Escobar, quien comandaba la guarnición militar en Torreón, también lo hacía. Un año o dos más tarde, él inició su propia revolución, pero ésa, por fortuna, no duró mucho tiempo.

Durante los años 30, papá, finalmente, terminó de vender lo que quedaba de sus propiedades y las de sus hermanos, y se vino a vivir a El Paso. Él rentó una pequeña casa cerca de nosotros, y hasta compró un auto y aprendió a manejar. Esto nos agradó mucho, pues rara vez lo usaba y no objetaba que nosotros lo hiciéramos. Sin embargo, como nunca manejó a más de quince millas por hora, era una amenaza para el tráfico, aún entonces, y nos dio

gusto cuando se deshizo de él.

Eventualmente, dejó El Paso y se regresó a San Antonio a vivir con su hermano Triny en una pequeña casa en la Calle Presa Sur. En 1945, vino a El Paso a visitarnos y aunque se estaba quedando sordo, era todavía lo suficientemente ágil como para insistir en cargar sus maletas. Cuatro años después, murió a la edad de 93 años, con todos sus dientes.

De nuestra familia cercana, sólo quedamos Alice, Robert y yo, pero el Chalet Wulff aún se levanta en la colina, en Torreón. Tengo entendido que por un tiempo fue usado como cuartel, y que ahora está vacío, pero todavía sólido, digno e impresionante, y con la última evidencia tangible de vida desvanecida para siempre. Más ese sabor, diluído por el tiempo y los sucesos, aún permanece.

Lic. Salomón Juan Marcos Issa
Presidente Municipal de Torreón.

Ing. Héctor Acuña Nogueira S.J.
Rector de la Universidad
Iberoamericana Laguna.

Lic. Jesús Ricardo Cisneros Hernández
Secretario del R. Ayuntamiento.

Ing. Gabriel Monterrubio Alvarez
Director General Académico.

Lic. Elisa Gutiérrez Galindo
Directora del Instituto Municipal de
Documentación de Torreón.

Lic. Jaime Maravilla Correa
Director de Investigación y
Difusión.

Lic. María Isabel Saldaña
Villarreal
Coordinación de Investigación del
Archivo Histórico Papeles de
Familia.

COLABORADORES

Silvia Castro de Towns
Adriana de la Garza Hinojosa
Juan Carlos Chávez Ramírez
Miguel Angel González Córdoba

DISEÑO GRAFICO:

L.D.G. Hugo Kerckhoffs.

Este libro se terminó de imprimir el 15 de enero del 2001 en los talleres de **Impresora Colorama S. de R.L. de C.V.** Adolfo Aymes No. 50 Cd. Industrial Torreón, Coah. Tel. (1) 750-65-00 y su tiraje fue de 1,000 ejemplares.



EVELYN PAYNE

● EVELYN PAYNE, quien escribió la actual versión de *Tulitas de Torreón*, simplemente puso en papel las historias que había oído toda su vida, como hija de *Tulitas Jamieson*. Ella no ambicionaba ser escritora en sus años de formación; *Cocó Chanel* estaba mucho más en sus deseos. Después de un año en *Finch*, una escuela de refinamiento de Nueva York, se enamoró en Manhattan y se instaló para hacer carrera como diseñadora de modas.

Evelyn asistió a la Escuela de Artes Finas Aplicadas de Nueva York, hasta que descubrió que antes tenía que aprender a coser para poder empezar a diseñar prendas. Este descubrimiento enfrió su interés en el diseño y se regresó a Texas. La Sra. Payne estuvo en las universidades de Texas y Arizona por un corto tiempo, hasta que la Depresión puso fin a sus actividades académicas.

Después de que se casó y empezó a criar una familia, la Sra. Payne volvió a escribir. Ella ha publicado tres novelas de misterio y escrito para varios periódicos y revistas. Sus novelas son *Dead Man's Shoes* y *Domestic Malice*, editados por el Club del Crimen y *Held Open for Death*, publicado por Arcadia.

Nacida en Torreón, la autora fue llevada recién nacida a El Paso, y ha considerado desde entonces a la Ciudad del Sol como su hogar. Su esposo Dale es un corredor y valuador de bienes raíces. Ellos tienen dos hijos: Bill, casado y viviendo en El Paso, y Susana, quien reside en Los Altos, California con su esposo y una hija pequeña.

TEXAS WESTERN PRESS

The University of Texas at El Paso

79999.

Tulitas de Torreón

Recuerdos de la vida en México

DE 1890 HASTA LA REVOLUCIÓN

*Soldados federales
en el jardín del
hogar de los Wüff.*

*Calle principal de
Torreón como se
veía en 1908.*



Presidencia Municipal de
Torreón, Coahuila.



Instituto Municipal de Documentación
y Centro Histórico "Cobardo Guerra"



UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
LAGUNA

